AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LOS COMIENZOS DE NOBLE



LOS COMIENZOS DE NOBLE

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 1

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2012, 2025 por L.T. Ryan y Liquid Mind Media, LLC. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia.

Jack Noble™ y The Jack Noble Series™ son marcas comerciales de L.T. Ryan y Liquid Mind Media, LLC.

ISBN:

Para información contactar:

contact@ltryan.com

https://LTRyan.com

https://www.instagram.com/ltryanauthor/

https://www.facebook.com/LTRyanAuthor

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Distancia Mortal: Capítulo 1
Distancia Mortal: Capítulo 2
Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

The Recruit
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
La Venganza de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca vuelvas a casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Ruegues por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
El Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #14)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de The Recruit. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

BAGDAD, IRAK. MARZO DE 2002

Me recosté contra un desgastado muro de piedra junto a una puerta entreabierta. Percibía cómo entraban voces apagadas junto con el aire de la noche, que se sentía fresco al contacto con el sudor de mi frente. Un aire cargado de una ligera brisa con olor a aguas residuales. A lo lejos, observé un incendio que desprendía un humo teñido de naranja; este se extendía en el cielo en medio de nubes artificiales y formaba hilos que atravesaban y casi bloqueaban la luz de la luna llena. Precisamente, yo usaba esta luz para vigilar la tranquila calle, mientras el equipo de operaciones especiales de la CIA hacía su trabajo dentro de la casa. Aunque los "inteligentes líderes" del equipo me mantuvieron involucrado, los tontos me dejaron afuera vigilando la entrada.

Admito que es el mejor trabajo que he tenido y cuando ya cumplía ocho años en el cargo, Bin Laden atacó a los Estados Unidos. Cuarenta y ocho horas después todo había cambiado: la mayoría de los equipos fueron enviados a Afganistán y Oso y yo fuimos enviados a Irak. Habíamos pasado seis meses asaltando casas como ésta dentro y en las afueras de Bagdad, y al igual que esta noche, nos mantuvieron fuera de la casa.

La única conexión que teníamos con la Infantería de Marina eran los diez soldados de la marina que estaban aquí con nosotros, a los que sólo veíamos un par de veces por semana. Además de ellos, no tenía idea de dónde estaba el resto de nuestros hermanos marinos, y a decir verdad no me importaba, pues no nos consideraban marinos más de lo que nosotros los considerábamos hermanos.

—¿Jack? —dijo Oso.

Oso había sido mi compañero y mejor amigo desde nuestro último día de entrenamiento de reclutas; una formación de reclutas que se acortó a cuatro semanas.

—¿Sí? —dije

—Estoy cansado de esto.

Giré la cabeza y mantuve mi M16 apuntando hacia adelante. Oso miraba a lo lejos y pude observar cómo el tenue resplandor anaranjado de la nube de fuego se reflejaba en la capa de sudor que le cubría la cara.

—Simplemente nos mantienen parados afuera—, dijo. —Nunca nos han tratado así.

Me encogí de hombros. Sabía que él estaba en lo correcto, pero no podíamos hacer nada al respecto. Oso y yo fuimos prestados por la CIA y teníamos que hacer todo lo que nos dijeran.

Antes del 11 de septiembre solíamos ser parte del equipo, pero los agentes de la CIA con los que normalmente trabajábamos se quedaron en Estados Unidos y Europa y los equipos de aquí no estaban acostumbrados a tener dos marinos con ellos. Y, a decir verdad, no eran receptivos a la idea.

—¿Qué sugieres que hagamos? —pregunté. —¿Abandonar?

Oso sacudió la cabeza y enderezó su cuerpo de más de dos metros. Pasó su rifle a la otra mano y caminó hacia el final de la casa. Más allá de su gran figura vi a un grupo de hombres. Supuse que fueron la razón de que Oso entrara en su máximo estado de alerta.

Seis de ellos estaban apiñados, hablando en susurros y, me pareció, mirando en dirección nuestra. Más allá, logré observar otros tres hombres caminando hacia el grupo; desde la distancia en que los veía no parecían estar armados. Sin embargo, tenían a su favor la negrura de la noche, así que me preparé para esperar los posibles estragos que éstos pudieran venir a causar.

—¿Qué opinas de eso? —Pregunté.

Oso me miró con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

—Problemas.

¡Demonios! Los problemas persistían por todas partes en esta maldita ciudad. Cada vez que doblaba una esquina temía que alguien estuviera allí esperando para atacarme, pues aquí nadie confiaba en nosotros. Por otro lado, los equipos de operaciones especiales de la CIA a los que estábamos asignados nos menospreciaban y parecía que todos esperaban el momento adecuado para dejarnos. Yo tenía la plena seguridad de que estaban dentro de esa casa negociando nuestro arresto y entonces pensé que la única persona en la que podía confiar era Oso.

Oso se aclaró la garganta y señaló hacia los nueve hombres que ahora se desplegaban y acercaban a nuestra posición. Sus voces pasaron de ser un murmullo a una ligera charla en la que sólo logré distinguir distintos sonidos. A pesar de haber estado los últimos seis meses en Irak no dominaba bien el idioma.

—¿Qué están diciendo? —Pregunté.

Oso levantó la mano con los dedos extendidos y ladeó la cabeza como si mirara a la luna. Acto seguido, su cuerpo adoptó una posición defensiva en la que el cañón del M16 quedaba elevado hasta la altura de la cintura. Extendió su mano izquierda para estabilizar el rifle. Aunque hice lo mismo, en ese momento pensaba que el A3 hubiera sido una mejor opción para los equipos de seguridad que el A4 estándar de los Marinos. El A3 nos permitiría derribar los nueve hombres en menos de cinco segundos.

—¡Háblame Oso! —, dije.

Oso, tras dar tres lentos pasos hacia atrás —bloqueando parte de mi vista hacia la calle —y gritó algo en árabe.

El grupo de hombres se detuvo. Uno de los hombres, que destacaba por su cuerpo alto y desgarbado entre los hombres bajos y fornidos del grupo, dio un paso adelante. Sentí mucha tensión al observar que éste levantó los brazos y cargaba una pistola en su mano derecha, así que puse el dedo en el gatillo del M16. En ese momento los ásperos sonidos de las palabras dichas en árabe llenaron el aire y hacían eco en la calle. Luego, invadió el silencio.

Oso se volvió para mirarme, sonrió y luego volvió a mirar a los hombres. Gritó de nuevo en árabe y se llevó su M16 al hombro.

El alto iraquí volvió a levantar los brazos y me percaté de que había guardado su arma. Nos dio la espalda y comenzó a alejarse mientras decía algo al grupo de hombres, pero estos seguían en sus posiciones. El hombre alto les alcanzó y habló —más vale decir gritó —en un tono autoritario al que reaccionaron dándose la vuelta para seguirlo. Algunos seguían mirando en

nuestra dirección por encima del hombro.

Bajo una situación como esta, en la que otros entrarían en pánico, yo exhalé ruidosamente, fresco y tranquilo. Sin embargo, sentí que mis manos temblaban ligeramente y me bastó una respiración profunda para volver a la normalidad. ¡Toda una secuencia típica de eventos!

—¡Cristo! Oso, ¿Qué diablos fue eso?

Rio y entre dientes dijo —Creo que están de nuestro lado, Jack.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunté mientras usaba mi manga para limpiarme una capa de sudor frío que me cubría la frente.

Su sonrisa se amplió. —No dispararon.

—¿Qué les dijiste?… ¡Ah, olvídalo! Eres un puto loco. ¿Lo sabes?

Se encogió de hombros ignorándome mientras examinaba las oscuras ventanas.

Me recosté contra la pared y me uní a él. —¿Crees que esto es lo que Keller tenía en mente cuando nos envió a la CIA?

El general Keller, quien nos sacó del entrenamiento de reclutas y nos colocó en el programa patrocinado por la CIA hace unos ocho años, se mantuvo en contacto conmigo, así que yo sabía que esto no era lo que él tenía en mente.

—Él sabría lo que estaríamos haciendo si no fuera así —dijo Oso.

Eché la cabeza hacia atrás y miré por encima del hombro hacia la puerta. —¿Estás seguro de eso?

Oso se encogió de hombros y sacudió levemente su gran cabeza. Se secó la cara y luego me miró.

—Ya no estoy seguro de mucho Jack. Lo único que sé es que nos envían a alguna parte y hacemos nuestro trabajo. Bastante simple.

Asentí. Oso tenía razón; ya son ocho años y conocíamos la rutina. Hacíamos nuestro trabajo. Sólo que aquí nuestro trabajo había sido reducido a nada más que a detalles de seguridad, mientras ellos hacían el trabajo que les daría la gloria. Con suerte, lo lograrían pronto y nos enviarían de regreso a los EE. UU.

Nos quedamos en silencio. Me quedé mirando el resplandor anaranjado de la nube que cubría la mitad del cielo.

—Noble. Logan—. Dijo la voz que rasgó el aire como un mortero formando un arco sobre nuestras cabezas. La puerta se abrió de golpe y ahí estaba Bealle.

—Los necesitamos a ustedes dos adentro.

Me volví para mirar a Eddie Bealle, el cuarto hombre en el tótem del equipo de cuatro hombres de operaciones especiales de la CIA. —Estamos listos para partir Bealle.

SEGUIMOS A BEALLE A TRAVÉS DE UNA PUERTA ESTRECHA QUE NOS CONDUJO A UN PASILLO AÚN más estrecho. El olor a pan quemado llenaba la casa. Miré por encima del hombro y vi a Oso caminando de lado detrás de mi mientras arrastraba los pies; sus hombros eran demasiado anchos para caber entre las angostas paredes de yeso. Doblamos una esquina hacia otro tramo del pasillo que se abría a una habitación con poca luz.

—Bealle, ¿cuál es el problema aquí? —Pregunté.

Bealle no dijo nada y simplemente siguió su camino. Su rango en el equipo era demasiado bajo para justificar que actuara como un imbécil. —A decir verdad, yo había deseado tener la oportunidad de golpearlo desde hacía semanas —. Atravesó la abertura, cruzó la habitación y se

reunió con su equipo.

Lo seguí, me detuve y di un paso hacia la derecha. Oso dio un paso hacia la izquierda.

Scott Martínez miró, asintió y le dijo algo en árabe a un iraquí que estaba sentado en el suelo. Los brazos y piernas del hombre estaban atados con gruesos lazos de plástico que normalmente cargábamos nosotros. Martínez se levantó y caminó hacia mí. Pasó una de sus manos por su cabello corto, castaño y empapado de sudor y se limpió las salpicaduras de sangre de la mejilla. Se detuvo unos metros delante de mí; como un típico chico de operaciones especiales, era unos buenos diez centímetros más bajo que yo y una cabeza más bajo que Oso. Había excepciones, por ejemplo, en la habitación se encontraba Aaron Kiser, quien medía un metro ochenta y dos y podía mirarme directamente a los ojos.

Con la mirada escaneé lentamente la habitación: paredes y techo estaban manchados de amarillo, cuadros y fotografías familiares colgaban torcidos en lugares comunes y los muebles habían sido empujados al otro extremo de la habitación. La familia cautiva estaba apiñaba en el otro extremo. El hombre miró fijamente al suelo entre sus pies atados. Su esposa estaba sentada detrás de él, con el pelo (que era negro y rizado) despeinado y sangre goteando por la comisura de su boca. Tenía las manos atadas por las muñecas y apoyadas en el regazo. Detrás de ella, había escondidos dos pequeños, un niño y una niña. Sus rostros asustados se asomaban por encima de su hombro y sus ojos se observaban oscuros por el miedo mientras apuntaban a los hombres que mantenían cautiva a su familia.

Odiaba esta parte del trabajo. — Está bien, el hombre probablemente hizo algo para traernos aquí. Pero ¿por qué mantener a la familia así? — Este parecía ser el últimamente el modus operandi aquí, al menos cuando trabajaba con Martínez. Y no tuve más remedio que aceptarlo.

—Su trabajo aquí—, dijo Martínez, como si hubiera leído mi mente, —es brindar apoyo. No es diferente a cualquier otro día. Yo doy una orden, tú la sigues. ¿Entendido?

Moví mis ojos hacia los suyos y no dije nada.

Oso tosió y se cruzó de brazos sobre el pecho.

Martínez bajó la cabeza y la sacudió. Una sonrisa se formó en sus labios, pero entrecerró los ojos. Habíamos chocado más de una vez y pensé que él se había cansado tanto de mí como yo de él.

—Estoy tan cansado de ustedes dos, cabezas de tarros.

Miré a Oso y le articulé la frase "cabeza de tarros". Él rio.

El hombre atado en el suelo miró hacia arriba y sus ojos vidriosos hicieron contacto con los míos. Sentí que mi sonrisa se desvanecía y mis labios se estrechaban. Los ojos del hombre ardían de odio y desesperación; respiró hondo y luego miró al suelo.

—Sígueme Noble—. Martínez se giró y levantó la mano mientras me hacía un gesto. Cruzó la habitación y se detuvo frente al iraquí dándole una patada en el estómago.

El hombre cayó hacia las piernas de Martínez. Su rostro se contrajo en una expresión de dolor mientras luchaba por llenar sus pulmones de aire.

—Quítame a este bastardo de encima—, dijo Martínez.

Kiser dio un paso adelante, agarró al iraquí por la nuca y lo arrastró hasta el centro de la habitación.

Martínez caminó hacia el iraquí, se agachó y lo miró a los ojos.

—Quiero que veas a qué ha llevado tu falta de darnos información.

Martínez se levantó y caminó hacia la esposa del hombre, metió su mano debajo del brazo de ella y la puso de pie. Ella jadeó y sus hijos gritaron e intentaron agarrarla con sus pequeñas manos. Bealle y Richard Gallo llevaron a la mujer por los codos hasta la pared frente a mí.

Martínez los siguió. Se paró frente a la mujer, se inclinó y le susurró al oído.

Sus ojos escanearon la habitación y se encontraron con los míos. Una lágrima rodó por su delgado rostro. Su boca se abrió sutilmente. Sus labios temblaron. Se mordió el labio inferior y luego pronunció la palabra —por favor—. Martínez le agarró la mejilla y ella empezó a llorar.

Martínez se movió hacia su derecha y miró por encima del hombro al hombre que estaba en el suelo.

—¿No lo vale tu esposa? —Su rostro se iluminó cuando lo dijo, sus ojos se agrandaron y las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa sádica. Noté que su respiración se quintuplicó. El líder de operaciones especiales pareció encontrar estimulación en el intercambio.

El iraquí no dijo nada. Mantuvo la cabeza en alto y los hombros hacia atrás. Aunque estaba de rodillas su posición era desafiante.

Martínez le puso el cabello a la mujer detrás de las orejas, se le acercó y le susurró algo. Ella dejó escapar un fuerte sollozo y luego respiró hondo para recomponerse. Miró a sus hijos, dijo algo en árabe y luego se volvió hacia Martínez y le escupió en la cara.

Él dio un paso atrás y usó el dorso de su mano para limpiarse la cara. Luego la golpeó con la misma mano. La cabeza de la mujer se echó hacia atrás y golpeó la pared con un ruido sordo. Su cuerpo cayó al suelo. Martínez extendió una mano y la agarró por el cuello, mientras con la otra mano sacaba su pistola de su funda presionando el cañón negro contra un lado de la cabeza de la mujer. Luego, deslizó la mano que sostenía a la mujer por el cuello y le apretó sus mejillas con tal presión que abrió su boca y en ese momento le introdujo en la misma el cañón del arma.

—¿Es esto lo que quieres? —Hizo una pausa por un momento. —¿Eh? ¿Quieres que tus hijos vean tus sesos volados por toda esta pared?

Sentí que la ira aumentaba. Esto estaba mal en todo el sentido de la palabra. Di un paso adelante, pero Oso de inmediato dejó caer su mano sobre mi hombro y me detuvo.

—Saca a los niños de la habitación, Martínez—, dije.

Martínez se enderezó y ladeó la cabeza. Sus brazos cayeron a los costados y luego se volvió hacia mí. Me miró fijamente durante unos segundos y levantó un dedo en mi dirección. Mientras tanto, la mujer se deslizó por la pared y se arrastró por el suelo hacia sus hijos.

—Noble—, dijo. —Te dije que siguieras mis órdenes. No lo contrario. ¿Lo entendiste?

—Dejen—, di un paso adelante, —que los niños—, otro paso, —salgan de la habitación —. Seguí avanzando hasta que nos encontramos pecho con pecho y ojos con barbilla.

Escuché armas desenvainadas por la habitación y el suelo crujiendo detrás de mí. Una señal de que Oso se estaba colocando en posición.

—Gallo—, dijo Martínez.

—¿Sí? —Dijo Gallo, saliendo del rincón oscuro que había ocupado.

—Mueva al hombre a la esquina, luego a la mujer—, dijo Martínez.

Gallo hizo lo que le ordenaron. La familia se acurrucó en el rincón más alejado de la habitación.

—Ahora quédate aquí Gallo—, dijo Martínez. —El resto de ustedes afuera. Ahora.

Sentí el cañón de un arma en mi espalda, pero no me volví para ver quién era.

—Ustedes dos dejen sus armas—, dijo Martínez.

Regresamos por el estrecho pasillo hasta la puerta un poco más ancha. Oso salió primero, yo fui segundo y Kiser salió detrás de mí con Bealle y, finalmente, Martínez a cuestas.

La luna ahora flotaba directamente sobre la calle, más allá de la cobertura del humo anaranjado. Miré la calle en todas direcciones y vi a un grupo de hombres merodeando a unas cuadras de distancia. ¿Eran los mismos hombres de antes o quizás un nuevo grupo de hombres

no tan amigables como el anterior? Su charla cesó y se volvieron hacia nosotros. Algunos de ellos dieron un paso adelante. ¿Estaban planeando atacar? Eso no estaría mal, todo lo contrario. Podría significar tanto para nosotros como para los hombres de operaciones especiales de la CIA algo en común contra lo que luchar, en lugar de luchar entre nosotros.

—Ustedes, muchachos, vigílenlo—, dijo Martínez.

Giré la cabeza y vi a Kiser y Bealle apuntar con sus armas a Oso. Al igual que nosotros, llevaban pistolas Beretta M9 de 9 mm. Parecía el arma preferida. Seguí los movimientos de Martínez mientras caminaba en medio de la calle por un área de metro y medio.

—Noble—, dijo Martínez. —Sal aquí.

Miré a Oso, él asintió y luego me guiñó un ojo. Crucé el patio de tierra abarrotado y salí a la calle.

Martínez se abalanzó sobre mí en el momento en que mi pie tocó el pavimento.

Esquivé su golpe y seguí empujando su espalda. Su impulso lo envió hacia un costado de la casa. Extendió los brazos y se detuvo bruscamente. Se giró y giró la cabeza. Su cuello y hombros crujieron.

Aunque Kiser y Bealle mantenían sus armas apuntando a Oso sus ojos estaban fijos en Martínez.

Hice el siguiente movimiento y me enfrenté a Martínez. Bailamos en una apretada espiral, intercambiando golpes de puño y pie. Cada conexión enviaba una ráfaga de sudor y sangre al aire. Los dos golpeamos y contraatacamos con la precisión de dos boxeadores altamente entrenados. Ahora éramos iguales.

Martínez lanzó una ráfaga de golpes. Uno aterrizó en un lado de mi cabeza y me derribó al suelo. Sabía que su próximo movimiento sería patearme en el abdomen. Rápidamente rodé y me puse de manos y pies.

Martínez retrocedió.

Miré hacia un lado. Vi botas de combate negras a menos de metro y medio de distancia. No tuve que mirar hacia arriba para saber que las botas no pertenecían a Oso. Estas eran botas color marrón.

Martínez se acercó a mí. Tuve que cronometrar mi ataque a la perfección. Si golpeaba demasiado pronto, Martínez estaría fuera de mi alcance. Y si golpeaba demasiado tarde, él estaría sobre mí antes de que tuviera la oportunidad de reaccionar.

Respiré profundamente mientras el tiempo se hacía más lento. Las botas de Martínez golpearon el suelo apisonado con el talón y luego con la punta, hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Estaba a tres metros de distancia, luego a dos, luego a uno y medio…

Me lancé al aire hacia la derecha y torcí mi cuerpo. Kiser no tuvo tiempo de reaccionar más que girarse ligeramente hacia mí. Su brazo derecho extendido se movía demasiado lento. Mi cuerpo continuó girando hacia la derecha y lancé mi brazo izquierdo. Mi mano se cerró en un puño y golpeó la tráquea de Kiser con fuerza y rapidez. Kiser dejó escapar un fuerte grito ahogado cuando el impacto le hizo soltar el arma. Se llevó las manos al cuello mientras tropezó hacia atrás y cayó al suelo. Intentó aspirar aire hacia sus pulmones, pero su garganta aplastada no se lo permitió. Sus pulmones se encogieron y su rostro se puso rojo, luego azul, y luego se contrajo en una expresión contorsionada de agonía.

Martínez cerró la brecha entre nosotros dos. Fue la decisión correcta en el momento equivocado. Lo que debería haber hecho fue sacar su arma. Nuevamente, me agaché y me deslicé hacia un lado, dejando que su impulso lo alejara unos buenos tres metros de mí.

Lancé una rápida mirada hacia Oso, quien sostenía con su mano izquierda el cuerpo inerte de

Bealle contra el edificio, mientras con su mano su derecha asestaba un puñetazo furioso tras otro.

Con Bealle y Kiser fuera de servicio, me volví para ocuparme de Martínez, quien acababa de levantarse del suelo y se acercaba. Todavía no podía entender por qué no me apuntó con su arma.
— Termínalo rápidamente — dijo la voz de Oso mientras Martínez pasó por encima del cuerpo inerte de Kiser y se detuvo a unos metros de mí.

Escuché un cuerpo caer al suelo detrás de mí y luego, a un costado mío, apareció Oso.

Martínez se lanzó hacia adelante. Me moví hacia un lado y le di un puñetazo en el puente de la nariz, enviándolo al suelo con fuerza. Oso lo levantó, le dio dos fuertes golpes en la cara y luego lo arrojó al suelo junto a Bealle.

Volvimos a entrar a la casa con nuestras armas en la mano y nos enfrentamos a Gallo, quien se rindió sin luchar.

—Ustedes deberían irse—, le dije a la familia. —Esta noche. Ahora.

Oso quitó las gruesas ataduras de plástico que unían sus brazos.

La familia se acurrucó. Cada padre recogió a un niño.

—Síguenos y luego vete —dije. Agarré mi M16 de su lugar de descanso en la pared y luego guie a la familia por el estrecho pasillo. Me detuve en la puerta, respiré hondo y asomé la cabeza afuera. Estaba desierto. Martínez y sus hombres e incluso el grupo de hombres iraquíes que vimos hacía un momento calle abajo se habían dado a la fuga. Vi luces intermitentes reflejándose en los edificios circundantes mientras las sirenas llenaban el aire.

—Oso—, llamé desde el pasillo. —Tenemos que salir de aquí.

CAPÍTULO 2

Martínez y los demás se marcharon en la camioneta en la que habíamos viajado. Por lo que Oso y yo nos la debimos arreglar buscando un camino de regreso al cuartel general. Lo primero era salir de casa antes de que llegara la policía; justo estábamos ya doblando la esquina cuando llegó un coche patrulla.

—¿Prestaste atención durante el camino? —Pregunté.

Oso asintió. —He estado aquí antes.

Escaneé la calle. Estaba vacía, salvo algunos coches pequeños aparcados en estrechas franjas de tierra entre la carretera y las casas.

—Elige tú.

Señaló uno azul de dos puertas en la que no parecía que pudiera caber uno de nosotros, mucho menos los dos. Se dirigió hacia el auto estacionado a media cuadra de distancia. El sonido de los coches resonó lentamente desde atrás.

—Será mejor que lo retomemos—, dije.

Llegamos al coche. Ambos estábamos listos para romper las ventanas cuando revisé la manija de la puerta y encontré que estaba desbloqueada. Entramos justo antes de que una luz blanca inundara la calle. Miré hacia atrás y vi un coche de policía al final de la calle con su foco apuntando en nuestra dirección. Oso tiró del plástico barato debajo del timón del carro. Tocó los cables de encendido y el pequeño coche cobró vida. Puso primera y rodamos hasta el final de la calle. La anticipación y la ansiedad llenaron la parte delantera del auto. Paramos al final del camino. El foco todavía iluminaba la calle. No se acercó, no se desvaneció.

—Gira a la izquierda—, indiqué.

—Necesitamos ir a la derecha.

—Estoy seguro de que podemos retomarlo, Oso. Pero vayamos a la izquierda, retrocedamos y veamos qué están haciendo estos tipos.

Él asintió, hizo avanzar el coche y giró a la izquierda. El brusco cambio de una luz brillante a oscuridad afectó nuestra visión y casi no notamos al grupo de hombres en el camino.

Oso pisó el freno. —¿En serio? —Tocó la bocina. Breves ráfagas de bocinazos agudos llenaron el aire. —¿Nadie anda por un andén en este maldito país?

—Sube las luces y muévete despacio Oso.

Él lo hizo.

El grupo de hombres se dividió por la mitad, lo suficiente para que nosotros pasáramos entre ellos. Se inclinaron y miraron por la ventana. Algunos empujaron el pequeño coche, balanceándolo sobre su chasis.

—Tengo un mal presentimiento, Jack.

—Solo continúa.

Apreté mi Beretta M9 con fuerza contra mi pecho, listo para disparar al primer hombre que atravesara la ventana. Los M16 estaban tirados en el asiento trasero. Un escalofrío me invadió al pensar en uno o dos de los hombres subiendo a la parte trasera del auto y poniendo sus manos en las armas completamente automáticas. Con solo apretar el gatillo podrían sacarnos a nosotros y a la mitad de su grupo antes de que nos diéramos cuenta de que habían disparado.

El coche redujo la velocidad hasta detenerse.

—¿Qué diablos, Oso?

—¿Quieres que lo atropelle? —Echó los brazos hacia adelante.

Abrí la boca para decir que sí y giré la cabeza para mirar por el parabrisas. Un niño pequeño, de unos siete u ocho años, se interpuso directamente en nuestro camino.

—Pon reversa.

Los ojos de Oso se dirigieron rápidamente al espejo retrovisor.

—Están bloqueando el camino.

Me volví en mi asiento para ver a los hombres reunidos detrás de nosotros. Tres siluetas bloqueaban la vista de la calle iluminada por la luna.

—Atropéllalos.

—¿Qué?

—Ellos se pusieron ahí—, dije. —Tienen una opción, en cambio ese niño no lo hizo.

La mano de Oso se movió hacia la palanca de cambios. Lo deslizó hacia arriba y luego hacia abajo, en reversa. Pisa el acelerador. Tres golpes rápidos llenaron el auto. Dos hombres cayeron a un lado. El coche rebotó cuando pasamos por encima del tercero.

El resto de los hombres se separaron y aceleramos hacia atrás. Se reagruparon y se apiñaron alrededor de su amigo herido. Algunos dirigieron su atención hacia nosotros y luego llovieron botellas y piedras sobre el pequeño auto.

Oso hizo girar el coche formando un círculo cerrado. Lo lanzó a primera y luego aceleró en la dirección opuesta. Mantuve la cabeza vuelta y miré por la ventana trasera durante casi cinco minutos.

—Creo que estamos bien.

Oso asintió y miró por el espejo retrovisor cada tres o cinco segundos. —Hace demasiado calor Jack.

—Lo sé. Esto no me gusta más que a ti.

Me recliné en mi pequeño asiento y froté mis ojos con mis pulgares. Luego volví la cabeza y miré por la ventana. Estábamos fuera de la ciudad, más allá de los suburbios. El paisaje árido fue un bienvenido respiro de las hordas de vigilantes errantes y de iraquíes antiestadounidenses que encontramos a diario.

—Llamaré a Abbot y Keller cuando regresemos. Ocúpate de sacarnos de aquí.

Oso no dijo nada. Sus grandes manos rodearon el volante y sus ojos se centraron en la carretera vacía. Condujimos en silencio los treinta y dos kilómetros restantes hasta la base.

COMPARTIMOS UNA HABITACIÓN EN LA BASE CON DOS CAMAS INDIVIDUALES, UNA PEQUEÑA cocina con fogones, una mini nevera, un microondas, y una mesa de madera con dos sillas a juego. Francamente, no necesitábamos mucho más. Comimos, dormimos, entrenamos solos y realizamos misiones con los equipos de operaciones de la CIA. Fuera de las misiones, los operativos no tuvieron interacción con nosotros. No era una regla escrita ni nada por el estilo. No

querían tener nada que ver con nosotros. Estos tipos menospreciaban a los Marinos en el programa. Un marcado contraste con los agentes en Estados Unidos y Europa. Agradecieron la ayuda y nuestro punto de vista sobre las misiones. Cristo, nos llevaron ocho semanas a un entrenamiento de reclutas y luego nos sometieron a un entrenamiento de la CIA. No es que Oso y yo fuéramos Marinos expertos.

Oso regresó a la habitación con un paquete de doce cervezas calientes.

—¿Tienes algo de comer? —pregunté.

Levantó el paquete de cervezas. —Pensé que sería una buena noche para tomar nuestra cena.

—El único problema con eso—, dije, —es que seis cervezas no son una comida.

Cruzó la puerta y entró en la habitación y luego levantó el otro brazo. —Por eso te compré el tuyo.

Me reí, luego agarré la caja de cartón que contenía mi cena y vi que estaba caliente, tomando un largo trago de la botella.

—Dios, esto es horrible—, dije.

Oso bebió tres cuartos de una botella, luego la dejó sobre la mesa y dejó escapar un fuerte suspiro.

—No lo sé, Jack. No está tan mal—. Dio un fuerte eructo.

Terminé mi cerveza y me aparté de la mesa. —Y con eso, me voy a dar una ducha.

Salí de la habitación hacia el pasillo poco iluminado. Estaba tranquilo. Miré mi reloj y vi que eran sólo las diez de la noche. Sin embargo, estaba demasiado tranquilo para las diez. Sacudí la cabeza para aclarar los pensamientos y hacer caso omiso de la ansiedad. Entré al baño, la ducha estaba al final del pasillo; encontré el baño comunitario vacío. Rápidamente me lavé el sudor, la suciedad y la sangre. Luego me moví al otro extremo de la fila de lavabos. Me miré al espejo y sonreí al ver el crecimiento de pelo en mi cara. Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que me afeité. Saqué una lata de crema de afeitar y mi navaja, pero opté por mantener la barba corta, al menos por ahora. Me gustó.

No pude evitar pensar en lo mal que había ido esa noche. Todo era rutinario hasta que el grupo de hombres apareció a unas cuadras de la casa. La gente nunca se acercaba a nosotros a menos que quisieran causar problemas. —Últimamente hemos encontrado muchos problemas—. Una cuarta parte de nuestras asignaciones en Irak terminaron involucrándonos en un conflicto externo aparte de nuestro objetivo principal. Y siempre terminaba siendo un error por parte de los hombres que nos contrataban. Sin embargo, esto no sólo pasaba en nuestro grupo, este era el estándar para todos los equipos de operaciones. Los hombres que intentaron atacarnos no tenían forma de saber quiénes éramos. Y no tenían ninguna posibilidad de vivir lo suficiente para descubrirlo. A pesar de eso, siempre nos involucraron. Era como si no tuvieran nada por qué vivir.

O tal vez tenían todo por lo que morir.

Esa noche, sin embargo, esos hombres se quedaron atrás, como si estuvieran esperando algo. Tal vez estaban jugando con Oso. Un avance en falso o un hombre gritándonos habría sido suficiente para desconcertarnos y hacernos pensar que eran un grupo de tipos normales. Por supuesto, podrían haber sido simplemente un grupo de chicos normales. Quizás estaban esperando que hiciéramos algo. Al menos les daría una razón.

Luego estaba Martínez. Estaba en una rara forma esta noche. Oso y yo trabajamos juntos, pero no siempre fuimos asignados al mismo equipo de la CIA. Flotamos entre cuatro grupos diferentes. Habíamos pasado suficiente tiempo con Martínez para saber que era un enano muy nervioso. Sus muchachos no eran diferentes. Este no fue el primer incidente al que nos

enfrentamos. Había sucedido otras tres veces, incluida una en base. Pero esta vez parecía desafiarme a hacer un movimiento. Cada vez que nos metimos en eso, fue porque superó los límites del trato aceptable a los detenidos. Se pasó más que nunca con la mujer y, peor aún, delante de sus hijos. Por un momento pensé que apretaría el gatillo. Quizás no hubiera dicho nada. Sus muchachos seguramente no lo detendrían. ¡Coños!

El guante caería sobre mí por esto. Lo sabía. Era su palabra contra la nuestra. Nosotros éramos dos y ellos cuatro. Sus jefes no se molestaron en interrogar a la familia sobre su relato de lo sucedido. Mis jefes estaban en Estados Unidos, en las Carolinas. Necesitaba llamar a Abbot y Keller. Darles mi versión de los hechos antes de que alguien más hable con ellos.

Me vestí, salí del baño y caminé por el pasillo vacío hasta nuestra habitación.

Abrí la puerta y llamé a Oso desde el pasillo.

—¿Qué te parece si vamos a comer algo?

Ninguna respuesta.

—¿Oso?

Metí la cabeza en la habitación. La puerta trasera estaba abierta. Supuse que había salido a tomar un poco de aire fresco y decidí que también podría unirme a él. Tomé una cerveza y encontré mi chaqueta. Mi mano buscó dentro de un bolsillo mi teléfono celular. Curiosamente, faltaba. Había estado en ese bolsillo toda la noche. Ni siquiera lo había agarrado para comprobar la hora.

—Oso, ¿has visto mi teléfono?

Aún no había respuesta.

Dejé de mover cosas sobre la mesa, miré hacia la puerta trasera y di dos pasos hacia ella. Vi a Oso parado en el patio trasero; me miró, pero no dijo nada.

—¿Oso?

Apretó la mandíbula, pero no respondió.

—Jack Noble—, dijo una voz desde atrás.

Me detuve, volví la cabeza y vi a dos hombres, ambos armados, parados al fondo de la habitación. Los conocía de cara, no de nombre. No eran amigos míos. Dejé caer mi cerveza y junté las manos detrás de la cabeza. Miré al suelo y vi cerveza burbujeante envolviendo las suelas de mis botas.

Otros dos hombres llevaron a Oso al interior. Me miró y sacudió la cabeza. Era bastante obvio lo que estaba pensando.

—¿Qué está pasando, chicos? —dije.

—Cállate Noble—, dijo uno de ellos detrás de mí.

—No puedes simplemente detenernos sin una razón—, dije.

El hombre rio. —Estamos en Irak, Noble. Podemos hacer lo que queramos.

Me agarraron las manos y obligaron a bajarlas y ponerlas detrás de mi espalda. Sentí las gruesas bridas de plástico cerrarse alrededor de mi muñeca y juntar mis brazos. El plástico duro se clavaba en mi piel cuanto más me movía.

—Si quisiéramos desaparecerte—, continuó, —hay miles de kilómetros de tierra desierta donde podríamos enterrarte.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté.

—Sigue hablando —. Agarró mis muñecas y las obligó a subir. —Y lo será.

—Jack—, dijo Oso. Su voz era baja y se apagó al final.

Lo miré.

Sacudió la cabeza y miró al suelo.

Seguí su mirada y vi mi celular en el suelo, aplastado.

—Sabe, ya hablé con el coronel Abbot sobre lo que pasó esa noche—. Hice una pausa. —Está enviando un equipo a investigar a Martínez.

Los cuatro hombres se rieron.

Uno detrás de mí dijo: —¿Crees que estamos preocupados por Abbot? Tiene menos voz aquí que en Estados Unidos —. Caminó a mi alrededor y se detuvo con su rostro a centímetros del mío. —Él no tiene nada que hacer con nosotros. Nuestra cadena de mando avanza muchísimo más rápido y más lejos que la tuya.

Me aclaré la garganta, pero no dije nada. Sentí un nudo en la boca del estómago, pero no dejé que mi expresión externa cambiara.

—¿Entiendes Noble? Estás jodido. Nada te sacará de esto.

¿Para qué?, pensé. ¿Para patearle el trasero a ese idiota de Martínez? Demonios, los otros equipos de operaciones con los que trabajamos dijeron que no lo soportaban.

—Vamos.

Nos guiaron a través de la puerta principal por el pasillo y afuera había un Humvee estacionado frente al edificio. Subimos por la puerta trasera del lado del pasajero. Oso y yo nos sentamos en el medio. Dos hombres estaban sentados atrás con nosotros, vigilando la puerta. Mantuvieron sus armas firmemente presionadas contra nuestros costados.

—Asegúrate de evitar los baches—, dije.

Oso rio entre dientes. Los cuatro hombres no lo hicieron. Estos tipos no tenían sentido del humor.

—Cállate Noble—, dijo el conductor.

Lo Hice.

Cruzamos la base en silencio. Nos detuvimos frente al edificio que usábamos para detener a personas de interés. Supongo que eso era lo que Oso y yo éramos ahora.

CAPÍTULO 3

Esperamos en una habitación de cemento gris. El moho cubría el techo de yeso y su fétido olor dominó mis sentidos. No había ventanas, sólo una puerta de acero y una mesa con dos pequeñas sillas de madera. No estábamos en una celda, era una sala de interrogatorios. No habíamos pasado mucho tiempo en esta parte del edificio, ya que la CIA tenía agentes especializados en el lugar para manejar los interrogatorios. Incluso si usaran a los agentes de campo a los que estábamos asignados, no nos permitirían entrar en la habitación con un prisionero. Sin embargo, nos habían entrenado en técnicas de interrogatorio y tenía la sensación de que el entrenamiento estaba a punto de resultar útil.

Oso caminaba por la habitación a lo largo de las paredes. —¿Crees en esta basura? Lo dijo rotundamente, sacudiendo la cabeza.

Me encogí de hombros. —Sabíamos que pasaría.

—Sí, pero... —Levantó las manos y siguió paseando.

—Simplemente siéntate, asiente con la cabeza y no admitas nada.

—Sabes que no soporto esa mierda Jack.

—Yo tampoco grandulón, pero no tenemos otra opción. Demos una palmadita en la muñeca, salgamos de aquí y llamemos a Abbot.

—Abbot—, dijo sacudiendo la cabeza. —¿Quién sabe con qué les habrán llenado la cabeza a estas alturas?

Estuve de acuerdo. Lo más probable era que él y Keller ya hubieran sido informados y les hubieran dado la versión de Martínez sobre los hechos.

—Él nos escuchará. No te preocupes por eso.

Abbot me escucharía, estaba seguro de ello. Nos conocía a los dos desde que teníamos dieciocho años. Supervisó nuestra formación y nuestra ubicación dentro de la agencia.

—Todavía no puedo creer que haya aceptado esta basura de órdenes—, dijo Oso.

—Sí, bueno—, dije. —No creo que tuvieras muchas opciones.

Después de los ataques, la agencia presionó con fuerza para que todos los hombres de Abbot se desplegaran en el Medio Oriente. La mayoría de los muchachos fueron a Afganistán para unirse a la búsqueda de Bin Laden y al ataque a los talibanes. Los doce restantes fuimos enviados aquí. Lo mejor de lo mejor es lo que Abbot había dicho, y eso significaba que nuestros talentos se estaban desperdiciando, vigilando las malditas puertas y haciendo trabajos pesados para tipos como Martínez mientras él y su equipo desperdiciaban oportunidad tras oportunidad. Estos tipos no eran operadores, eran babuinos.

—¿A qué diablos estás sonriendo? —Dijo Oso.

—No me di cuenta de que lo estaba.

Se detuvo en la esquina frente a la puerta y se apoyó contra la pared. —He terminado con

esto.

—¿El equipo? —Pregunté.

—Sí—, dijo. —Estoy listo para salir.

Oso y yo nos unimos a los Marinos en el mismo momento. Y aunque solo me quedaban unos meses para terminar mi alistamiento, a él todavía le faltaban dos años. Cuando surgió el tema, ninguno de nosotros pudo presentar un buen argumento a favor o en contra de seguir dos o cuatro años más. Aunque no sabía qué haría a después había pasado suficiente tiempo tratando con agentes de la CIA como para saber que no quería tener nada que ver con la agencia, a pesar de que tenía una invitación abierta después de que terminara mi alistamiento. El FBI no hablaría con nosotros sin títulos en derecho, así que no era una opción; realmente nunca fue una opción. Había opciones como agencias policiales y gubernamentales locales como la DEA, pero después de todo lo que había hecho, no me cabe la idea de tener que seguir las leyes para poder hacer mi trabajo.

—Estoy empezando a sentir lo mismo—, dije.

Incliné mi cabeza hacia atrás, apoyándola contra la parte superior de la silla de madera, estudiando los patrones de moho en el techo que comenzaban en la esquina cerca de la puerta, se extendían uniformemente por el techo y luego giraban hacia la derecha, deteniéndose antes de llegar a la pared opuesta. Me pregunté qué había encima de la habitación.

—Mira Oso... —Un golpe en la puerta me interrumpió.

Oso se enderezó y se apoyó contra la pared. Su rostro parecía cansado, pálido y desprovisto de cualquier emoción. Se miró las botas. Nos quitaron los cordones, pero nos dejaron los zapatos.

Pensé en quedarme sentado en la mesa, pero si decidían entrar y apurarnos sería mejor que me quedara de pie. Me levanté y fui al otro extremo de la habitación, lejos de la puerta, y me apoyé contra la pared contigua a la de Oso.

Oímos otro golpe, luego voces apagadas, y luego el sonido distintivo de una llave entrando en la cerradura seguido del pestillo girando. La manija se dobló y la puerta se abrió unos centímetros. El cañón de un arma lo atravesó. Sentí que mi estómago se hundía en ese pozo de desesperación personal tan familiar.

—¡Gira y mira hacia la pared! —gritó un hombre.

Oso me miró, su expresión lo decía todo. Sus mejillas se sonrojaron, sus fosas nasales se dilataron, sus ojos muy abiertos estaban cubiertos por su espesa frente fruncida hacia abajo. Conocía esa mirada. Demonios, había estado en el lado equivocado de esa mirada un par de veces en el entrenamiento de reclutas, antes de que nos viésemos obligados a emprender este viaje juntos.

—Tómatelo con calma—, dije.

Se dirigió hacia la puerta.

—Oso—, dije extendiendo los brazos y las palmas de mis manos hacia él. —No lo hagas.

Se detuvo, su rostro se relajó y su cabeza bajó hacia el suelo. Se giró lentamente y apoyó las manos contra la pared.

Yo hice lo mismo. Una parte de mí quería darme la vuelta y luchar, al igual que Oso, pero sabía que la mejor opción para nosotros era salir de esa habitación, fuera de la base y regresar a los EE. UU. Eso no sucedería si atacamos a los hombres que tenían el poder para dejarnos ir.

La puerta se abrió con un chirrido sobre las bisagras oxidadas. Las paredes de hormigón absorbieron los ecos de pasos sordos cuando varios hombres entraron en la habitación. Giré la cabeza para contar.

—Mira hacia la pared Noble.

Sentí algo en medio de mi espalda y rápidamente me di cuenta de que no era una mano. Era el cañón de un arma. Giré la cabeza hacia la pared, concentrándome en un punto imaginario. Los desgastes y grietas en la pared crearon la ilusión de una mujer con un brazo sobre la cabeza y el otro sobre el vientre. Tal vez ella estaba en alguna isla en alguna parte. Entonces me di cuenta. Sabía lo que haría en lugar de volver a alistarme. Saldría y me dirigiría a una isla donde abriría un bar y viviría el sueño.

—Lamento hacerte esto Noble—. Un aliento caliente y rancio golpeó mi cuello y me envolvió la cara, entrando por mi nariz a pesar de mis intentos de exhalar pesadamente y alejarlo.

Aparecieron hombres a ambos lados de mí, agarrando mis muñecas y tirando de mis brazos detrás de mi espalda. Me envolvieron las muñecas con esposas de acero y oí el clic cuando las esposas se cerraron y apretaron. Miré y vi a tres hombres atendiendo a Oso, dos a cada lado de él trabajando sus brazos, mientras otro hombre estaba directamente detrás de él, sosteniendo una pistola en la parte posterior de su cabeza con una mano y las esposas colgando de la otra.

—Muévete Noble.

No me moví.

—No nos obligues a moverte.

No dije nada y no me moví.

—Te advertimos.

No estoy seguro de qué fue peor. Saber que estaba a punto de recibir un golpe en la cabeza con una cachiporra, o que la cachiporra realmente me golpearía en la cabeza. No importaba. El mundo se volvió negro inmediatamente después del impacto.

NO ESTOY SEGURO DE CUÁNTO TIEMPO ESTUVE INCONSCIENTE. TAMPOCO PODÍA ESTAR SEGURO DE haber recuperado la conciencia. Me dolía muchísimo la cabeza. El cuarto oscuro no ofrecía señales de si el sol había salido todavía o no. Parpadeé para quitarme el sueño, abrí los ojos y los entrecerré mientras se adaptaban al entorno oscuro. El aire contaminado me quemó los pulmones mientras respiraba profundamente. Se estiraron y llenaron hasta su capacidad. La lenta exhalación alivió algo de la presión y el dolor en mi cabeza.

Mis manos y brazos hormiguearon. Los sacudí hasta que recuperé la sensación total. Luego me senté y estiré los brazos detrás de la espalda. Sentí una punzada de dolor en el hombro seguida de otra punzada de dolor que se irradiaba por la espalda y el brazo. Debí lesionarlo cuando me esposaron, aunque no recuerdo haber resistido lo suficiente como para que se me torciera el hombro. No importaba. Respiré hondo otra vez y aparté el dolor, cerré los ojos y traté de relajarme. Logré tres exhalaciones y luego alguien llamó a la puerta.

—Adelante—, dije sin molestarme en ponerme de pie.

La llave chocó con la cerradura. El pestillo hizo clic. La manija giró hacia abajo y un golpe llenó la habitación cuando la puerta se abrió de golpe.

Dos hombres entraron a la habitación. Ambos eran altos, flacos y vestían pantalones cargo de camuflaje y camisetas oscuras. No se veían armados y no reconocí a ninguno de los dos, lo que me pareció extraño. Pensé que después de seis meses había visto a todas las personas en esta base. Se sentaron en la mesa de madera en el medio de la habitación.

—Siéntate—, dijo el de cabello oscuro.

Me levanté lentamente, usando mis manos para mantener el equilibrio bajo control. Dio un

par de pasos y agarré la silla de madera al otro lado de la mesa frente a los hombres. Me senté y puse mis manos sobre la mesa. No parecían estar armados, pero eso no significaba que no lo estuvieran. Y yo no tenía ganas de descubrirlo todavía.

Tenían dos carpetas de manila extendidas frente a ellos. Ambos estaban abiertos. Revisaron los papeles. Un vistazo rápido confirmó que todos los archivos trataban sobre mí.

—¿Saben qué hora es?

No dijeron nada, simplemente siguieron mirando los papeles.

—Sabes, la mayor parte de eso es falso—, dije. —Estuve para los muchachos del Pentágono.

Ninguno de los dos levantó la vista. Ninguno de los dos dijo nada.

—¿Qué hay para desayunar hoy?

—Noble—, dijo el calvo sin mirarme. —Cállese la boca.

Sonreí y me recosté. *¿Debería tentar mi suerte? ¿Por qué no?*

—Personalmente, soy un hombre de huevos—, dije. —Los panqueques se me quedan en el estómago demasiado tiempo. Y el cereal, vaya, el cereal nunca me llena. Pero dame tres o cuatro huevos y podré hacer todo.

El hombre calvo levantó la vista de sus papeles. Dijo con tranquilidad: —Estaremos contigo en un momento.

—Está bien—, dije. —Solo trato de pasar el tiempo.

Su compañero se echó hacia atrás en la silla y se puso de pie. Puso sus manos en sus caderas y me miró fijamente. Su cabeza chocó con la única luz de la habitación, que colgaba de un aparato suspendido sobre la mesa, y la hizo oscilar. Las sombras bailaron por la habitación y por su rostro. Su mirada pasó de amenazante a maligna con cada paso de luz.

El calvo volvió la cabeza. —Jim, no dejes que te moleste.

Jim se sentó. Parecía haber terminado con los archivos que tenía delante y fijó su mirada en mí. Trabajaba los músculos gruesos de su mandíbula mientras se frotaba las mejillas y la barbilla con una mano.

—Jack—, dijo el hombre calvo. —Soy Bill y este es Jim. Sólo queremos hacerte algunas preguntas sobre lo de anoche.

—No recuerdo nada—, dije.

—Esto será mucho más fácil si cooperas Jack—, dijo Jim.

Me encogí de hombros y miré la pared más allá de sus cabezas.

—Empiece con lo que pasó entre usted y Martínez—, dijo Bill.

—Es un gran tipo—, dije.

—Es un idiota—, dijo Bill. —Lo sabemos. Pero él dice que lo atacaste. ¿Estás de acuerdo con eso?

—Eso es lo que dice Martínez, ¿eh?

Ambos me miraron, con los brazos delante y las manos sobre la mesa. Estoy seguro de que estudiaron cada movimiento sutil que hice. Podría responder de una manera, y estos tipos sabrían si estaba mintiendo o no basándose en cómo moví mis ojos, moví mi nariz o me lamí los labios. Hice lo mejor que pude para reflejar su postura y movimientos, que debían ser lo más neutrales posible y no generar reacción.

Me senté derecho y puse mis manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo. —Martínez llegó al punto de utilizar fuerza innecesaria y fuera de los límites contra miembros de una familia que probablemente no tenían motivos para estar en la sala.

—¿Probablemente? —preguntó Jim.

—Sí, —dije. —Probablemente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó.

—Ya lo sabes Jim. Tal como ustedes saben.

Parpadeó rápidamente un par de veces, pero no dijo nada.

—¿Y luego qué pasó? —Preguntó Bill.

—Le dije que parara.

—¿Contradijiste al líder de tu equipo? —Dijo Bill.

—Él no es mi líder—, dije. —Soy un infante de Marina, desplegado aquí en apoyo de sus equipos. Respondo ante el coronel Abbot y el general Keller.

—Tú respondes ante tu equipo…

—Jim—, dijo Bill interrumpiendo a su compañero. Él me sonrió. —¿Y luego qué pasó?

—Le dijo a un hombre que se quedara atrás y luego nos sacó a mí y a mi compañero afuera a punta de pistola.

Bill miró hacia abajo, garabateó algo en una libreta de papel y luego retomó su postura neutral.

—Continúa.

Me encogí de hombros. —Entonces… —Hice una pausa y levanté las manos. —Entonces peleamos.

—¿Y el resultado? —Preguntó Bill.

Abrí la boca para responder, pero un fuerte golpe en la puerta me interrumpió. El equilibrio que se había restablecido en la sala estaba a punto de cancelarse.

Jim se echó hacia atrás en su silla, se puso de pie y caminó hacia la puerta, luego la abrió uno o dos centímetros. Asintió un par de veces y luego abrió la puerta por completo. Un tercer hombre entró en la habitación. Era más alto que los otros dos y parecía pesar tanto como ambos juntos. El sudor le cubría la calva encerada. Estaba parado al final de la mesa, entre ellos y yo, mirándome a través de su ancha nariz.

—Jack—, dijo Bill. —Este es Nathan.

Levanté la vista y asentí. Nathan refunfuñó.

—Sigue respondiendo preguntas como lo has hecho hasta ahora y Nathan se quedará tranquilo y será agradable.

—¿Y si no lo hago?

Nathan se rio. Jim se unió a él.

Bill frunció el ceño. —No sigamos ese camino.

La configuración le resultaba familiar. Recuerdo haberlo estudiado e interpretado durante mi formación inicial. Sabía que no tenían nada contra mí; ellos también lo sabían. Todo esto fue un espectáculo. La única pregunta que tenía era hasta dónde llegarían con la farsa.

—Voy a ir directo al grano Jack—, dijo Bill. —¿Cuándo regresaste y mataste a la familia?

¿Matar a la familia?

—Tengo miedo—, dije, —no sé de qué diablos estás hablando. No matamos a nadie.

Mi mente repasó los acontecimientos de la noche. ¿Podría estar hablando del tipo que atropellamos? Ese idiota se interpuso en nuestro camino mientras escapábamos de una situación que iba en aumento.

Bill miró a Nathan y sacudió la cabeza. —Aún no —. Bajó la mirada y me miró de nuevo. —Gallo dice que le dijiste que se fuera y que él lo hizo. Dice que vigiló la casa y que usted y su compañero no se marcharon.

—¿Cómo volvimos aquí entonces?

—Sabes a lo que me refiero Noble—. Los labios de Bill se estrecharon y cruzó los brazos

sobre el pecho. —No te fuiste antes de que él se fuera.

—Sí, bueno, su equipo tenía interés en hacernos daño a nosotros y a la familia. Lamí mis labios y me incliné hacia adelante. —Si estás buscando a la persona o personas que mataron a esa familia, debes investigarla.

—Lo hicimos—, dijo Jim. —Dijeron que antes de irse escucharon disparos desde el interior de la casa.

Me recosté. Esto no fue bueno. Ni por un poco. Su palabra contra la nuestra y aquí nuestra palabra no significaba nada. No importaba lo que dijera, aquí no creerían mi historia.

—Quiero que mi CO esté al teléfono. Consíganme al coronel Abbot.

Bill sacudió la cabeza. —No va a funcionar así Jack—. Miró a Nathan y asintió. —Estamos listos para tu confesión.

El gran hombre pasó desapercibido por mi visión periférica. Los golpes de sus pies golpeando el suelo continuaron hasta que estuvo detrás de mí. Si había alguna duda sobre su posición, se disipó en el momento en que puso sus grandes manos sobre mis hombros. Sus manos se deslizaron alrededor de mis bíceps, luego se entrelazaron entre mis brazos y cuerpo, formando un nudo detrás de mi espalda. En un instante me levantó de la silla y me puso de pie.

Jim se acercó al lugar donde había estado Nathan y apartó la mesa.

Bill se paró frente a mí, cara a cara. —¿Por qué lo hiciste Jack? ¿Por qué mataste a esa familia?

Negué con la cabeza.

—No maté a nadie. Lo entendiste al revés.

—Entonces, ¿por qué está muerta una familia? —Dijo Jim empujando a Bill hacia un lado. —Entras en una casa y la última persona conocida está dentro. Y ahora un hombre, una mujer y dos niños inocentes están muertos.

—Todos eran inocentes—, añadió Bill.

Mis brazos se retiraron aún más cuando el agarre de Nathan se apretó. La tensión contra mi hombro disparó el dolor por mi brazo. Obviamente lo habían ensayado varias veces con otros detenidos. Tenía una idea de lo que vendría después.

Jim se acercó. Sus ojos se movieron de un lado a otro mientras me miraba a los ojos. —¿Tienes idea de cuánto me disgustas?

—Tengo una idea.

Se rio y miró hacia abajo mientras se frotaba la barbilla con la mano izquierda. Se giró hacia un lado y levantó el brazo derecho, empuñando y apuntando a mi cabeza. El golpe aterrizó en un lado de mi cara. Un destello de luz blanca llenó mis ojos y se desvaneció cuando el dolor me atravesó.

—Cuéntanos qué pasó—, dijo Bill.

—No pasó nada—, dije. —Nosotros…

Me dio otro golpe, esta vez en mi estómago. Me preparé tensando mis músculos abdominales. El golpe no tuvo el efecto deseado. Aunque después pillé a Jim temblándole la mano.

—Les dijimos que se fueran—, continué. —Les hice prometer que se irían.

—Y ahora están muertos—, dijo Bill.

—Sí—, dije. —Supongo que no siguieron nuestro consejo.

Nadie dijo nada.

—Mira—, dije. —Necesitas traer a Martínez y sus muchachos aquí. Sepáralos. Estoy seguro de que sus historias sobre lo que ocurrió después de que se fueron cambiarán.

—Gracias—, dijo Bill. —Pero no necesitamos que nos diga cómo hacer nuestro trabajo—. Se volvió hacia Jim, asintió y caminó hacia la puerta, dándome la espalda.

Jim sonrió y luego golpeó dos veces. Ambos golpes conectaron, uno en mi estómago, esta vez un poco más alto y dañino, y el otro en mi cara. Sonrió ante su obra y luego retrocedió.

El segundo golpe en el estómago me había dejado sin aliento. El ardor en mis pulmones dio paso lentamente al dolor sordo en mi cara donde me habían golpeado dos veces. Forcé el aire por la nariz y apreté la mandíbula mientras sacudía la cabeza violentamente.

—Puedo hacerlo todo el día—, dijo. —Así que sigue con la tontería.

—No tengo nada que decir—, dije. —Nosotros no matamos a esa familia.

Me preguntaba si Oso estaría recibiendo el mismo trato. Había cinco tipos en la habitación cuando nos separaron. Tres se quedaron con él, dos vinieron conmigo. Lo consideraron una mayor amenaza debido a su tamaño. ¿Se traduciría eso en técnicas de interrogatorio más duras?

—Logan te abandonó—, dijo Bill.

No dije nada. Sabía que la línea era una invención.

—Es cierto. Trabajamos con él antes de venir aquí—. Se giró y caminó hacia mí y sonrió. —Él cedió rápidamente. Por supuesto, te culpó de todo.

—Mierda—, dije. —No hay nada que fijar Oso... Logan no se rendiría tan rápido.

—Estoy cansado de esto—, dijo Bill. Miró por encima de mi hombro y asintió.

Mis brazos se estiraron y sentí que mi cuerpo se elevaba y luego caía al suelo. Nathan me tenía contra el suelo. Como pude me senté erguido. Sus piernas me rodearon y cruzaron las mías. Ya no podía moverme.

Bill y Jim se inclinaron. Jim agarró un puñado de mi cabello y me obligó a echar la cabeza hacia atrás. Sentí el cálido aliento de Nathan en mi mejilla y noté que al menos no era tan malo como el resto de su olor.

—¿Qué deseas? —. Dije luchando por vencer el control del gran hombre sobre mí.

—Queremos la verdad—. Bill alcanzó y sacó una pistola que guardaba en su espalda. —O nos lo das o mueres.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Tenía sus posiciones fijadas en mi cabeza. Sólo necesitaba liberar una pierna, así que empujé hacia atrás intentando patear, pero mi pierna no se movía. Nathan empujó hacia abajo con mayor fuerza y Jim ajustó su agarre sobre mi cabeza, recogiendo aún más cabello en su agarre.

Bill levantó el arma y colocó el cañón frío contra mi frente.

La habitación quedó en silencio y sólo el sonido de nuestra respiración llenaba el aire. Puse los ojos en blanco y miré hacia el techo cubierto de moho.

Me pregunté ¿Qué diablos hay encima de este piso?

—Tengo una pregunta—, dije.

Bill sonrió. —¿Sí? ¿Qué es?

—¿Ustedes rocían usan esta estrategia por alguna razón táctica? ¿O es sólo por actuar?

Su sonrisa se desvaneció, sus labios se estrecharon y entonces me acercó el arma a la boca.

Apreté la mandíbula con fuerza mientras él intentaba forzar el cañón a pasar entre mis dientes.

Jim se arrodilló y usó su mano libre para apretar mis mejillas. Bill hizo lo mismo. Al final lo consiguieron.

Allí estaba yo, sujeto por un hombre más grande que Oso y con dos agentes flacos que me mantenían la boca abierta como si estuvieran alimentando a algún tipo de animal salvaje. Sólo que no era una botella de leche lo que ponían en mi boca.

—Voy a darte una oportunidad más Noble—, dijo Bill. Su voz se convirtió en un grito. —¿Por qué mataste a esa familia?

Me quitó el arma de la boca.

—Nosotros no matamos a nadie—, escupí después de contestar.

Bill asintió hacia Nathan y se giró.

El agarre sobre mi cuerpo se aflojó y Nathan y Jim me levantaron del suelo. Me empujaron contra la pared y me hicieron girar. Se inclinaron de modo que mi mejilla se presionó con fuerza contra el frío cemento.

Golpes suaves caían sobre el suelo detrás de mí. Bill presionó el cañón del arma contra mi cabeza. —Lamento hacerte esto Jack.

Mis ojos se encontraron con los de Jim. Él sonrió y se dio la vuelta.

Contuve la respiración y esperé el disparo, preguntándome si mis oídos registrarían el sonido del disparo antes de que la bala penetrara y apagara mi cerebro.

Y entonces cada músculo de mi cuerpo se tensó ante el golpe que cortó el aire.

CAPÍTULO 4

—Cristo—, Bill exhaló ruidosamente y se agarró la nuca. —Libérenlo y vuelvan a poner la mesa.

Nathan y Jim me soltaron. Me di vuelta, presioné mi espalda contra la pared y avancé poco a poco hacia el rincón más alejado de la habitación. Los dos hombres deslizaron la mesa hasta el centro de la habitación. Bill se paró frente a la puerta y se volteó a mirarme.

Los tres hombres asintieron el uno al otro.

Bill abrió la puerta.

—¿Sí?

La voz respondió baja y silenciosa. No pude distinguir las palabras. Bill cubrió la mayor parte de la puerta con su cuerpo. Nathan se quedó en el rincón más cercano a mí. Jim estaba a unos metros de Bill.

Bill dio un paso atrás, me miró por encima del hombro y sacudió la cabeza. —Nathan, vigílalo por un minuto.

—Está bien—, contestó Nathan.

Bill y Jim salieron. La puerta se cerró detrás de ellos. Nathan caminó hacia la puerta y mantuvo sus ojos en mí.

—Apuesto a que podría derribarte—, le dije.

Nathan se rio. —A ustedes, cabezas de tarro, les dejaron fumar algunas cosas buenas ¿eh?

Le di una media sonrisa y le guiñé un ojo. —Diez segundos, quince como máximo.

Su sonrisa se desvaneció y entrecerró sus ojos. —Que te jodan Noble. No tendrías ninguna posibilidad.

Di un paso adelante. Mantuve mis hombros hacia atrás y mis brazos hacia los lados, listo para atacar.

Nathan llamó a la puerta.

La puerta se abrió con un ruido metálico y Jim asomó la cabeza.

—¿Qué?

Nathan asintió en mi dirección. —Se está volviendo voluble.

Jim desapareció. La puerta permaneció abierta. Nathan no se movió. Esperaba que mis acciones lo sacaran de la habitación para poder tener unos minutos para revisar la mesa. No hubo tanta suerte. Jim y Bill regresaron.

Bill me miró y sacudió la cabeza. —Debes esforzarte tremendamente Noble—. Sacó un par de esposas de acero y, lentamente, dio un paso hacia mí con sus ojos fijos en los míos. —Te enviarán de regreso a Estados Unidos.

El lado izquierdo de mi boca se alzó en una sonrisa. Extendí mis manos hacia el frente manteniendo mis ojos fijos en los suyos.

—¿Bajo órdenes de quién?

Bill no respondió. Agarró mi muñeca derecha con su mano izquierda, colocó un lado de las esposas sobre mi brazo, las levantó y las apretó y luego hizo lo mismo con mi muñeca izquierda. Dio un paso atrás, levantó la cabeza y volvió a mirarme a los ojos. ——Keller.

Asentí. Keller o Abbot, no importaba. La decisión vino de ambos. Estaba seguro de eso.

—Aún no has salido de esta basura Noble. Se están haciendo cargo de la investigación, eso es todo.

Se giró, señaló a Nathan con un movimiento de cabeza y salió de la habitación. Jim lo siguió.

Nathan caminó hacia mí. —¿Aún crees que puedes derrotarme en diez segundos? —, dijo y rió entre dientes.

—Más rápido—, dije. —Ahora tengo un arma—. Levanté los brazos y dejé que la cadena entre las esposas se hundiera en forma de U.

—Tú eres otra cosa Noble—, dijo. —Lástima que nunca tuviéramos la oportunidad de trabajar juntos.

Puso su gran mano en medio de mi espalda y me empujó hacia la puerta.

No me resistí –Pero ¿qué pasa con Oso? –No quería que le prestaran atención, pero tenía que saber si iba a salir o si estaba atrapado aquí. Parecía que lo tenían resuelto. Oso tuvo la mala suerte de ser mi compañero. Entré por la puerta hacia el pasillo poco iluminado y vi a Oso parado en el medio, rodeado por tres agentes de la CIA. Él asintió con un guiño. Parecía que íbamos a casa juntos.

NOS AMONTONAMOS EN UN HUMVEE COLOR ARENA. OSO Y YO TENÍAMOS LA FILA DETRÁS DEL conductor para nosotros solos. Nos quitaron las esposas de las muñecas antes de cerrar las puertas de golpe. El resto de la conversación dentro de la sala de interrogatorios fue sólo eso, charla. Éramos libres. Abbot y Keller no iban a investigar esto más que yo. En el peor de los casos, nos reasignarían a Afganistán. Al menos allí podríamos hacer algo bueno, o quizás nos mantendrían en Estados Unidos y nos asignarían a un nuevo equipo.

Me incliné y miré entre los asientos delanteros. Dos hombres que no reconocí ocupaban la parte delantera del Humvee.

—¿A dónde vamos?

Ninguno de los dos respondió.

Levanté los ojos y miré al conductor por el espejo retrovisor. Sus ojos, escondidos detrás de sus mejillas hinchadas, no se movieron para encontrarse con los míos. Suspiré y me volví hacia Oso. —¿Adónde crees que nos llevan?

—Dijeron que a casa—, contestó.

—¿Crees eso?

Se encogió de hombros y dejó escapar un fuerte suspiro. —¿Crees que simplemente nos llevarán y dejarán en el desierto?

—Se me ha pasado por la cabeza ese pensamiento—. Me sequé el sudor de la frente. —Aunque no veo que nos dejen allí con vida—, agregué.

Oso rió. —Estos tipos no pueden llevarnos.

El conductor levantó la vista y se encontró con mi mirada en el espejo retrovisor. Sonreí y le guiñé un ojo mientras observaba qué tipo de reacción había tenido Oso con sus comentarios.

El conductor negó con la cabeza. —No los vamos a dejar en medio del desierto. Sólo siéntate y relájate. Pronto estarás en un avión.

—¿De vuelta a los Estados Unidos? —. Pregunté.

El conductor negó con la cabeza. —Ni idea hombre. Sólo te estoy llevando.

Miré a Oso y me encogí de hombros.

—¿Te contaron sobre la familia?

—Sí—. Oso hizo una pausa mientras se frotaba la barba. —¿Crees que fue Martínez?

—Tiene sentido. Le mostré. Para empezar, le picaban los dedos.

—Muy descarado de su parte si lo hizo.

—Sí. Tal vez pensó que podía echarnos la culpa y salirse con la suya—. Me quedé mirando el techo de lona hecho jirones. —¿Sabes que tendrás que afeitarte esa barba cuando regresemos a la base?

—Tú también Jack. Tú también.

Asentí y me rasqué el vello de la cara. Me recosté en mi asiento y cerré los ojos. Lo único que se me ocurrió fue salir de Irak. De vuelta a casa. No importaba dónde. Cualquier lugar de Estados Unidos estaría bien para mí. Mis pensamientos se ralentizaron y me quedé dormido.

El coche se detuvo bruscamente. Me desperté, abrí los ojos. Me dolía un lado de la cara por los golpes en la sala de interrogatorios. Vi a Oso sentarse derecho y bostezar. Él también se había quedado dormido. Movió la cabeza de lado a lado y su cuello sonó.

Giré la cabeza para mirar por la ventana. Estábamos estacionados junto a lo que parecía una única pista de aterrizaje escondida entre colinas de arena por los cuatro lados. En un extremo había un pequeño avión de pasajeros.

—Estamos aquí—, dijo el conductor.

—No jodas Sherlock—, dije.

—Sal de mi coche—, dijo.

—Con alegría.

Abrí la puerta y salí.

Oso apareció detrás del Humvee y se colocó a mi lado.

El Humvee puso la marcha con un rugido y se alejó. Nos quedamos solos en el estacionamiento vacío sin ningún lugar a donde correr si las cosas se salían de control. Y últimamente, si había algo con lo que se podía contar era con que las cosas se salían de control.

Cuatro hombres esperaban junto al avión, todos vestidos con pantalones cargo de color caqui, camisetas sencillas y cazadoras color canela. Tenían pistoleras atadas a los muslos. Dos de ellos portaban rifles de asalto.

Uno dio un paso adelante y nos indicó que nos acercáramos.

Miré a Oso. Él se encogió de hombros. No teníamos otras opciones. Si nos iban a matar, sería ahora. Y si ese fuera el caso, preferiría terminar con esto de una vez. Cruzamos la estrecha franja de grava hasta la zona al lado del avión.

El hombre siguió adelante, nos encontró a medio camino y se presentó como Colwell. Tenía Cabello corto color castaño y ojos marrones.

—Los llevaremos a Alemania, Frankfurt International—, dijo Colwell. —Moví algunos hilos. Evitarán la terminal y la aduana. Luego los acompañarán a un vuelo que los llevará de regreso a Estados Unidos.

—¿A dónde? —Pregunté.

Colwell se encogió de hombros y extendió los brazos. —Mi trabajo es llevarte a Alemania—. Se giró y extendió un brazo señalando hacia el avión. —Subamos a bordo y salgamos de aquí.

Pasé junto a los otros hombres sin hacer contacto visual. No tenía ningún interés en conocerlos y estaba seguro de que ellos sentían lo mismo por mí. Subí las escaleras hasta el pequeño jet y me dirigí hacia atrás. Encontré un asiento y me desplomé en él. Cerré los ojos por un segundo y masajeé el área alrededor de mi mejilla. Cuando abrí los ojos, Colwell estaba frente a mí.

—Ve a la parte de adelante.

—Púdrete. No me estoy moviendo.

Sacó su pistola de la funda del muslo. El arma colgaba a su lado. —Jack, muévete —.

Suspiré y me levanté. —Estoy desarmado—, dije levantando los brazos cuando pasé a su lado. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y sus labios se estrecharon. Su cabeza me siguió. Me di cuenta de que no le gustaba estar tan cerca de mí en un espacio reducido.

—No me importa—, dijo. —Sé todo sobre ti Noble—. Él asintió hacia Oso. —Él también.

—Sí, bueno—, dije, —no sé nada de ti.

—Y vamos a mantenerlo así—, dijo Colwell. —No quiero que aparezcas en mi puerta una noche.

—No—, miré hacia atrás por encima del hombro, —no lo quieres.

Colwell no dijo nada.

Tomé asiento. Oso se sentó al otro lado del pasillo. Él sonrió y sacudió la cabeza.

Pasaron diez minutos de silencio antes de que rodaran el avión en un círculo cerrado. Luego, el pequeño avión salió disparado por la pista, atravesó el aire y giró hacia el noroeste, hacia Alemania.

DORMÍ DURANTE LA MAYOR PARTE DEL VUELO Y ME DESPERTÉ CUANDO EL AVIÓN DESCENDÍA POR el cielo oscuro hacia la ciudad de Frankfurt. Las luces de los coches y los edificios iluminaban el suelo negro como brillantes alfileres clavados en cartulina oscura. Aparté los ojos de la ventana y miré a Oso. Se apretó el cinturón de seguridad. Lo único que encontré que puso nervioso al gran hombre fue volar. Aunque no tanto la parte de volar más bien odiaba aterrizar.

Me miró. Las gotas de sudor que cubrían su frente rodaron por su mejilla y se depositaron en sus bigotes.

—Tómatelo con calma—, dije.

Él asintió y respiró hondo. Sus hombros subían y bajaban, adelante y atrás. Lo había visto hacer este ritual varias veces. Apretó y aflojó los músculos mientras respiraba profundamente. La serie de ejercicios le ayudó a superar y controlar el pánico que inundaba su mente. Así es como fuimos entrenados para manejar cualquier situación en la que nuestra mente nos venciera. No es ninguna vergüenza sentir miedo o pánico. Improvisar, adaptarse y superarse era el mantra no oficial de la Infantería de Marina. Siempre nos quedó grabado, incluso si pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo con la CIA.

Oso exhaló y la tensión abandonó su cuerpo. Sonrió, se soltó el cinturón y se reclinó en su asiento. No pensé que fuera apropiado mencionar que tendría que pasar por esto una vez más antes de que terminara nuestra terrible experiencia.

El avión dio un bandazo y los neumáticos chirriaron cuando aterrizaron en la pista más alejada de la terminal. Salté en mi asiento un par de veces mientras el avión aterrizaba. El piloto casi detuvo el avión y luego nos llevó por la pista exterior hacia una fila de terminales. El avión se detuvo.

Colwell se puso de pie, pasó a mi lado y entró en la cabina. Unos minutos más tarde volvió a salir y nos indicó que nos pusiéramos de pie.

Lo hicimos.

Abrió la puerta y bajó las estrechas escaleras adjuntas al avión.

Pasé primero. Una brisa fría me picó la cara y los brazos expuestos. No estábamos preparados para este clima. Bajé corriendo las escaleras. Un camión nos esperaba cerca de la parte delantera del avión.

Oso bajó las escaleras con Colwell justo detrás de él.

Colwell señaló hacia el camión. —Esa es tu escolta hasta el vuelo internacional de regreso a Estados Unidos.

Asentí y esperé a que Colwell se uniera a nosotros. No lo hizo.

La puerta del pasajero se abrió. Un hombre salió. Parecía tener unos treinta y tantos años y vestía un traje oscuro y corbata roja. Caminó por la parte trasera del camión, bajó la puerta y luego se volvió hacia nosotros. —Entra—. Señaló la plataforma de la camioneta.

Miré a Oso y puse los ojos en blanco. Subió a camioneta, se sentó al volante, y yo lo seguí.

El hombre del traje asintió con la cabeza a Colwell, regresó a la parte delantera del camión y se sentó en la cabina.

Colwell me hizo un saludo burlón.

Le saludé con el dedo medio.

Él sonrió.

—Hace un frío terrible—, dijo Oso en voz alta por encima de la ráfaga de viento y el sonido del motor del camión.

No tuve que estar de acuerdo. Mi aliento caliente golpeó el aire helado y se convirtió en una nube de niebla que se elevó sobre mi cabeza.

El camión rodó lentamente sobre el asfalto, cerca del grupo de edificios blancos y grises. Los reflectores espaciados cada diez metros iluminaban el suelo en un patrón uniformemente espaciado entre brillo, oscuridad y más brillo. Los aviones estaban estacionados a la izquierda, al otro lado de una amplia área llena de hierba muerta color marrón. El camión redujo la velocidad y giró hacia los aviones, donde una franja de carretera atravesaba el paisaje. Nos salimos del alcance de los focos y el cielo volvió a oscurecerse. Miré hacia arriba esperando que mis ojos se acostumbraran. El camión se detuvo antes que ellos.

Un hombre salió de la cabina.

—Fuera—, dijo.

Lo hicimos.

—Síganme—, dijo.

Lo seguimos pasando dos aviones y nos detuvimos frente a un tercero. Levantó la mano. —Esperen aquí—. Continuó unos metros más, sacó un teléfono celular e hizo una llamada. Después de unos momentos, una puerta en el costado del avión, justo detrás de la cabina, se abrió. La luz inundó el suelo desde la abertura. Un hombre dejó caer una escalera de cuerda.

Nuestro escolta caminó hasta la escalera, se detuvo y se volvió hacia nosotros. ——— Vamos, tenemos que darnos prisa.

Corrí hacia el costado del avión y subí la escalera, listo para abandonar el frío. El hombre de arriba me agarró por debajo del codo y me levantó. Oso lo siguió y nuestro escolta llegó de último.

—Es tu día de suerte—. Él señaló la cortina azul ligeramente abierta. —Primera clase.

—¿Vuelas con nosotros? — Pregunté.

Él asintió, puso su mano en mi hombro y me empujó hacia la cortina.

Entré y caminé hacia la parte delantera del avión. —¿Cómo te llamas?

—¿A dónde crees que vas Noble?

Me volví y extendí los brazos. —A sentarme.

—Aquí atrás—. Señaló tres asientos en el medio del pasillo, la última fila de primera clase. —Tú te sientas en el medio. Yo estoy en ese extremo—, señaló al otro lado de la fila. —Y el hombre grande aquí—, dio unas palmaditas en el respaldo del asiento más cercano a nosotros. —Mi compañero se quedará allí, enfrente de él.

—Sabes—, dije tomando asiento, —soy más peligroso que él.

—No lo dudo ni un poco Noble.

—¿Cómo te llamas? — Pregunté de nuevo.

—McMurray—, dijo. —Puedes llamarlo Otto—. Señaló a su compañero mayor, quien no había dicho una palabra en todo el tiempo.

Otto levantó la vista de su periódico y asintió. Sus ojos oscuros y hundidos no revelaban nada. Se echó hacia atrás el cabello plateado y volvió a leer.

—¿Cuáles son las posibilidades de que podamos tomar un poco de café? — Pregunté.

Otto rio. —¡Azafata! —. Golpeó con los dedos el reposabrazos de goma azul y esperó un momento. —Supongo que no tienes suerte. Subirán al avión en media hora más o menos. Inténtalo entonces.

Apenas hablamos el resto de la noche. Me quedé dormido antes de llegar al Océano Atlántico y me desperté sobre Georgia. Oso comenzó sus ejercicios de relajación cuando el piloto anunció que estábamos realizando nuestro descenso final al aeropuerto Hartsfield-Jackson de Atlanta.

Unos minutos más tarde estábamos en tierra.

La azafata anunció que la primera clase podría partir primero. Oso y yo nos pusimos de pie. Otto permaneció sentado. McMurray se levantó.

—Ustedes bájense aquí—, dijo McMurray.

—¿No nos acompañarás más?

—Me indicaron que te trajera a los Estados Unidos. Ahora eres problema de otra persona.

Me encogí de hombros. Seguí a Oso fuera del avión. Caminamos por el pasillo. Esperaba encontrar un escolta armado cuando atravesáramos la puerta. Estaba vacío. Pasamos por delante de la zona de asientos casi vacía y nos dirigimos hacia el centro de la terminal, donde se encontraban las escaleras mecánicas que llevaban al tranvía. Aparte de algunos pasajeros tempranos, la terminal estaba vacía. Miré mi reloj. –Aún no son ni las cuatro de la madrugada–. Una hora más y el lugar estaría lleno de viajeros matutinos.

—Café—. Oso señaló una de las únicas tiendas abiertas en una sección entre las puertas.

Lo seguí, pedí un café solo y un danés con queso crema y luego pagué nuestros pedidos. Después de que la chica me entregó el cambio, bajé por el mostrador, donde encontré una tapa y agarré un puñado de servilletas. Rompí la tapa de la taza y la levanté hasta mi cara. El vapor caliente que escapaba de la tapa me quemó el labio superior y los bordes exteriores de la nariz. Inhalé de todos modos. El calor se desvaneció, dando paso al intenso y oscuro aroma del café y la prometedora energía de la cafeína.

Pasos duros y ruidosos resonaron detrás de mí. *Clac clac*. Se detuvieron a unos metros de distancia.

—Jack Noble. Riley Logan. No muevas ni un maldito músculo.

CAPÍTULO 5

—Cristo—, dijo Oso en voz baja.

Volví la cabeza hacia él. Mis ojos siguieron la encimera moteada y luego se levantaron para encontrarse con los suyos. Sacudió la cabeza, enderezó la espalda y levantó las manos sobre la cabeza.

Miré por encima del hombro. Dos hombres vestidos con jeans y camisas abotonadas estaban a tres metros de distancia y nos apuntaban con sus pistolas.

—Dije que no movieras ni un maldito músculo—, dijo uno. —Miren hacia adelante y pongan sus brazos arriba.

De mala gana puse mi café, del que todavía no había tomado un sorbo, sobre el mostrador y luego levanté las manos.

La señora detrás del mostrador permaneció inmóvil, con la boca abierta y los brazos extendidos a los costados. Nuestros ojos se encontraron. Una lágrima rodó por su mejilla de ébano. Le di una sonrisa a medias. Ella miró hacia otro lado.

Dos hombres se acercaron. Estaban vestidos igual que sus compañeros. Se acercaron a nosotros lenta y cautelosamente, con las armas en la mano.

—Agradable y fácil—, dijo uno mientras se acercaba a mí por detrás. —Un brazo detrás de tu espalda.

Bajé el brazo. Lo agarró.

—Ahora el otro—, dijo.

Hice lo que él dijo.

El frío acero se apoderó de mi muñeca y pellizcó mi piel mientras las esposas se ajustaban y cerraban.

—¿Realmente tenemos que pasar por esto? — Pregunté.

—Cállate Noble—, dijo uno de ellos.

Bajé la cabeza y consideré las probabilidades. Eran dos contra cuatro. Después de todo, no es tan justo, al menos para ellos. Una mano en mi espalda me guió hacia un lado. Giré la cabeza y vi a tres de los hombres converger hacia Oso mientras el cuarto me apuntaba con un arma.

Oso cooperó bajando un brazo y luego el otro. Lo esposaron, le dieron vuelta y lo llevaron hacia mí –un hombre a cada lado de él–, agarrado por los codos.

Uno de ellos dio un paso adelante. Tenía cabello castaño y mandíbula cuadrada. Enfundó su arma. —Esto va a ser agradable y fácil muchachos—. Señaló hacia la terminal. —A las escaleras mecánicas, sube al tren y luego bájate. No hagas contacto visual con nadie. No hables con nadie. No hables en absoluto. ¿Entiendo?

Asentí. No miré para ver si Oso lo hizo o no.

Él continuó. —En arribos, gire a la derecha hacia la Terminal del Norte. Continúen pasando

el área de reclamo de equipaje y salgan. Nos estará esperando una furgoneta.

Me preguntaba por qué nos hablaba como a iguales en lugar de a prisioneros.

—Si pasa algo y nos separamos, nos encontraremos en la camioneta—, dijo. —Si te encontramos en otro lugar que no sea la furgoneta o de camino a ella, tenemos órdenes de disparar a matar—. Hizo una pausa, sus ojos oscilaban entre nosotros dos. —¿Puedo confiar en ustedes por unos minutos?

—Sí—, dije.

Saludó con la cabeza a uno de los otros, quien luego nos quitó las esposas. —Vamos.

Lo seguimos a través de la terminal, bajamos las escaleras mecánicas y entramos al tren. Nos sentamos atrás. Ellos se pararon frente a nosotros. El tren se detuvo en la terminal A. Todos salimos y seguimos las señales hacia las escaleras mecánicas que conducían a la puerta de arribos, que estaba vacía. Parecía que nadie tenía seres queridos que llegaban tan temprano, o tal vez simplemente no les importaban a las cuatro de la mañana. Pasamos por el área de recogida de equipaje y atravesamos dos puertas automáticas hasta detenernos afuera.

El aire se sentía fresco y refrescante. La luz naranja inundó la acera y la calle dividida en seis carriles entre el edificio y el estacionamiento. Una furgoneta oscura con cristales oscuros estaba estacionada cerca.

Uno de los hombres señaló, se acercó y abrió la puerta trasera. Hizo un gesto hacia nosotros, Oso y yo lo seguimos y entramos.

—Fila del medio—, dijo.

Nos sentamos en el medio. No reconocí al conductor. Debió haber estado esperando en la camioneta todo el tiempo. Uno de los hombres se le unió al frente, en el asiento del pasajero. Los otros tres se sentaron en la fila detrás de nosotros. La camioneta se alejó de la acera siguiendo la carretera curva del aeropuerto y se incorporó al tráfico de la mañana en dirección norte por la I-85.

A MITAD DE CAMINO A ATLANTA NOS INCORPORAMOS EN LA I-20 EN DIRECCIÓN ESTE. DESPUÉS de salir de la ciudad el viaje me pareció largo e inútil. Nuestros escoltas no hablaron. No teníamos idea de quiénes eran. No se dieron nombres, rangos o afiliaciones. Aunque tenía la sensación de que estos tipos eran de la CIA.

Cuando traté de hablar con Oso recibí la orden de callarme. Me resigné a mirar por la ventana el paisaje redundante.

La oscuridad se desvaneció y las nubes grises dieron paso al sol naciente. El sol tiñó el cielo de tonos naranja y rojo. La vista me mantuvo cautivo durante media hora.

Me incliné hacia adelante y metí la cabeza entre el asiento del conductor y el del pasajero. —¿A dónde vamos?

El hombre en el asiento del pasajero giró la cabeza para mirarme y no dijo nada.

Suspiré y me recosté.

Llegamos a Florence, Carolina del Sur, alrededor de las nueve de la mañana. Le pregunté si podíamos parar a desayunar. No lo hicimos. En lugar de eso, nos incorporamos en la I-95 en dirección Norte. Esperaba que eso significara que nos dirigíamos a Camp Lejeune y no a Langley, lo cual sería malo.

Nuestro mando de la CIA se encontraba muy por debajo de la base de la Fuerza Aérea. Estaríamos bajo su mando allí abajo.

Camp Lejeune estaba ubicado en la costa de Carolina del Norte. Fue el hogar de varios comandos, incluido el Comando de Operaciones Especiales de los Marinos, y a menudo se usaba para entrenamiento de asalto anfibio. Camp Lejeune también sirvió como nuestro comando no oficial bajo el mando del coronel Abbot. Aunque no estábamos destinados allí. No estábamos destinados en ningún lado. Sin embargo, teníamos que informar trimestralmente si no estábamos en un despliegue extendido.

Me incliné de nuevo hacia adelante, mirando al conductor y luego al pasajero.

—¿A dónde vamos?

El hombre del asiento del pasajero volvió la cabeza. —Lejeune.

—De todos modos, hacia allí nos dirigíamos. Ustedes nos ahorraron el costo del alquiler.

Él se dio la vuelta. —No digas nada.

Me recosté y respiré profundamente. Sólo una cosa me molestó.

—Lejeune—, le dije a Oso.

—Sí—, dijo y luego hizo una pausa por un momento. —Brig está ahí.

Eso es lo que me molestó. Allí estaba ubicado el Brig del Cuerpo de Marinos, que tenía capacidad para albergar hasta 280 reclusos.

CUATRO HORAS MÁS TARDE, LA CAMIONETA PASÓ JUNTO A UN LETRERO DE LADRILLO ROJO QUE decía: “CAMP LEJEUNE: HOGAR DE LAS FUERZAS EXPEDICIONARIAS PREPARADAS” y se detuvo frente a la puerta principal de la base. El hombre que iba en el asiento del pasajero salió de la furgoneta y abrió la puerta lateral. Dos de los hombres que iban en el asiento trasero salieron. Nos ordenaron salir y nos acompañaron hasta la barandilla de acero corrugado que rodeaba la caseta de vigilancia en medio de la carretera.

Pasamos por encima de las barandillas que nos llegaban hasta las rodillas. Un Policía Militar (PM) con cara de niño nos esperaba. Saludó con la cabeza a nuestros escoltas, se dieron la vuelta y regresaron a la camioneta.

—Pasen al frente—, dijo el parlamentario. Señaló más allá de la señal de alto roja y la puerta roja y blanca extendida que cruzaba la calle. —Pronto vendrán a buscarlos —.

Nos trasladamos al otro lado del edificio. Me recosté contra el exterior de ladrillo y contemplé la calle desierta y arbolada que conducía a la base principal. Las cosas no habían cambiado mucho desde la última vez que estuvimos aquí. Eso fue hace seis meses. Justo antes de nuestro despliegue en Irak.

Oso se inclinó. —Esta basura apesta—. Levantó una pierna y apoyó el talón contra la pared de ladrillos detrás de nosotros. —Abbot debería habernos encontrado aquí.

—Pensé que lo haría—, dije. —Sin embargo, él es la razón por la que estamos aquí y no en la isla.

—¿Crees que sabe que estamos aquí ahora mismo?

—Eso espero, Oso. Sinceramente, lo creo.

Un sedán oscuro se acercó desde la base, redujo la velocidad e hizo un giro en U frente a la estación de guardia y se detuvo en medio de la carretera. Luego se abrieron ambas puertas delanteras.

—Dense la vuelta—, dijo un parlamentario mientras salía del lado del pasajero. —Manos en la pared.

Me volví hacia Oso, puse los ojos en blanco y luego seguí mirando hacia la pared.

Los PM nos requisaron unos segundos más tarde. Fueron cautelosos y tranquilos. No gritaron ni usaron la fuerza con nosotros.

—Sólo una formalidad—, dijo uno de ellos. —Bonito y fácil. Terminemos con esto.

No me resistí cuando me bajaron los brazos por detrás y me esposaron. Oso tampoco. Unos minutos más tarde estábamos en el asiento trasero de la patrulla.

—Llévanos con el coronel Abbot—, pedí.

El conductor levantó la vista y me miró a los ojos por el espejo retrovisor. —Él no está aquí.

Mi corazón se hundió. Abbot era nuestro único contacto en la base.

—¿Sabes dónde está?

El conductor negó con la cabeza.

—Entonces tendré que ponerme en contacto con el general Keller.

—Te das cuenta de que estás detenido, ¿no? — dijo el otro PM.

Exhalé y me encogí de hombros.

—Relájate. Pronto se instalarán.

Mantuve la esperanza de que nos llevarían al cuartel y nos alojarían para pasar la noche. Pero cuanto más conducíamos, más sabía que eso no iba a suceder. El coche finalmente se detuvo delante del calabozo. Los PM salieron. Las puertas traseras se abrieron.

—¿Por qué nos retienen? — Pregunté.

—No es de nuestra incumbencia—, dijo el parlamentario mientras me sacaba del coche por el codo.

Resistí.

—No vayamos por ese camino. ¿Está bien, Noble?

Me levanté, saqué las piernas del vehículo y planté los pies en el suelo. El PM me levantó y me arrastró hasta donde Oso y su escolta de PM esperaban junto a una puerta que conducía al interior del calabozo.

—Vamos—, dijo el PM.

Me condujo a través de la puerta del edificio. Caminamos por un pasillo gris industrial, ancho y poco iluminado, pasando por varias oficinas administrativas. Los carteles al lado de cada puerta indicaban un nombre o división. Pasamos por dos puertas de seguridad y luego nos detuvimos en una habitación fría, cuadrada, pintada de blanco con una franja gris de treinta centímetros de ancho, a un metro del suelo. Un PM pálido y flaco estaba detrás de un mostrador en el otro extremo de la habitación. Me miró de arriba abajo, hizo lo mismo con Oso y luego desapareció de mi vista.

—Desnúdate—, dijo uno de los PM. —Mañana nos preocuparemos por tu cabello y tu barba.

Oso y yo nos quitamos la ropa.

El PM flaco reapareció unos minutos más tarde y nos entregó un pantalón deportivo verde y una camisa gris, pantuflas para los pies y algunos artículos de aseo. Nos vestimos rápidamente y recogimos los demás artículos. Los PM nos sacaron de la habitación por un pasillo más oscuro y estrecho que atravesaba más puertas de seguridad. Entramos en una de las zonas de viviendas. Nos separaron, llevaron a Oso a subir unas escaleras y a mí a bajar.

Había un silencio inquietante. El aire estaba estéril y olía a desinfectante. El lugar era todo lo que uno esperaría que fuera una prisión de Marinos.

Nos detuvimos frente a una celda. La pared era sólida excepto por un pequeño agujero en el medio de la puerta. Contuve la respiración con anticipación.

—No te muevas—. El PM me soltó el brazo y abrió la puerta de la celda. La abrió y se volvió hacia mí. —Entra.

Entré y escuché la puerta cerrarse detrás de mí. Las paredes de la habitación estaban pintadas de gris y había una única lámpara fijada en el medio del techo. Un inodoro y un lavabo estaban en la esquina trasera izquierda. En medio de la habitación había una pequeña mesa con dos sillas permanentemente unidas. Una pequeña ventana en medio de la pared del fondo permitía que la luz del sol entrara en la habitación. Al otro lado de la habitación, junto a la ventana, había una litera de metal; la litera de arriba estaba vacía, en de abajo yacía un hombre con la cabeza rapada, los tobillos cruzados, una mano detrás de la cabeza y la otra sobre el estómago desnudo. Un tatuaje coloreado de un fénix cubría su pecho sin pelo. Sus ojos pasaron de los travesaños de la litera superior a mí.

—¿Quién eres tú?

—Noble.

—Nunca he oído hablar de ti.

—Así me gusta.

—¿Por qué estás aquí?

—Asesinato. ¿Tú?

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo pudiste mantener toda esa basura en tu cara?

Me rasqué la barba corta. —¿Te molesta?

Pasó los pies por el borde de la cama, los plantó en el suelo y se puso de pie. Tenía aproximadamente la misma altura que yo y una constitución similar.

—Sí, me molesta.

—No será por mucho tiempo—, dije. —Mañana me afeitarán.

—¿Qué tal si me ocupo de ello ahora?

Me mantuve firme, preparado para su ataque. Resultó que no tuve que esperar mucho.

Dio un paso y extendió la mano con un amplio gancho de derecha destinado a mi cara.

Esquivé el golpe y giré hacia arriba, hundiendo mi puño derecho en su mandíbula. Un chasquido confirmó que le había roto o dislocado la mandíbula, tal vez ambas cosas.

Golpeó el suelo como un saco de arena y su cabeza golpeó el suelo de cemento con un ruido sordo.

Esperé unos segundos para ver si recuperaba el conocimiento. No lo hizo. Lo levanté y lo dejé sobre su colchón, colocándolo como lo encontré. Luego caminé hacia la puerta, metí mi cara en el centro que estaba abierto al exterior con cuatro barras de hierro.

—¿Es todo lo que tienes? — Grité a través del agujero.

CAPÍTULO 6

La adrenalina desapareció y me quedé dormido, logrando dormir el resto de la tarde. Me desperté con el sonido de los gemidos de mi compañero de celda. Abrí mis ojos. Me tomó unos minutos recordar dónde estaba y por qué. Miré alrededor de la celda. La luz naranja rojiza del atardecer llenó la habitación. Saqué la cabeza por el costado de la litera y miré al hombre herido debajo de mí.

Sus ojos se dirigieron a los míos. Se llevó la mano a la mandíbula. Sonidos guturales se formaron en su garganta mientras intentaba hablar. Sus ojos muy abiertos se llenaron de lágrimas.

—Cállate a menos que quieras que el otro lado también se rompa—, le dije.

Se dejó caer sobre la almohada, miró hacia otro lado y no dijo nada.

Continué mirándolo fijamente, recalcando el punto. La celda volvió a quedar en silencio.

Un golpe en la puerta de la celda rompió el silencio. Alguien gritó algo a través del agujero en medio de la puerta y una llave sonó en la cerradura. La puerta se abrió y entró un PM con bandejas de comida. Se detuvo cuando vio al hombre en la litera de abajo.

—Jesucristo—, dijo el PM. —¿Qué diablos le pasó?

—Se resbaló—, dije, —y se golpeó la barbilla con el fregadero.

El PM puso las bandejas sobre la mesa y luego encendió una radio en la parte superior del pecho fijada a su camisa. —Necesito atención médica en el ala de eco, primer piso, celda cuatro —. Fijó sus ojos marrones en mí. —Dime lo que pasó. La verdad.

Me senté. —Ya te dije. Se cayó y se golpeó la barbilla con el fregadero—. Me incliné sobre el costado de la cama y miré a mi compañero de celda. —¿No es así?

Él gruñó y luego gimió.

Sonreí.

—Sí, bueno, lo resolveremos—, dijo el PM.

—Hazlo—, le dije.

—¿Por qué no te agachas y te quedas en ese rincón por ahora? — Señaló hacia el inodoro y el lavabo.

Pasé mis piernas por un costado, salté y me moví lentamente hacia la esquina de la habitación sin quitar la vista del PM.

Él tampoco me quitó los ojos de encima, manteniendo la palma de la mano apoyada en el mango de su pistola de gas lacrimógeno.

Me senté en el inodoro de acero inoxidable y puse las manos en las rodillas. El PM parecía nervioso y no quería darle una razón para gasearme.

Unos minutos más tarde entraron en la celda dos médicos seguidos por dos PMs más. Los médicos atendieron al hombre herido en la litera inferior mientras los PMs apuntaban sus armas

hacia mí.

—Tiene rota la mandíbula—, dijo uno de ellos. —Magullada hasta el infierno en el lado izquierdo.

Los diputados me miraron.

—Se cayó—, dije.

El médico bajito salió de la celda y regresó un momento después con una silla de ruedas. Ayudaron al hombre a levantarse de la cama, a sentarse en la silla y lo sacaron de la habitación. Me encontré solo con los tres PMs.

Uno cerró la puerta y se recostó contra ella. Su amplio cuerpo bloqueó el agujero en el medio de la puerta. Los otros dos se acercaron a mí y me acorralaron. Sus nombres estaban pegados en sus uniformes: Bates y Sanders.

Bates habló primero. —¿Te gusta golpear a nuestros prisioneros?

No respondí.

Sanders se agachó, agarró mi camisa y levantó el cuello, presumiblemente tratando de levantarme.

No me moví.

—Levántate—, dijo.

No lo hice.

—¡Ahora! —, dijo.

No lo hice.

Ambos se agacharon, me sacaron del baño y me golpearon contra la pared del fondo. Giré la cabeza y vislumbré el último rayo de sol anaranjado antes de que se ocultara detrás de la extensión de árboles que rodeaban el bergantín.

Los PMs me clavaron los codos en el pecho mientras se inclinaban hacia mí, turnándose para golpearme en el estómago, asegurándose de evitar mis costillas. Mantuve mis músculos abdominales tensos todo el tiempo que pude. Al final los golpes me desgastaron. Me dieron sucesivos golpes que me dejaron sin aliento.

Retrocedieron y me deslicé al suelo. Me agarré y arrastré mis uñas por el concreto en un esfuerzo por ponerme de rodillas y llenar mis pulmones de aire. El borde de mi visión se oscureció. Finalmente, mis pulmones se expandieron y el aire entró por mi boca. Jadeé y exhalé varias veces.

—Volveremos a buscarte más tarde Noble—, dijo uno.

El último salió de la celda y la puerta se cerró de golpe. Me arrodillé en el suelo hasta que la sensación de malestar en mi estómago disminuyó. Luego me levanté y revisé las bandejas sobre la mesa. Pollo, judías verdes, pan y café tibio. No había comido en casi un día y había pasado al menos ese tiempo desde mi última taza de café. Terminó siendo una de las mejores comidas que he probado en mi vida.

No había mucho que hacer en la celda, y la siesta combinada con el ataque de los PMs me dejaron demasiado agitado para dormir. Caminé por el espacio entre la cama y la mesa desde la puerta hasta la ventana trasera. Me detuve y miré por la ventana. Algunas luces parpadearon a lo lejos. Aparte de eso, estaba oscuro, silencioso y sereno.

Un golpe en la puerta me devolvió a la realidad y me giré con los brazos en posición defensiva. La puerta se abrió sólo una rendija.

—Noble—, llamó una voz.

—Sí—, dije.

La puerta se abrió más y el general Keller entró, deteniéndose justo al pasar la entrada. Su

cabello gris cortado al rape dio paso a un rostro que parecía tallado en acero. Había líneas profundas grabadas en su frente; líneas más delgadas se extendían desde el rabillo de sus ojos azules y desde los lados de su boca.

Asentí al hombre y sentí que el alivio me invadía.

Él sonrió, miró al suelo y luego volvió a mirarme. —Dios, Jack ¿En qué te metiste?

—No hicimos nada.

Keller miró por encima del hombro. —Déjanos.

—Señor, ese hombre hirió físicamente a su compañero de celda antes. No es seguro para usted…

—Maldita sea, dije que nos dejaran. ¿Quiere que le patee el trasero, cabo?

—No señor.

—Entonces lárguese de aquí.

El PM desapareció de la vista y la puerta de la celda se cerró y permaneció sin seguro.

Eché un vistazo hacia la puerta.

—No pienses en intentar huir Jack—, dijo Keller. —Al menos no ahora.

—Está bien—, dije.

—¿Y qué es ese lío que tienes en la cara? ¿Y tu pelo? Sacudió la cabeza. —Recuerdo cuando eras un niño limpio. Ahora pareces... uno de esos vagabundos que mi hija solía traer a casa.

—Con el debido respeto, general—, dije, —he visto a su hija. ¿Cree que estaría interesada en mí con mi aspecto actual?

Keller intentó parecer severo, pero se rindió y rio. —Siéntate Jack.

Me senté frente a él y esperé a que continuara.

—No sé de dónde viene esto—, dijo. —Pero me está costando mucho sacarlos a ustedes dos de aquí. ¿Hiciste enojar a alguien allí?

—¿Aparte de Martínez? —, dije —no se me ocurre nada.

Keller asintió. —Alguien está emitiendo esta orden—. Miró por encima del hombro y luego a mí. —Hablé con alguien, alguien de alto nivel, que admite que no tuviste nada que ver con el asesinato de esa familia. Extraoficialmente, por supuesto.

—Por supuesto—, dije. —¿Entonces usted cree que es la CIA?

—Tendría que serlo, ¿no? — dijo. —¿Quién aquí haría esto? Yo dirijo el maldito espectáculo y no soy yo. No hay nadie entre nosotros.

Asentí. —¿Has hablado con Abbot?

—Sí. Aún no he podido hablar con él al respecto. Pero seguiré intentándolo. Ya no estoy tan conectado como antes Jack. Al menos eso es lo que todo el mundo dice—. Keller se levantó. Metió la mano en el bolsillo y arrojó un paquete de cigarrillos sobre la mesa. —Quédate con esos, Jack. Quizás puedas cambiarlos por algo.

Le di las gracias y me levanté. Extendió la mano, con la palma hacia mí, indicándome que debía quedarme donde estaba.

—Estoy trabajando para sacarte de aquí. Mantente alerta, ¿entiendes?

—Sí, señor.

La luz de la celda se cortó a las diez de la noche. Las luces fuera de la celda se atenuaron y no proporcionaron mucha iluminación a través del agujero cuadrado en la puerta. Me subí a mi litera y traté de dormir un poco. No sucedió. Me dolía la cara. Di vueltas y vueltas

durante la mayor parte de la noche, repitiendo los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas, tratando de descubrir cómo pasé de Bagdad a Camp Lejeune, de un hombre libre con una misión a un soldado encarcelado.

Cada quince minutos pasaba una patrulla por la puerta. Los oía acercarse con pasos deliberados por el pasillo. Llegaban a la puerta, se detenían y miraban dentro. La habitación se oscurecía durante cinco segundos y luego la patrulla retrocedía y se trasladaba a la siguiente celda. Pensé en levantarme y pararme al fondo de la sala para ver qué hacían. Al final me quedé en la cama.

Me quedé dormido un par de veces, cada vez el sueño duró más que la vez anterior. A las seis de la mañana estaba profundamente dormido cuando estallaron unos golpes contra la puerta que me despertaron.

Me senté, sacudiéndome el sueño.

La puerta se abrió. Dos PMs entraron en la celda mientras un tercero permaneció firmemente plantado en la puerta con su pistola eléctrica apuntando en mi dirección.

—¿Qué está pasando, chicos? — Dije.

—Deberías haberte levantado hace una hora, Noble. ¡Levántate de la cama!

Me bajaron y me arrastraron fuera de la celda por el pasillo.

—¿A dónde me llevan?

Me empujaron y arrastraron y no dijeron nada.

Los prisioneros que estaban en el camino se apartaron a un lado y se escondieron en las celdas abiertas para dejarnos paso.

Nos detuvimos frente a la cabecera. Un PM abrió la puerta y los otros dos me empujaron hacia adentro. Todas las duchas estaban abiertas y la habitación estaba llena de vapor. Un grupo de cuatro hombres atravesó la nube de niebla cálida y caminó hacia mí. Llevaban el mismo uniforme que todas las personas que no eran PM y tenían que haber sido los cuatro tipos más grandes del lugar.

Miré hacia atrás por encima del hombro. Dos de los PMs me habían seguido y ahora bloqueaban la única salida. Supuse que el tercero estaba colocado al otro lado de la puerta, bloqueando la única entrada.

El más grande de los hombres se acercó a mí. Tenía que medir un metro ochenta y cinco, tal vez dos metros, y pesaba entre dieciocho o veinticinco kilos más que yo. Se lamió los labios, agarró mi camisa y se acercó. Me estremecí mentalmente ante el olor de su aliento caliente y fétido que me invadió la cara e invadió mis fosas nasales.

—¿Te gusta atacar a mis amigos? — dijo.

Me encogí de hombros. —Depende.

Sus labios se curvaron mientras sonreía, revelando dos dientes frontales faltantes, uno arriba y otro abajo. Tan rápido como su sonrisa se desvaneció, acercó su frente a la mía.

Las lágrimas inundaron mis ojos y sentí un torrente de sangre fluir por mi nariz y deslizarse por mis labios. Me di la vuelta y alcancé la pared para poder prepararme y orientarme. Encontré la pared, me estabilicé y parpadeé para contener las lágrimas. Mis ojos se volvieron a enfocar y vi a los cuatro reclusos formando un semicírculo a mi alrededor.

—Chicos—, dije. —No tenemos que hacer esto.

El grandullón rio.

Moví mi pie tan fuerte y rápido como pude en dirección a su entrepierna. Se conectó con un ruido sordo. Cayó al suelo, una masa acurrucada jadeando de dolor. Me giré hacia un lado y le clavé el codo en la cara al hombre más cercano. La sangre brotó de su nariz tras el impacto, un

crujido precedió a su grito. Bloqueé un puñetazo del tercer hombre y contrarresté con un golpe en su cuello, justo encima del esternón y justo debajo de la nuez de Adán, en el punto suave y carnoso que ofrece poca o ninguna protección. Se le salieron los ojos de las órbitas y su rostro se puso pálido y luego de un tono azul claro mientras jadeaba en busca de aire.

El cuarto hombre me dio un golpe en un lado de la cara. No me lo esperaba y la fuerza me hizo girar. Recuperé el equilibrio y me recargué contra él mientras se lanzaba hacia mí. Nos encontramos en algún punto intermedio donde se produjo un combate de lucha. Rodamos por el suelo, luchando por la posición. Terminé boca arriba donde él logró poner sus brazos alrededor de mi cuello en una llave de estrangulamiento. Arqueé la espalda y apreté un brazo entre el suyo, aflojando su agarre.

Vi a los PMs. Estaban recostados contra la pared, riéndose de la acción.

Escaneé la habitación y vi al hombretón de rodillas, tratando de ponerse de pie. Los otros dos prisioneros no representaban una amenaza inmediata.

Mis piernas treparon por el hombre con el que estaba luchando hasta que logré pasar mi espinilla por la parte delantera de su cuello. Un rápido cambio de imprevisto y me di la vuelta, saliendo arriba con su cuello en un agarre mortal entre mis piernas. Me arqueé y me retorcí. Su boca se abrió, su rostro se puso pálido y su cuello estuvo a punto de romperse. Me abofeteó y arañó las piernas. Me sentí como un salvaje, gritando mientras me acercaba al momento en que planeaba dar un bandazo y acabar con su vida.

Los PMs intervinieron y uno de ellos me golpeó en la cabeza con una cachiporra. Tiraron de mis piernas y liberaron al hombre del agarre mortal. Sus fuertes jadeos de aire llenaron la habitación mientras se arrastraba sobre su vientre por el suelo resbaladizo hasta la hilera de lavabos.

Sentí mi cuerpo arrancado del suelo, lanzado por el aire y clavado contra la pared. Los PMs me retuvieron allí mientras tres de los cuatro hombres permanecían de pie.

La puerta se abrió y el tercer PM asomó la cabeza. —¿Por qué diablos están tardando tanto?

Nadie dijo nada.

Entró en la habitación.

—Jesucristo—, dijo. —¿Qué diablos pasó aquí?

Capté su mirada y sonreí. —Ustedes no tienen idea de con quién se están metiendo, ¿verdad?

—Cállese.

El PM con la cachiporra me golpeó el estómago.

Hice una mueca por el dolor, forzando una sonrisa a pesar de que no podía respirar.

—Simplemente acabemos con él y salgamos de aquí—, dijo el tercer PM.

El gran hombre dio un paso adelante. —Déjame hacerlo—. Me enseñó los dientes.

—No—, dijo el PM. Agarró al hombretón por el hombro. —Ustedes tienen que salir de aquí.

El gran hombre giró. —Como el infierno, hombre. Él es nuestro—. Su gran brazo se extendió hacia mí. Dio dos pasos hacia adelante y miró al PM. —Sólo intenta detenerme.

Sabía que el PM no lo haría, así que lo hice. Levanté mi pierna hacia mi pecho y empujé mi talón hacia abajo y hacia el costado de su rodilla. Sonidos de estallidos llenaron la habitación cuando sus ligamentos se rompieron con el impacto. Cayó con fuerza, su cabeza se estrelló contra el suelo de baldosas y se formó un charco de sangre debajo de él.

Después de eso se desató el infierno.

Los PMs rápidamente se hicieron cargo de los dos prisioneros que estaban de pie, sujetándolos y amontonándolos cerca de la puerta. Trabajo fácil, considerando que ya los había vencido. Con los prisioneros fuera del camino, los PMs dirigieron su atención hacia mí. Di un

paso adelante y la cachiporra me golpeó rápidamente en el costado de la cabeza. Un dolor punzante viajó desde el lugar del impacto y luego alrededor de mi cabeza. El impacto me derribó. Aterricé fuerte sobre un lado de mi cuerpo. Los PMs me levantaron del suelo. Dos de ellos me inmovilizaron contra la pared. Se inclinaron con todo su peso para mantenerme quieto. El tercero tomó la cachiporra y la colocó sobre mi garganta. Se apoyó en ella en un esfuerzo por obligar a que mi tráquea se cerrara. Mis pulmones privados de oxígeno gritaron de dolor. El borde de mi visión se oscureció mientras destellos de luz llenaron el centro. Lo último que recordé antes de desmayarme fue el sonido de la puerta abriéndose y una voz profunda gritando mi nombre.

CAPÍTULO 7

Una fuerte bofetada en mi mejilla me sacó de mi estado inconsciente. Abrí mis ojos. Oso se paró frente a mí. Sus cejas cayeron sobre sus ojos. Me ayudó a levantarme y me apoyó contra la pared. Me tensé y revisé la habitación. Vacía. Senderos de sangre conducían desde el centro del suelo hasta la puerta.

—¿Qué diablos pasó, Jack?

Negué con la cabeza. —Querían cortarme el pelo.

—¿Qué?

—Represalias—, dije. —Por romperle la mandíbula a mi compañero de celda.

—Sí, escuché sobre eso.

—Él me atacó primero.

Oso dio un paso atrás. Sus labios se estrecharon mientras me miraba. —Cristo, te hicieron un número. ¿Cómo te sientes? ¿Puedes caminar?

Me alejé de la pared. Di un paso y me estabilicé.

—Sí, creo que estoy bien.

Caminé hacia la fila de lavabos y miré mi reflejo en el espejo. La sangre goteaba de un pequeño corte en un lado de mi cabeza. Mi nariz estaba roja e hinchada, pero no rota. Pero eso fue lo peor. No hubo huesos rotos ni laceraciones importantes. Salí bien, considerando todo.

—¿A dónde fueron todos? — Dije

—Se dispersaron cuando entré—. Dijo Oso.

—¿Cómo lo supiste?

Oso se encogió de hombros. —Se corrió la voz bastante rápido allí abajo—, señaló con la cabeza hacia la puerta, —que estaban planeando hacer un número contigo—. Sacudió la cabeza. —Maldita sea, seguro que lo hicieron. Tenemos que salir de aquí, Jack.

—No está tan mal—. Me pasé agua fría por la cara, agarré un puñado de toallas de papel y limpié el corte en un lado de mi cabeza. Probablemente necesitaba puntos, pero sanaría sin ellos, dejando una cicatriz, por supuesto. Sin embargo, las cicatrices eran buenas para mi línea de trabajo. Agregan un elemento de intimidación.

—Estoy contigo Oso. Muéstrame el camino y yo te seguiré.

En ese momento, la puerta se abrió y entró un hombre de mediana edad vestido con su uniforme de combate. Miró alrededor de la habitación, deteniéndose en los lugares donde obviamente había ocurrido una lucha. Sus ojos se posaron en Oso y luego se dirigieron a mí. Sacudió la cabeza.

—Qué desastre—, dijo.

Miré a Oso. Él asintió hacia mí. Ambos nos trasladamos al centro de la habitación, al alcance

del brazo el uno del otro.

El hombre dio un paso adelante y dejó que la puerta se cerrara tras él. Extendió los brazos frente a él. —Soy un amigo.

No dijimos nada.

—Abbot me envió. Soy el teniente coronel McDuffie.

—¿Te envió para qué? — No confiaba en nadie en este momento.

—Para sacarlos de mi calabozo—, dijo. —Mira, esto es un desastre. No me gusta. No sé de dónde viene y no me gusta.

Sus ojos rebotaban entre Oso, yo y el sangriento desastre en el baño. Se giró, abrió la puerta y sacó un brazo. Cuando se dio la vuelta nuevamente, tenía ropa limpia en la mano. Le arrojó una camisa y un par de pantalones a Oso.

—Noble, ¿por qué no te limpias primero? —, dijo, agarrando la ropa destinada a mí.

Asentí, me dirigí al fondo de la habitación y me duché. El agua caliente me picó al pasar por cortes y raspaduras. Hice una mueca por el dolor y me apresuré a terminar. Luego me puse ropa limpia, que consistía en pantalones cargo de camuflaje y una camiseta gris lisa.

—Tengo botas para ustedes en el auto—, dijo.

—¿El auto? — Preguntó Oso.

—Sí, el auto—, respondió con un dejo de molestia en su voz. —Te dije que te sacaré de aquí —. McDuffie se volvió, abrió la puerta, se detuvo y miró por encima del hombro. —Los PMs que están afuera de esta puerta son míos. No te harán nada si te quedas conmigo. Nos seguirán y os mantendrán a salvo.

Lo seguimos sin más preguntas, dirigiéndonos hacia las escaleras. Subimos un piso y luego pasamos por una puerta de seguridad. Seguimos el estrecho pasillo hasta la sala de recepción, donde McDuffie recuperó nuestras pertenencias del PM pálido y delgado que estaba en el mostrador. Me pregunté si alguien más lo había hecho alguna vez, o si el cabo flaco Lance era el único. Salimos de la habitación y continuamos por el pasillo más amplio, pasando por los dos juegos de puertas de seguridad y todas las oficinas administrativas.

Tuve que protegerme los ojos de la luz del sol cuando salimos. Mientras mis ojos se adaptaban, vi a un pelotón haciendo su entrenamiento matutino corriendo. Su ritmo coincidía con su cadencia:

Conozco una chica vestida de rojo,
Se gana la vida en una cama.
Conozco una chica vestida de negro,
se gana la vida boca arriba.
Conozco una chica vestida de verde,
y ella no es más que una máquina de follar.
Ooooorah colina arriba, Ooooorah colina abajo

McDuffie rodeó la parte delantera de un Ford Crown Victoria negro aparcado junto a la acera a tres metros de distancia. Se volvió hacia nosotros. —Váyanse atrás.

Oso se puso de pie y vaciló. Me miró, buscando confirmación de que estaba bien subir al auto.

Sentí la misma vacilación. En este punto sólo teníamos la palabra de McDuffie. Ninguno de los dos conocía al hombre y Keller no lo había mencionado cuando me visitó la noche anterior. Existía la posibilidad muy real de que esto pudiera ser una trampa, y ambos lo sabíamos. Lo sentimos, instintivamente. Pero al final, decidí que prefería arriesgarme en el coche con el teniente coronel de mediana edad que con los prisioneros y los policías militares en el calabozo.

—Continúa—, dijo el PM detrás de mí con un empujón en mi espalda.

—Vamos, Oso—, le dije.

Oso abrió la puerta trasera del lado del pasajero y subió al auto.

Caminé por la parte trasera del vehículo y agarré la manija, pero me detuve antes de entrar.

McDuffie estaba con la mano en la puerta abierta del asiento del conductor. Me estudió por un momento. —Vamos, entra.

—¿Puedo confiar en usted, teniente coronel? — Dije.

—Estoy de tu lado Jack—, respondió.

Dejamos atrás Camp Lejeune. Casas, campos y extensiones de bosque pasaban borrosas. Condujimos durante cuarenta y cinco minutos sin decir una palabra.

McDuffie se detuvo en el estacionamiento de un pequeño centro comercial cerca de la I-95, en las afueras de Fayetteville. Estacionó el auto y abrió la puerta. —Vamos a comer algo—. Señaló hacia un restaurante abierto para desayunar las 24 horas.

Salimos y cruzamos el aparcamiento. McDuffie iba delante. Oso y yo lo seguíamos de cerca.

Debimos habernos perdido la hora del desayuno porque el restaurante estaba vacío. Una linda anfitriona nos saludó con cautela y nos sentó en una mesa y luego nos dejó una jarra de café. Momentos después, una camarera rubia con lápiz labial rojo y una etiqueta con su nombre que decía Jenny tomó nuestro pedido.

Oso y yo nos sentamos hombro con hombro frente a McDuffie. No nos dijo nada. Sus ojos escanearon el camino frente al restaurante. Sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y lo dejó caer sobre la mesa.

Seguí su mirada, miré por la ventana, vi pasar los coches por el camino por el que habíamos viajado.

—Me alegra que hayan podido salir—, dijo una voz desde atrás.

Me volví y vi a Abbot parado allí, vestido con unos vaqueros azules descoloridos, un polo blanco y una chaqueta color canela.

—Lamento que las cosas se hayan salido de control, Jack—, dijo.

Levanté los hombros. —No es tu culpa.

—Nunca debiste haber estado allí.

—¿Oíste algo?

Sacudió la cabeza. McDuffie se deslizó hacia la ventana y Abbot se sentó a su lado.

—No—, dijo Abad. —He llamado a todos los contactos que tengo—. Puso los codos sobre la mesa y juntó los dedos. —La mitad de los bastardos ni siquiera contestaron mi llamada.

—¿Qué pasa con el general Keller? — Pregunté. —¿Se acercó a ti?

—Brevemente—, respondió Abbot. —Después de que habló contigo—. Tomó un menú, lo miró y luego se sirvió una taza de café de la humeante jarra. —Él también lo está investigando —, añadió.

—¿Y ahora qué? — Preguntó Oso.

Abbot se llevó la taza a la boca y sopló en ella, provocando ondas en el café y una bocanada de vapor en el aire frente a él. Tomó un sorbo y su boca se torció en respuesta al sabor. Dejó la taza, luego bajó la mano a su regazo y regresó un momento después con un juego de llaves que arrojó sobre la mesa.

—D.C.

—¿Washington? — Preguntó Oso.

—Sí—, respondió Abbot. —Neil Delaney.

Deslizó una hoja de papel doblada hacia mí por encima de la mesa. Extendí la mano, lo agarré y luego desdoblé el papel, leyendo el nombre y el número de teléfono. Se lo ofrecí a Oso, pero él negó con la cabeza, tal vez porque me confiaba la información, o tal vez porque no quería quitar los ojos de los hombres que estaban sentados frente a nosotros.

—¿Quién es ese? — Pregunté.

Abbot se aclaró la garganta y jugueteó con su desgastada alianza de oro. Se llevó las manos a la cara y se frotó la barbilla con las puntas de los pulgares, manteniendo los dedos índices a centímetros de la boca. Sus ojos se dirigieron hacia la ventana y no dijo nada.

—El coronel.

Abbot levantó la mano y sacudió levemente la cabeza. —Es un viejo amigo. Él tiene contactos que yo no tengo. Puede que Delaney no tenga idea de lo que está pasando cuando te reúnas con él, pero dale unas horas y podrá contarte todo. Quién está detrás, por qué está detrás, qué tan lejos llega. Todo, Jack.

Miró por encima de mi hombro y levantó una ceja mientras asentía una vez.

La camarera se detuvo a mi lado, con una bandeja marrón sobre su mano y su hombro. Lo equilibró expertamente mientras colocaba nuestros platos frente a nosotros, murmurando cada orden en voz baja. Con un fuerte acento de Carolina del Este, preguntó: —¿Puedo ofrecerles algo más?

Sacudimos la cabeza al unísono y esperamos a que ella se fuera antes de hablar.

—¿Qué otra cosa? — Pregunté.

Abbot me miró con la boca ligeramente abierta como si quisiera decir algo más, pero se estuviera conteniendo.

—Sé que hay algo más Abbot. ¿Qué es?

Colocó el tenedor y el cuchillo en el borde del plato, se recostó en la mesa, juntó las manos y las colocó sobre la mesa. Me miró fijamente durante lo que parecieron siglos antes de finalmente hablar.

—Existe la posibilidad, Jack, de que esto se deba a su cadena de mando. ¿Entiendes?

—No has hablado con Delaney—, dije, o más bien afirmé.

—No, no lo he hecho. Así que lo que necesitas saber—, levantó la mano y movió un dedo extendido entre Oso y yo, —es que esto podría salir mal. Una vez que profundice en ello, si es su organización la que está detrás, dará media vuelta. Él es ese tipo de persona. Las lealtades personales son reemplazadas por el trabajo.

Asentí. Entendí, en cierto sentido. En otro no lo hice. El trabajo era sólo un trabajo. Existía un código de conducta personal que no podía violarse. Es posible que puedas mover la línea de vez en cuando, pero tenía que haber un punto en el que la línea no pudiera estirarse más sin romperse. Y cuando un amigo necesitaba ayuda, esa línea se trazaba gruesa y profunda.

—¿Para quién trabaja Neil? — Preguntó Oso.

Abbot sacudió la cabeza y miró su plato.

Oso miró a McDuffie. —¿Sabes?

McDuffie se encogió de hombros y sacudió la cabeza. —Nunca había oído hablar de él en mi vida. Soy un maldito director de prisión. Les dejaré las cosas de espionaje a ustedes—. Se rio entre dientes y luego se llenó la boca con un bocado de panqueques cubiertos de mantequilla y almíbar.

—Esa información es necesaria—, dijo Abbot. —Ahora mismo.

—No nos digas que no necesitamos saberlo—, dije. —Al menos danos esto.

Abbot no dijo nada. Cruzó los brazos sobre el pecho y giró la cabeza hacia la ventana.

Suspiré y sacudí la cabeza. —Ok. Entonces ¿cómo vamos hasta allí? No puedo viajar en avión en este momento. Los de seguridad les avisarán.

Abbot volvió la cabeza y señaló las llaves. —Te llevarás mi coche.

Extendí la mano, recogí las llaves de la mesa y las metí en mi bolsillo.

—Pero escucha—, dijo Abbot. —No pasará mucho tiempo antes de que ese auto se caliente. ¿Entienden? Como dije, no sé quién está mirando y quién no.

Asentí.

—Si ves luces azules, prepárate para correr, Jack.

Asentí de nuevo.

Terminamos de desayunar sin decir una palabra más y luego salimos juntos. Oso y yo recogimos nuestras cosas del coche de McDuffie. Abbot nos acompañó hasta el suyo.

—Delaney—, me dijo Abbot. —Él es un personaje con carácter cambiante, Jack. Pero puedes confiar en él.

—Siempre y cuando su agencia no esté detrás de esto—, agregué.

Abbot frunció los labios y enarcó las cejas. —Sí.

Nos detuvimos frente al coche de Abbot, un Audi A8 plateado nuevo. Silbé y pasé el dedo por la elegante carrocería del coche. —Así que esto es lo que paga mi trabajo sucio, ¿eh?

Se paró detrás del auto y sonrió mientras yo abría la puerta del conductor y me deslizaba en el asiento de cuero. Avanzó y golpeó la ventana. Arranqué el auto y bajé la ventanilla.

—Tómatelo con calma con ella—, dijo. —Por favor. ¡Ah!, y no fumar.

Me encogí de hombros. —Ya veremos.

—Aquí—, dijo. Miré y lo vi sosteniendo una billetera llena de efectivo y algunas tarjetas de crédito. —Esto debería cubrir todo lo que necesites. Los números de pin están en el centro. Memorízalos. Hay una bolsa en el maletero, donde normalmente estaría el repuesto. Dentro de esa bolsa hay una variedad de armas—. Hizo una pausa y me miró fijamente por un momento. —No te dejes atrapar con ellas.

Cuando tuve el dinero en el bolsillo, Abbot ya se había ido. Giré la llave. El motor rugió con aprobación. Salimos del estacionamiento y luego tomamos la rampa de entrada norte de la I-95. Pisé el acelerador y aceleré a 137 kilómetros por hora antes de incorporarnos a la interestatal, luego atravesamos el tráfico y entramos en el carril rápido.

Oso fue el primero en hablar. —¿Cuál es tu lectura sobre esto?

Lo pensé por un momento. —Abbot no nos va a engañar.

—¿Todavía confías en él?

—Nos sacó del calabozo—. Miré a Oso. Se frotó la barba. —Si quería quitarnos del camino, ¿qué mejor lugar que allí?

Mantuve mis ojos en la fila de autos, SUV y minivans frente a mí. Se acumuló un inventario mental de matrículas y nada parecía fuera de lo normal. Contuve la respiración cuando pasamos a un policía estatal estacionado y solté el pie del acelerador. Mantuve mis ojos fijos en él por el espejo retrovisor. Él no se movió. Por primera vez sentí una liberación esa mañana.

—¿Qué pasa con este tipo Delaney? — Preguntó Oso.

—Tendremos que hacer una lectura rápida de él—, dije.

Eso era cierto. Sabríamos en unos minutos si Delaney era amigo o enemigo. Sería necesaria una reunión pública.

—Asegúrate de encontrarnos con él en algún lugar con muchos testigos—, dijo Oso.

—¿Estás leyendo mi mente otra vez?

Él rio. —Supongo que te conozco desde hace demasiado tiempo—. El hombretón bostezó y se reclinó. —Creo que es hora de conseguir un nuevo socio. Te estás volviendo demasiado aburrido.

Sonreí y miré por el espejo retrovisor. —Sí, bueno, ¿crees que este lío en el que estamos es aburrido? — Asentí hacia la parte trasera del auto hacia el conjunto de luces azules que acortaron la distancia en unos segundos. El policía estatal detuvo su patrulla a unos pocos metros de nuestro parachoques trasero. El carril de la derecha estaba abierto, pero él no iba a adelantar. Debió haberme cronometrado yendo treinta kilómetros sobre el límite de velocidad. O, peor aún, Abbot podría haber denunciado el robo del coche. ¿Haría eso tan rápido?

Maldije en voz baja y me moví hacia el carril derecho. El coche patrulla se detuvo al mismo tiempo que yo. Pisé el freno y bajé la velocidad a ochenta y ocho. Luego me detuve en el arcén, preparado para detenerme. Mi mente se aceleró pensando en el siguiente conjunto de acciones que tendría que tomar.

En lugar de seguirnos hasta el arcén, el coche patrulla pasó de largo.

Oso dejó escapar un fuerte suspiro. —Pensé que estábamos perdidos.

CAPÍTULO 8

El viaje hasta D.C. duró poco menos de seis horas. Tomamos la I-95 pasando el circuito exterior hasta la I-395. Crucé el Potomac y conduje hacia el centro. Encontré un estacionamiento cerca del National Mall en la calle 11. Dejamos el coche allí y salimos del garaje girando a la izquierda hacia la avenida Pennsylvania.

Señalé una tienda al otro lado de la calle. —Llamamos la atención. Consigamos algo de ropa.

Encontré una chaqueta de cuero marrón, una camiseta y un par de jeans. Oso se puso una sudadera y pantalones cargo. Pagamos la ropa y salimos de la tienda.

—¿Almorzamos? — Oso señaló una pizzería al otro lado de la calle.

Saqué el papel que me dio Abbot con el número de Neil Delaney escrito en él.

—Sí, comamos y luego llamaré a nuestro contacto.

Nos sentamos en una mesa en el patio delantero. Una puerta negra se extendía y separaba el comedor al aire libre de la acera. Los peatones pasaban con la cabeza inclinada hacia atrás y la nariz en alto, aspirando el olor a pizza recién horneada. Una camarera de pelo castaño liso y poco maquillaje se acercó a nuestra mesa. Pedimos una pizza grande de queso y dos cervezas. El aire era fresco y el olor a queso derretido, masa levantándose y salsa de tomate abrumaba mis sentidos. Parecía un día perfecto. Sería un día perfecto si no fuera porque estábamos intentando salvar nuestras vidas.

Por allí pasaban turistas, empresarios e incluso políticos. —¡Mira! —, dijo Oso. —Roberto Marlowe—. Lo he visto mucho en las noticias durante el último año. Subsecretario de Defensa.

Vi acercarse al grupo de hombres. Marlowe se interpuso entre otros dos hombres. Llevaba un traje azul, corbata a rayas rojas y un abrigo color canela London Fog. Su cabello era una mezcla de plateado y negro, fino en la parte superior. Estaba bien afeitado y llevaba gafas finas. Era alto y parecía estar en buena forma para un hombre de su edad. Los hombres de ambos lados tenían aproximadamente la misma edad. Me imaginé que también serían políticos. Dos agentes del Departamento de Defensa lo siguieron de cerca. Eran más jóvenes que los tres políticos y vestían trajes oscuros, gafas oscuras y auriculares, como se ve en las películas. Escudriñaron la calle y la acera. Pensé que para ellos el tiempo transcurría en cámara lenta. Fueron entrenados para darse cuenta de todo y eliminar una amenaza en cualquier momento.

—¿Me pregunto si él sabe de nosotros? — Dije.

Oso sonrió. —Podría ir a preguntar.

—Averigua si nunca había oído hablar de nuestro programa. ¿Te imaginas lo que descubriría esa investigación si no lo hubiera hecho?

—No quiero—, dijo Oso sacudiendo la cabeza. Dio un mordisco a la corteza gruesa, la masticó un momento y luego la tragó. —Por lo que tengo entendido—, se secó la cara con una servilleta, —este tipo está muy interesado en Irak y nos involucró a todos allí. Entonces, quién

sabe, tal vez sí sepa de nosotros. Quizás él sea la razón por la que estábamos allí.

Vi al subsecretario pasar junto a nosotros sin pestañear en nuestra dirección. Uno de los agentes asignados a Marlowe pareció darse cuenta de que yo lo observaba. La mirada del agente se detuvo en mí más tiempo que cualquier otra cosa que hubiera mirado. Aparté la mirada y metí la mano en el bolsillo interior de mi abrigo en un esfuerzo por darle algo en qué pensar. Un momento después miré hacia arriba. Habían seguido caminando y estaban a quince metros de nuestra posición. Parecía que el agente se había olvidado por completo de mí. Aunque sabía que las apariencias engañan.

La camarera dejó la cuenta en nuestra mesa. Terminé mi cerveza y puse la botella vacía encima de dos billetes de veinte dólares para que el viento no se los llevara. Salimos y nos unimos a la corriente de gente que caminaba hacia el National Mall. Giramos a la derecha en la avenida Pennsylvania y cruzamos la calle 15, cerca de la Casa Blanca. Atajé por la zona de césped entre la calle 15 y el Parque Presidencial para alejarme de la multitud. Había grupos de árboles espaciados a lo largo del césped, ofreciendo sombra del brillante sol.

Me detuve cerca de una fuente y miré a mi alrededor para asegurarme de que no hubiera nadie al alcance del oído. Una vez que estuve seguro de que el área era razonablemente segura, metí la mano en mi bolsillo, saqué mi teléfono celular y el papel con el número de Delaney. Mis dedos marcaron los números en el teclado. Me llevé el teléfono a la cabeza y escuché la llamada conectarse.

Un hombre respondió al tercer timbrazo. —¿Sí?

—Sí, ¿es usted Neil Delaney?

—¿Quién es?

—No me conoces, pero tenemos un amigo en común.

Miré por encima del hombro y vi a una pareja caminando de la mano en mi dirección. Giré a la derecha y caminé hacia un árbol.

—¿Quién? ¿Quién es el amigo?

—El coronel Abbot—, dije.

Delaney no dijo nada.

Miré a mi alrededor de nuevo, como si él estuviera cerca. —¿Estás allí?

—¿Cómo conoces al Abbot?

—Él es mi comandante.

Delaney se aclaró la garganta y continuó en voz baja. —Esta no es una conversación segura por teléfono—. Hizo una pausa. —La gente está... eh, ¿sabes dónde está el Monumento a Lincoln?

—Sí—, dije. —Puedo encontrarlo.

—Está bien, haz eso. Nos vemos allí en cuarenta y cinco minutos. ¿Entendido? ¿Podrás llegar allí para entonces?

—Sí, seguro.

—Párese en el lado derecho de Abe, el quinto escalón desde arriba. ¿Entendido?

—¿El lado derecho mirando hacia él o hacia su lado derecho?

Delaney suspiró. —Frente a él. Tengo que irme. Cuarenta y cinco minutos. Estén ahí. Tienen solo una oportunidad.

—¿Qué quieres decir con una…— La llamada se cortó antes de que pudiera terminar? Sacudí la cabeza y traté de no interpretar demasiado el comportamiento de Delaney. Era posible que lo tomara desprevenido y por eso actuó como lo hizo. Me alejé del árbol y comencé a caminar hacia el parque buscando a Oso.

Él me encontró primero.

—¿Cómo te fue?

Guardé el teléfono en mi bolsillo y me volví hacia él. —Él sabía algo, eso era obvio—. Miré más allá de Oso, tratando de averiguar dónde había estado durante la llamada. —En el momento en que dije que Abbot era mi comandante, Delaney se asustó.

Oso echó la cabeza hacia atrás y miró el árbol florecido. —¿Qué quieres decir con asustado?

—Se quedó en silencio. Empezó a susurrar.

—Supongo que entonces este no será un viaje en vano, ¿verdad?

—Tenemos que estar en el Monumento a Lincoln, en cuarenta y cinco minutos. Lado derecho, quinto escalón desde arriba. Él nos encontrará.

Oso señaló hacia el Monumento Nacional de Washington. —Eso está en el otro extremo, más allá del monumento.

—Supongo que deberíamos ir allí entonces.

NOS LLEVÓ VEINTE MINUTOS LLEGAR AL MONUMENTO A LINCOLN, LO QUE SIGNIFICABA QUE teníamos un poco más de veinte minutos para quedarnos atrás. Este fue un gran lugar para observar a la gente. No importaba quiénes fueran, el Monumento a Lincoln, de todos los lugares, tenía la capacidad de tener un efecto profundo en sus visitantes.

Miré mi reloj y vi que ya era hora. —Vamos—. Subimos tres tramos de escaleras, manteniéndonos a la derecha y nos detuvimos en el quinto escalón hasta la cima. Me recosté contra la barandilla. Una mujer mayor me miró porque estaba bloqueando la barandilla, así que me hice a un lado y la dejé pasar.

—Me pregunto qué aspecto tendrá este tipo—, dijo Oso.

—Busca alguien de traje.

—Eso es alrededor del veinte por ciento de la multitud.

—Él nos encontrará. Relájate.

—Por supuesto que no lo haré. No sabemos a quién podría traer consigo.

—No por su tono, Oso.

Oso no dijo nada.

Escaneé a la multitud entrante buscando la imagen mental que tenía del hombre con el que había hablado por teléfono hacía cuarenta minutos. Algunas personas tenían esa apariencia, pero no estaban del todo bien. Entonces lo vi.

—Ahí—, dije, con el brazo extendido apuntando a la base de las escaleras. Destacó como un pulgar adolorido entre todos los turistas. Y como ya había pasado la hora del almuerzo, una Reserva Federal tan cerca del monumento simplemente no tenía sentido.

—¿Quién?

—Cabello plateado y castaño, un poco fino arriba, gafas. Parece un ratoncito, pero está en bastante buena forma para su edad.

—Lo tengo—, dijo Oso. —Te diré una cosa—, me miró, —voy a quedarme un poco atrás. ¿De acuerdo?

—Buena idea.

Mantuve mis ojos enfocados en el hombre de mediana edad que subía las escaleras. Llegó a la mitad del tramo más largo de escaleras color arena y miró hacia mí. Escaneó el área y fijó su mirada en mí. Me asintió levemente cuando se detuvo.

Asentí y revisé el área a su alrededor, buscando cualquier señal de amenaza. Supuse que él hizo lo mismo.

Subió en mi dirección. Se detuvo dos pasos debajo de mí. Miró más allá de mí y dijo: —Neil Delaney.

Agarré su mano y la estreché. —Noble.

Él asintió. —He oído hablar de ti.

—No puedo imaginar que eso sea algo bueno.

Frunció los labios y sacudió la cabeza.

—El gran hombre de atrás es Oso. Riley Logan.

Delaney miró por encima de mi hombro y reconoció a Oso. Luego extendió el brazo y dijo: —Vayamos hacia atrás.

Subimos las escaleras restantes, giramos a la derecha y tomamos un camino que nos llevó detrás de cuatro enormes columnas, deteniéndonos detrás de la cuarta. Allí nos apiñamos muy juntos.

—¿Algún lugar menos público al que podamos ir? — Pregunté.

Delaney negó con la cabeza. —Éste es el mejor lugar. Por ahora—. Él miró por encima de su hombro. —Hay menos posibilidades de que algo suceda aquí. ¿Entendido?

—Sí—, dije.

Hizo una pausa y luego agregó: —Lo tengo. Entonces ustedes dos son parte de la operación, ¿eh?

Me recosté contra la gruesa columna, crucé los brazos sobre el pecho y asentí. —¿Qué sabe usted al respecto?

Delaney alzó los hombros y ladeó la cabeza. —Un poco. Patrocinado por la CIA. Sacan a los marinos de lo básico...

—Entrenamiento de reclutas—, interrumpió Oso.

—Sí—, dijo Delaney. —Lo que sea. Toman nuevos *reclutas*—, miró a Oso y se detuvo un segundo, —y luego los someten a su entrenamiento de operaciones especiales. Los convierten en operadores completos a los que pueden culpar cuando alguien más se equivoca. Estás lo suficientemente loco para el trabajo, porque seamos realistas, no te habrías alistado en la Infantería de Marina a menos que estuvieras loco desde el principio. Él sonrió y parpadeó entre nosotros.

No le devolvimos la sonrisa.

—Sí, bueno, de todos modos, te atrapan antes de que termines. Antes de que te hayan lavado el cerebro por completo en esa cultura de mierda de *oorah*. Ese fue uno de sus defectos de diseño iniciales. El primer grupo que pasó había pasado por un entrenamiento básico de reclutas y una escuela A. Eran marinos y causaba problemas cuando tenías un idiota como líder del equipo de operaciones especiales. Desecharon la primera oleada. Ustedes eran parte del siguiente grupo. Se llevaron el premio gordo con ustedes dos y los demás que llegaron casi al mismo tiempo. Desde 1995 hasta principios de 2001, prácticamente manejaste asuntos internos que la CIA no podía tocar legalmente—, agitó la mano en un semicírculo para enfatizar, —y ocasionalmente una nación amiga. Siempre viajabas de dos en cuatro, dos de ustedes, cuatro de ellos. Pasaste algún tiempo en Sudamérica. ¿Colombia, si no me equivoco?

Asentí. Había hecho su investigación, o estaba más involucrado en esto de lo que Abbot dejaba entrever.

Él continuó. —Luego ocurrieron los ataques y se te volvió a priorizar. Casi todos ustedes fueron trasladados de aquí como amistosos al Medio Oriente. Yo diría que el ochenta por ciento

de ustedes fueron a Afganistán persiguiendo a Bin Laden y los talibanes. Pero tú no. Estabas en Irak, ¿verdad?

Asentí de nuevo.

—Así que allí estabas...

—Mira—, dije. —Aprecio la lección de historia, pero tenemos una situación aquí. Alguien nos está tendiendo una trampa y no sabemos quién. Pasamos por Abbot y Keller en los Marinos y luego hasta la CIA. No es Abbot. No es Keller. Entonces debe ser alguien de la CIA. ¿Nos puede ayudar?

Respiró hondo, lo contuvo un momento y luego exhaló ruidosamente, dejando que sus labios se agitaran mientras sus mejillas hinchadas se descomprimieron como un neumático después de un reventón. —No puedo decir mucho más de lo que tengo. Aquí no.

—¿Con quién estás? — Dije.

Delaney mostró una sonrisa torcida mientras extendía los brazos y se encogía de hombros.

—Usted no es la CIA, no por la forma en que se refirió al programa patrocinado. Definitivamente no el FBI. Si lo fueras, no estaríamos hablando.

Delaney se rio entre dientes y sacudió la cabeza vigorosamente.

Yo continué. —¿NSA?

Continuó sacudiendo la cabeza. —No, Jack. Ni la CIA, ni el FBI, ni la NSA. Mira, con quién estoy no es importante. La información que tengo es lo importante.

—Entonces hagámoslo.

—Aquí no, Jack. Les garantizo que están ahí afuera, mirándonos ahora mismo. Probablemente han estado observando cada movimiento que has hecho desde que dejaste Camp Lejeune.

Luché contra el impulso de mirar a mi alrededor. Parecía que Oso estaba haciendo lo mismo. Lo vi mirar fijamente al suelo.

—Dame una idea de lo que es entonces—, dije.

—No estoy muy seguro de qué es. Bueno, no estaba seguro. Creo que lo sé ahora. Lo que puedo decirles es que están sucediendo algunas cosas turbias, muchachos. Muy turbio. Tengo algunos documentos para ti—. Hizo una pausa. —No sabía lo que estaba viendo hasta hoy. No hasta tu llamada. Mencionaste a Abbot y todo se me ocurrió. Descubrí estas hace poco. Pero no tenían sentido. ¿Entienden?

—No— dije. —No lo *entiendo*.

—Va a tener sentido esta noche—. Dio unos pasos hacia atrás. —Espera mi llamada. Esta noche, Jack. Traeré los documentos que necesitas.

Lo vi bajar las escaleras, luego cruzar en diagonal y desaparecer fuera de la vista.

—¿Listo? — Preguntó Oso.

—No—, dije. —Esperemos un poco. Encontremos un buen grupo turístico al que asemejarnos.

Oso rio a carcajadas. —Yo mido más de dos metros, tú mides uno con ochenta. No nos asemejamos donde quiera que vayamos, Jack.

CAPÍTULO 9

Delaney llamó poco después de las seis de la tarde. Nos dijo que nos encontráramos con él a las nueve de la noche en un parque en McLean, Virginia. A las ocho fuimos al garaje, nos subimos al Audi y salimos del centro de DC. Tomamos la I-495 en dirección oeste y bajamos en Georgetown Pike. Comimos algo en un restaurante de comida rápida y luego nos dirigimos hacia el oeste. La entrada a la Reserva Natural Scotts Run estaba a un kilómetro de la interestatal. Aparqué el coche en el aparcamiento desierto, eligiendo un lugar cercano al camino de acceso que daba a la entrada y salida al parque. Bajé la ventanilla y apagué el motor.

Nos sentamos en silencio durante diez minutos, mirando y escuchando. El estacionamiento vacío indicaba que todos los visitantes se habían ido antes de que llegáramos. De vez en cuando se oía el ruido de algún coche procedente de Georgetown Pike, detrás de nosotros. Estábamos escondidos de la vista. Eso me preocupó. Estaríamos fuera de la vista si esto fuera una trampa o si nos hubieran seguido.

—No me gusta esto Jack—, dijo Oso en el momento justo.

Me incliné hacia delante y asentí. Revisé los espejos laterales. —Estoy aproximadamente al cincuenta por ciento en eso.

Oso sacó un teléfono celular y lo abrió.

—Mantén eso cubierto—. Señalé el brillante cuadrado de luz que emanaba la pequeña pantalla.

Una ramita se rompió detrás del coche. Ambos nos quedamos helados. Mis ojos se dirigieron al espejo retrovisor, buscando al perpetrador. No vi nada más que oscuridad y la débil silueta de árboles y arbustos. Puse mi mano en la manija de la puerta y lentamente la abrí. Salí del auto con el cuerpo encorvado. Agarré mi Beretta en la mano y caminé hacia la parte trasera del vehículo. Detrás de mí, una luz en un poste de servicios públicos se encendió con un zumbido eléctrico y una tenue luz naranja inundó el área. Me paré a metro y medio del posible agresor. Nuestros ojos se encontraron. Se sentó, se rascó detrás de la oreja con la pata trasera y luego se adentró en el bosque entre el aparcamiento y Georgetown Pike.

Oso había salido del coche justo antes de que el perro se marchara. Él rio y sacudió la cabeza.

—Maldita sea si no estamos nerviosos.

Al límite no podía describir cómo me sentí en ese momento. Teniendo en cuenta todo lo que habíamos pasado y añadiendo la falta de sueño, me sorprendió no haber sacado al pobre Fido. Eso hubiera sido malo. No creo que jamás hubiera podido perdonarme si le hubiera disparado a un perro.

Regresé al auto y puse mi mano en el encendido. La luz naranja de arriba iluminó el interior del coche.

—No me gusta sentarme aquí bajo estas luces.

Antes de que pudiera arrancar el auto, sonó mi celular y contesté sin mirar la pantalla.

—¿Dónde estás Delaney? — Escudriñé la pequeña franja de césped al borde del estacionamiento que separaba el asfalto y los árboles.

—A unos cien metros dentro—. Habló rápidamente y en voz baja.

—¿De dónde?

—Vaya a la esquina noroeste del estacionamiento y camine recto hacia el norte.

Cubrí el teléfono y miré a Oso. —Quiere que entremos allí, ciegos.

Oso negó con la cabeza.

—No hay trato, Delaney—, dije. —El estacionamiento está iluminado. Seremos blancos fáciles al cruzarlo. Ven aquí.

Su respiración rápida y pesada llenó el auricular de mi teléfono.

—¿Sigues allí? — Dije.

—Sí—, dijo. —Te veré en el borde del lote. Conduce.

—Delaney—, dije y luego me detuve un segundo más. —Si esto es una trampa acabaré contigo primero.

Cerré el teléfono, encendí el Audi y conduje lo más cerca que pude de las sombras en medio del estacionamiento. Estacionado en un lugar donde dos círculos de luz naranja no podían llegar. Apagué el motor y me quedé inmóvil durante un minuto.

Después de una pausa, Oso susurró: —¿Ves algo?

Negué con la cabeza. Cogí mi teléfono y marqué el último número que me llamó.

—Te veo—, dijo Delaney.

—No te veo—, dije.

Escuché un crujido mezclado con su respiración agitada. —Está bien, estoy—, hizo una pausa para respirar profundamente, —justo frente a ti.

Me esforcé por ver más allá del resplandor anaranjado que se cernía sobre la franja de hierba frente al bosque. El efecto dejó el espacio entre los árboles más oscuro que el cielo nocturno. Miré a Oso y asentí.

—Ya vamos.

Colgué el teléfono, lo metí en el bolsillo y abrí lentamente la puerta del coche. —Alerta máxima, Oso—. Giré la cabeza mientras lo decía y vi que Oso ya tenía su arma desenfundada y apuntada frente a él, listo para partir. Escaneamos el área mientras caminábamos. Mi pulso se aceleró con cada paso. El bosque estaba muy cerca, pero muy lejos, y había tiempo de sobra para que un francotirador entrenado nos eliminara a los dos.

—Aquí—, llamó Delaney.

Vi su pálida mano moviéndose entre dos pinos. Le di una rápida señal de "basta" y cambié de rumbo en su dirección. Un momento después nos deslizamos detrás de la línea de árboles. Asentí hacia Delaney y seguí caminando.

—¿Adónde vas?

—Más adentro—, dije.

Caminé sin luz y sin saber adónde iba. No importaba. Sólo necesitábamos estar fuera de la vista del estacionamiento en caso de que alguien se detuviera y apuntara con un reflector en nuestra dirección.

Delaney la siguió quejándose. —Detente. Vamos, Noble, esto es suficiente.

Lo ignoré y seguí caminando con Oso a mi lado manteniendo el ritmo.

—No, no, no—, dijo Delaney.

Miré por encima del hombro y lo vi apoyado contra un árbol.

—Sé hacia dónde va esto—, dijo. —Sigo siguiéndote y soy hombre muerto. ¿Bien?

Me acerqué furioso a él. —Gírate.

No lo hizo.

Lo agarré por su chaqueta y lo obligué a girar. —Ya lo ves—, estiré un brazo más allá de su cara, hacia el estacionamiento. —¿Ves esas luces naranjas?

—Uh, sí, las veo.

—Está bien—, dije. —Ahora imagina que un coche se detiene. Ilumina algunas luces potentes en el bosque. Si podemos ver esas luces, entonces ellos seguramente podrán vernos a nosotros.

—¿Qué pasa con la visión nocturna, Jack?

—Nos mezclamos.

Su cabeza se movía arriba y abajo, lenta y constantemente. Supuse que eso significaba que entendía y comencé a caminar de nuevo.

—Sólo un poco más lejos—, dije. —Ahora ven.

Caminamos en silencio unos minutos más, cambiamos de dirección y llegamos a un claro en el bosque. La luna proporcionó suficiente luz para que pudiéramos vernos claramente. Miré por encima del hombro para asegurarme de que las luces del estacionamiento estuvieran fuera de la vista.

—¿Qué tienes para nosotros, Delaney? — Dije. —¿Para qué nos trajiste aquí? — Me incliné lo suficiente como para que pudiera ver la expresión de mi rostro, incluso en la oscuridad. —Será mejor que también sea muy bueno—, agregué.

Metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

Saqué mi Beretta y le apunté a la cabeza.

—Relájate—, dijo extendiendo los brazos lentamente, con una llave colgando de un mosquetón sujeta con fuerza entre el pulgar y el índice.

—¿Qué es esto? — Pregunté.

—La llave de un casillero.

—¿Qué hay en el casillero?

—Los documentos que necesitas.

—¿Documentos que necesito para qué?

—Eso será respondido cuando vea los documentos.

—No me jodas, Delaney.

—No lo estoy, Noble. Todo lo que necesitas para limpiar tu nombre y descubrir quién está detrás de esto está en ese casillero. No podía arriesgarme a traerlo aquí. Llevándolo a cualquier parte conmigo. Les pedí que lo trajeran…

—Espera, ¿quiénes?

—No te preocupes por eso. Lo importante es la ubicación del casillero.

Por alguna razón esperó hasta que le hice la pregunta obvia. —Está bien, Delaney, ¿dónde está este casillero?

—Está en el..

Un solo disparo atravesó el aire y se estrelló contra la cabeza de Delaney con un ruido sordo. Una nube de sangre se elevó sobre él. Sus ojos se pusieron en blanco y cayó al suelo, inerte y sin vida.

Sonaron dos disparos más. Uno golpeó el árbol detrás de mí, justo encima de mi cabeza. Llovieron maderas astilladas y cortezas que cayeron al suelo con un sonido como si se barajaran cartas.

Se disparó otro tiro, esta vez alcanzando a Oso en el hombro. La bala impactó con un ruido sordo y giró al hombretón hacia un lado. Se tambaleó unos metros y luego cayó al suelo.

—¡Oso! —, dije, cayendo al suelo. Me arrastré hacia él. —¿Estás bien?

Él gimió y se agarró el hombro derecho. Maldijo en voz alta y luego dijo: —Me alcanzaron.

—Mantén la presión—. Me refugié detrás de un árbol. Vi la explosión creada por la última bala y tenía una mira en la posición del atacante. —Regresaré enseguida.

Apunté mi arma en dirección al tirador y comencé a disparar hasta vaciar el cargador y volver a colocarlo. El sonido de los disparos resonó en mi cabeza. Luché contra ello y escuché. Escuché una voz gritando, alejándose. Una voz diferente respondió. Había al menos dos de ellos, y si tuviera que hacer una apuesta, diría que tenían gafas de visión nocturna.

Seguí en dirección a las voces, asegurándome de usar cada árbol que pasaba como cobertura. Escuché una voz y disparé en esa dirección. Estaban corriendo ahora, sin importarles si los escuchaba y los seguía. Corrieron hacia el oeste. El aparcamiento estaba al sur. No habían venido detrás de nosotros. Habían estado aquí todo el tiempo. ¿Fuimos traicionados?

Lo seguí tan rápido como me permitieron mis piernas. La luz de la luna penetraba a través de los capullos primaverales lo suficiente para que yo pudiera superar los obstáculos. El motor de un coche cobró vida con un rugido. El tenue resplandor de las luces traseras rojas se hizo visible a través de los árboles cada vez más escasos. El coche avanzó bruscamente y aceleró. Disparé tres balas y logré romper la ventana trasera.

Mis pulmones ardían con cada respiro frío que tomaba. Puse mis manos temblorosas sobre mis rodillas y me incliné, recuperando el aliento. Me di la vuelta y comencé a regresar por el bosque. El camino no estaba claro, pero sabía que no había corrido más de media milla, al menos. Mantuve un ritmo rápido y constante y cinco minutos después comencé a llamar a Oso.

—Jack—, la voz de Oso retumbó en la distancia.

Me volví hacia el sonido y aceleré el paso. —Sigue gritando—, grité a la brisa fresca. Los gritos de Oso eran un riesgo, pero si no lo encontraba pronto podría desangrarse. Todavía no tenía idea de la gravedad de la herida de bala.

Dos minutos después encontré el claro. El cuerpo sin vida de Delaney yacía retorcido en el suelo. Sus piernas de lado y como apiladas una encima de la otra. Su torso boca abajo. Su rostro se giró hacia un lado, la luna reflejándose en sus ojos apagados y sin vida.

Oso había logrado moverse hasta un árbol y estaba reclinado contra él. El mejor lugar para estar. Podía adaptarse y protegerse de un disparo desde cualquier ángulo.

—¿Estás bien? — Pregunté.

Respiró profundamente y se agarró el hombro herido.

—Sí, viviré.

—¿Puedes caminar?

Hizo una mueca mientras retrocedía hacia el árbol y arrastraba sus grandes piernas debajo de él. Lentamente levantó su cuerpo. —Vamos.

—Podría haber ayudado—. Me dirigí hacia el estacionamiento. —Quiero echarle un vistazo cuando lleguemos al coche.

—Estaré bien.

—Como el infierno—, dije. —No voy a permitir que te desangres en el auto de Abbot.

El camino de regreso al estacionamiento tomó más tiempo que el camino hasta el claro. Oso se movía a borbotones, deteniéndose para recuperar el aliento de vez en cuando. Quince minutos después de partir, llegamos al borde de la línea de árboles. Las farolas de color naranja iluminaban el aparcamiento. Me cubrí detrás de un árbol y escaneé el lote. ¿Podrían haber dado

la vuelta y esconderse, esperándonos? Sólo habría una manera de saberlo. El coche estaba a unos buenos treinta metros de distancia. Nos escondimos detrás del velo oscuro del bosque.

—Voy a subirme y arrancar el auto—, dije, —luego retrocederé y me detendré en paralelo.

Oso asintió. No dijo nada.

—Abriré la puerta trasera—, continué. —Tan pronto como veas eso, agáchate y corre. Sumérgete en el asiento trasero. Voy a salir corriendo de aquí como un murciélago salido del infierno. ¿De acuerdo?

Él asintió de nuevo.

—Aquí va—, dije. —Deséame suerte.

Abrí las puertas y encendí el auto con el control remoto y luego hice una pausa. Observé los árboles al otro lado del lote en busca de cualquier movimiento, pero no vi nada ni a nadie. Corrí hacia el auto, abrí la puerta y entré. Miré los espejos por un minuto. La zona permaneció quieta. Di marcha atrás y me detuve en paralelo a los árboles, luego me recosté entre el asiento del conductor y el del pasajero y abrí la puerta trasera del pasajero.

Oso salió del bosque, acurrucado lo más cerca posible del suelo, con el brazo izquierdo todavía agarrado al hombro derecho. Se lanzó de cabeza, chocó con el asiento y metió las piernas hacia adentro.

—Ve, Jack.

Puse el Audi en marcha, aceleré, hice un giro en U en el estacionamiento y aceleré nuevamente hacia la carretera que conducía a Georgetown Pike. A mitad del camino los vi.

Estacionaron al costado del camino de acceso. Se quedaron fuera del coche, utilizando su peso para protegerlos. Sacaron sus armas y apuntaron al Audi.

—Prepárate—, le dije.

Pisé el acelerador y me desvié hacia un lado, golpeando su auto con el lado del pasajero del Audi. Si la suerte estuviera de mi lado, la puerta del lado del conductor se dañaría y no podrían abrirla. La suerte podría haber estado de mi lado. Los hombres se alejaron del coche y de la carretera momentos antes del accidente.

Oso gruñó desde el asiento trasero. Levanté la mano y golpeé el techo, dejando escapar un grito.

Llegué al final de la calle y giré a la izquierda por Georgetown Pike sin detenerme. Aceleré el Audi, alcanzando cerca de ciento sesenta kilómetros por hora. Los kilómetros hasta la I-495 transcurrieron en veinte segundos. Antes de tomar la rampa de entrada a la autopista, miré por el espejo retrovisor y no vi ningún faro acercándose por detrás. O no habían llegado todavía al final del camino, o habían girado en sentido contrario o me perseguían sin las luces delanteras encendidas. Mi instinto me dijo que estaban persiguiendo sin luces.

Corrí por la I-495 cerca de la una y veinte. El Audi iba tan suave como cuando alcanzaba los ciento veinte. Tomé la segunda salida, entré en un vecindario residencial y giré en un par de calles al azar hasta que encontré un callejón sin salida con dos lotes baldíos y dos casas en construcción. Giré el auto y di marcha atrás, dejándolo cara hacia la carretera.

—Cristo, Jack. Creo que ahora tengo una conmoción cerebral.

Me reí mientras me inclinaba sobre el asiento delantero y buscaba una linterna en la guantera. Salí, encendí la linterna y obligué a Oso a alejar su mano de su hombro. La herida era profunda, pero limpia.

—No parece que haya ido más allá del músculo. ¿Puedes girar el brazo?

Oso hizo una mueca mientras levantaba su brazo derecho y lo torcía. —Sí, no hay nada roto.

—Necesitamos ocuparnos de eso. Esta noche.

—No podemos ir al hospital, Jack. Los federales nos atacarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, lo sé—. Miré hacia el cielo despejado. Las luces de D.C. ahogaban el cielo hacia el noreste. Pero sobre nosotros la luna estaba brillante y fuerte y más allá de su anillo de luz blanca, las estrellas salpicaban el cielo. El aire fresco de la noche me bañó la cara, picando los cortes y rasguños que recibí mientras corría a ciegas por el bosque. —Necesito limpiarlos también—. Pasé una mano por mi cara.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

Yo dudé. —Conozco un lugar.

—¿Dónde?

—Creo—. Hice una pausa. —Creo que es mejor que no lo sepas hasta que estemos cerca.

CAPÍTULO 10

Conduje sin parar durante cerca de tres horas. El reloj del tablero marcaba más de las doce de la mañana. Cruzamos los límites de la ciudad de Charlottesville, Virginia. Centros comerciales con estacionamientos vacíos se alineaban en la calle principal que atraviesa la ciudad. Los coches se apiñaban alrededor de restaurantes y bares nocturnos. Los carteles de neón anunciaban su presencia.

Entré en una gasolinera abierta las veinticuatro horas y detuve el coche junto a un surtidor que daba al exterior. Coloqué la boquilla de gasolina en el tanque de combustible del Audi e hice clic en la manija para bombear automáticamente. Entré a la tienda, saqué un paquete de cuatro botellas de agua del refrigerador y llené una taza de 20 onzas con café recién hecho. Los dolores del hambre atacaron mi estómago, así que estuve unos minutos buscando algo para comer, pero finalmente no encontré nada. Me acerqué al mostrador donde un adolescente pecoso, pelirrojo y con una etiqueta con su nombre que decía "Stan" esperaba detrás de la caja registradora. Me preguntó cómo estaba, sin molestarse en mirarme.

Agarró las botellas de agua y las escaneó. Miró el café y pulsó un par de teclas en su registradora. Me miró con un movimiento nervioso de la cabeza que le apartó el pelo de los ojos.

—¿Eso es todo?

—Gasolina en la bomba tres.

Miró su pantalla. —Aún no ha terminado de bombear.

—Supongo que estamos esperando entonces.

Puso los ojos en blanco y miró hacia otro lado, añadiendo un fuerte chasquido de su lengua para expresar aún más su molestia. Se alejó, fingiendo ocuparse de otra cosa, cualquier cosa para evitar tratar con gente, supuse.

Me recosté contra el mostrador y miré alrededor de la tienda, tomando nota de todas las cámaras de seguridad. Parecía haber una sobreabundancia de ellas.

—¿Tienes muchos problemas con los robos aquí? — Pregunté.

—¿Eh? —dijo él.

—Las cámaras—. Señalé las cuatro cámaras colocadas por toda la tienda, montadas en el techo.

—No, tal vez solo sean universitarios robando cosas.

Asentí lentamente. El tiempo se prolongó. —¿Ya terminó de llenar?

Regresó y miró su pantalla. —Sí. En total son cuarenta y tres con cincuenta.

Le entregué tres billetes de veinte y esperé mi cambio.

Salí al aire fresco de la noche, puse el café y el agua en el auto y examiné el estacionamiento. Había un teléfono público pegado a la esquina de la tienda.

—Regresaré enseguida, Oso.

Dos directorios colgaban de la base del teléfono. Cogí las páginas blancas y las hojeé, arrancando una página cuando encontré lo que parecía ser la lista correcta. Necesitaba un mapa, así que volví a la tienda y le pregunté al niño si tenían algún libro de mapas regionales. Señaló un pasillo lleno de libros, revistas y accesorios para automóviles. Un gran libro de mapas regionales de Charlottesville y sus alrededores se encontraba junto a un estante donde estaba cubierta la parte superior de cada revista de la fila excepto su título. Busqué en el directorio al final del libro, encontré mi calle y arranqué la página correspondiente.

—Oye—, dijo el niño. —No puedes hacer eso.

Caminé hacia la puerta. —Estoy seguro de que las cámaras lo captaron, chico. Puedes denunciarlo.

Gritó de nuevo mientras entré por la puerta. No le presté atención. Subí al auto y encendí el motor. Retrocedimos media milla y tomamos la circunvalación que rodea la ciudad. Entré a la I-64 durante un par de millas y luego salí a una zona residencial. Encendí la luz del techo y comparé los nombres de las calles con el mapa que tenía en la mano.

—¿A dónde vamos? — Preguntó Oso. Mantuvo su brazo derecho apretado contra su pecho. Había estado parcialmente entumecido durante la última hora. Empecé a preocuparme de que sufriera daño a los nervios. No es nada bueno para su carrera.

No dije nada y mantuve mi velocidad constante a sesenta y cuatro kilómetros por hora mientras revisaba los nombres en las señales de las calles de cada vecindario por el que pasábamos. Finalmente, encontré la calle que había estado buscando y giré a la derecha hacia el vecindario típico lleno de casas de estilo colonial de dos pisos. Parecía que el constructor puso a disposición tres modelos y decidió seguir un patrón de modelo a, luego b y luego c durante la construcción. Me detuve a un lado y me detuve junto a la acera. La página arrancada de las páginas blancas estaba en mi regazo. Encontré la dirección y comparé los números de las casas, luego apagué la luz del techo y me alejé de la acera.

—Jack—, dijo Oso, mitad pregunta, mitad demanda.

—Jessie—, dije.

Oso rio por primera vez desde que le dispararon. —¿Kline? — Se movió en su asiento para mirarme directamente. —¿Jessica Kline?

Levanté los hombros unos centímetros y miré hacia otro lado.

—¿Después de lo que les pasó a ustedes dos?

No dije nada. Después de otros treinta segundos, encontré el número de la casa que había estado buscando, pasé media cuadra y estacioné el auto al lado de la acera.

NOS QUEDAMOS EN EL PORCHE DURANTE CINCO MINUTOS MIRANDO LA PUERTA ROJA. OSO SE reclinó contra un poste que iba desde el suelo hasta el techo, agarrándose el hombro y una expresión de dolor se extendió por su rostro.

—Llama a la maldita puerta, Jack—. Su aliento formó niebla en el aire, elevándose y envolviendo su cabeza antes de desaparecer. —Vamos.

Me incliné hacia adelante y golpeé la puerta con los nudillos. Un momento después se encendió una luz en el interior. Escuché unas manos golpear la puerta, como lo harían si alguien se inclinara contra ella, tal vez para escuchar por un momento. La luz del porche se encendió y la puerta se abrió hasta donde la cadena de seguridad lo permitía.

—¿Quién está ahí? —preguntó Jessie.

Di un paso atrás y me acerqué para que ella pudiera verme a través de la rendija de la puerta. Nuestros ojos se encontraron y se fijaron en una mirada que sólo dos examantes podían compartir.

—¿Jack?

—Hola, Jess.

—Qué estás haciendo…? ¿Está todo bien?

—Sí. No. ¿Podemos entrar? — Me volví de lado y asentí hacia Oso. —Está herido.

—¿Riley?

—Hola, Jessie—, dijo Oso.

Jessie cerró la puerta. Escuché el sonido de la cadena de seguridad deslizándose en su cerradura y luego la puerta se volvió a abrir. Ella dio un paso atrás. Vestía una camiseta blanca y pantalones deportivos azules. Ella sonrió y se colocó mechones de su cabello castaño oscuro detrás de la oreja mientras extendía el otro brazo en un gesto de "pasa".

Di un paso y me detuve frente a ella y miré sus ojos color marrón oscuro. Abrí la boca para hablar, pero no salió nada. No tenía idea de qué decir.

Ella fue la primera en romper la mirada.

—Dios mío—, dijo. —Riley, ¿qué pasó con tu hombro?

—¿Es algo de lo que puedes encargarte? — Pregunté.

Ella asintió. —Sí, recibimos algunas heridas de bala en la sala de emergencias. He ayudado con suficientes para saber qué hacer—. Ella se dirigió hacia el otro lado de la habitación. —Ven a la cocina.

La seguimos a través del vestíbulo y la sala hasta la parte trasera de la casa. Oso entró primero en la cocina. La habitación estaba pintada de blanco, con piso de baldosas color canela y electrodomésticos de acero inoxidable. Gabinetes de madera oscura se extendían a lo largo de tres paredes y un protector contra salpicaduras de azulejos azules decorativos se extendía entre los gabinetes y las encimeras de granito oscuro.

—Siéntate—, dijo Jessie, señalando hacia la mesa de la cocina. Se giró y rebuscó en un par de cajones debajo de la encimera.

Oso tomó asiento. Me recosté contra el frigorífico.

—Jack—, dijo. —Sobre el refrigerador, en el gabinete, toma una botella de whiskey. Ponlo en la mesa.

Hice lo que ella dijo, tomando un trago de la botella antes de dejarla frente a Oso. Soltó su brazo, agarró la botella y tomó un trago.

Jessie se giró a tiempo para ver a Oso tomando un trago. Sus labios se estiraron formando un ceño fruncido. —Eso es para tu brazo.

—¿No tienes nada más? — Preguntó Oso.

Ella asintió. —Por supuesto que sí. Aunque esto lo adormecerá un poco—. Levantó unas tijeras y le cortó la manga. Frotó peróxido en una toalla de mano y limpió la sangre del área de la herida, luego vertió peróxido en el agujero en el brazo de Oso.

Oso se estremeció al principio. Su rostro se torció. Un momento después se relajó.

Jessie esperó hasta que la efervescencia blanca del peróxido se calmara, luego abrió la botella de whiskey y la vertió en la herida.

Oso hizo una mueca y gimió.

—Funciona rápido—, dijo Jessie.

Él asintió y suspiró.

Cogí la botella para tomar otro trago. Mi mano se encontró con la de Jessie mientras ella la

apartaba de una bofetada.

—No he terminado—, dijo.

Cogió un par de pinzas pequeñas de la mesa. —Riley, agarra la mesa y tu silla. Agarra fuerte.

Él lo hizo. Sus grandes nudillos se pusieron blancos.

—No rompas su silla—, le dije.

Ninguno de los dos dijo nada.

Colocó las pinzas contra la herida abierta y Oso saltó un centímetro.

—Tranquilo, Riley, tranquilo—. Su voz era baja, entrecortada, tranquilizadora.

Un escalofrío de recuerdo recorrió mi espalda. ¿Por qué no había intentado llamarla o comunicarme con ella durante los últimos cinco años?

—Ahora voy a extraer la bala—, dijo. —¿Estás listo? — Ella miró a Oso.

Oso asintió y se obligó a exhalar ruidosamente. Giró la cabeza hacia un lado y luego se enderezó.

Dirigió expertamente las pinzas hacia la herida y agarró la bala enterrada en el hombro de Oso, provocando un gemido del hombretón mientras agarraba y sacaba la bala.

—Todo listo—, dijo mientras dejaba caer la bala en un vaso de vidrio. —Está bien, ahora voy a limpiar esto y a coserte.

Salí hacia el patio mientras ella le cosía el brazo a Oso. El aire frío me golpeó con más fuerza que antes, tal vez por efecto del whiskey, aunque no es que hubiera bebido tanto. Pero habían sido un par de días tan largos que el efecto cálido del alcohol me afectó mucho antes de lo normal. Miré al cielo, pensando que tendría una gran vista de las estrellas aquí en el campo. Sin embargo, no hubo tanta suerte, ya que las nubes grises habían invadido el cielo.

La puerta se abrió detrás de mí y Jessie asomó la cabeza. —Todo hecho allí. ¿Quieres volver a entrar? — Ella sonrió. El gesto me relajó.

La seguí adentro, a través de la cocina y hasta el estudio. Hizo clic en un control remoto negro y el televisor se encendió, sintonizado en una de las estaciones de noticias las veinticuatro horas. El sonido era bajo y no podía entender lo que decían. Aunque no necesitaba oírlo. Un rostro familiar apareció en la pantalla en forma de imagen.

Delaney.

—Cristo—, dijo Oso.

Sacudí la cabeza sabiendo lo que vendría después.

La imagen de Delaney se redujo y se movió en diagonal hacia un lado de la pantalla. Mi foto se mostró a continuación con las palabras “Armado y Peligroso” parpadeando debajo y las palabras “Persona de Interés” en una fuente más pequeña debajo.

—Bueno, al menos en parte hicieron bien—, dije, volviéndome hacia Jessie y Oso. —Soy un tipo bastante interesante.

Oso rio, Jessie no.

—Jack—, dijo Jessie. Su voz se apagó al final. —¿Qué está sucediendo?

Me acerqué a ella. —Jess, sabes lo que hago, ¿verdad? La única razón por la que nos separamos es porque…

El control remoto colgaba de su mano. Su boca se abrió, un tartamudeo se escapaba cada pocos segundos en lugar de una respuesta.

—Jess, me están… nos están tendiendo una trampa. Ese hombre, Delaney, estaba intentando ayudarnos. Nos conocimos en un parque. Tenía información—. Metí la mano en el bolsillo y saqué el mosquetón con la llave colgando. —Esta llave, Jess, lo que sea que abra me dará la información que necesito para limpiarnos.

Ella sacudió su cabeza. —¡Salgan! —. Gritó ella. —Salgan. Ahora. Ustedes dos. Váyanse.

Me levanté y puse mis manos sobre sus hombros. Intentó escabullirse.

—Mírame, Jess. Mira en mis ojos.

Dejó de negar con la cabeza y levantó la barbilla, sus ojos se encontraron con los míos. Volvimos a lanzar esa mirada familiar que decía que había muchas cosas sin decir y sin hacer.

—Soy yo, Jess. Jack. Mírame y dime si estoy mintiendo—. Miré entre sus ojos. —Yo no maté a Delaney. Me están tendiendo una trampa. Las últimas setenta y dos horas han sido un juego del gato y el ratón, y yo soy el ratón. Hice una pausa. —¿Me crees?

Ella sacudió su cabeza. —No… no lo sé, Jack. Entras aquí. Oso está todo herido de bala...

—¿Qué pasó con 'Riley'? — Dijo Oso.

—¿y ahora esto? — Yo sólo... —Volvió a sentarse, dobló un pie debajo de ella y me miró. — Te creo, Jack.

Acerqué la mesa de café de madera, me senté en el borde y tomé sus manos entre las mías. —Gracias—. Apreté sus manos. —Lamento haberte arrastrado a esto. No te preocupes, me aseguraré de que estés...

Su teléfono sonó, me callé y todos nos volvimos hacia él.

—Será mejor que atienda eso—. Se puso de pie, cogió el teléfono portátil y desapareció en la cocina.

La cobertura noticiosa continuó durante otros treinta segundos sin aportar mucha información. Algo bueno, pensé. Significaba que sabían mucho o que alguien no les había dado mucho de comer. Todavía.

Oso se volvió hacia mí. —Cristo, Jack. Estamos acabados.

—Necesitamos comunicarnos con Abbot. Puede arriesgarse por nosotros.

—Las montañas están ahí—, dijo señalando por encima del hombro. —Podemos escondernos durante unas semanas.

Me encogí de hombros y no dije nada mientras esperaba que terminara la pausa comercial y volvieran las noticias.

Jessie regresó un momento después, sosteniendo el teléfono. —Es para ti, Jack.

Tomé el teléfono de su mano.

Ella continuó. —¿Quién sabría que estás aquí?

Sacudí la cabeza y acerqué el teléfono a mi oreja. —Este es Jack.

No hubo nada más que silencio.

—¿Hola? — Dije.

—¿Sí, Jack?

—¿Quién es?

—Este es Jack Noble, ¿verdad?

—Sí, ¿quién diablos es?

Hubo otra pausa. Miré alrededor de la habitación, deteniéndome en las dos caras que me miraban. Oso se recostó en su silla, parecía aliviado de no tener que sujetar más su hombro. Su ropa estaba cubierta de sangre. Sus mejillas rojas resaltaban sobre el resto de su pálido rostro. Sostuvo la botella de whiskey en la mano, se la llevó a los labios, tomó un trago y exhaló ruidosamente.

Jessie forzó una sonrisa mientras golpeaba con los dedos el borde del cojín del asiento.

Cruzó, descruzó y luego volvió a cruzar las piernas.

—¿Qué tipo de juego estás jugando? — Dije.

—Esto es lo que está pasando, Jack—. Hizo una pausa de unos segundos y luego continuó. —Te arrestaremos por el asesinato.

—Sabes que no fui yo.

—Sí, bueno, te tenemos por eso. Todo depende de ti. Atribulado a ti, Jack—. Otra pausa se llenó con el sonido del hombre tomando un trago de una botella. —No puedes escapar de nosotros, Jack. Estamos en todas partes. Conocemos a todos los que conoces. Sabremos cada movimiento que hagas un segundo después de que lo hagas. La mitad de las personas que conoces están de nuestro lado y al resto podemos persuadirlo de un modo u otro.

Miré entre Oso y Jessie, quienes ahora estaban de pie y caminaban a lo largo de la pared del fondo.

—Nosotros controlamos todo, Jack.

—Tal vez tú y yo deberíamos encontrarnos—, dije. —Resolvamos esto como hombres. Francamente, estoy cansado de esa tontería de capa y espada. ¿Sabes a lo que me refiero?

El hombre rio. —¿Piensas que esto es una broma? Escucha. Vas a caer, Jack. Y cualquiera que te ayude está muerto. ¿Lo entiendes? Incluso la enfermera. Muerto como un clavo, Jack.

La línea se cortó y se hizo clic para marcar el tono. Miré el teléfono y lo apagué. Lo coloqué sobre la mesa de café y caminé hacia la ventana. Me pellizqué el puente de la nariz con el pulgar y el índice y los deslicé hacia abajo.

—¿Qué está pasando, Jack? — Preguntó Oso.

—Tenemos que irnos.

El sonido de un coche corriendo por la calle llenó la habitación. Los neumáticos chirriaron. Las puertas del coche se abrieron y luego se cerraron de golpe. Las voces de dos hombres entraron por las ventanas abiertas.

—Todos abajo.

CAPÍTULO 11

Apagué las luces, pasé a la siguiente habitación y me posicioné contra la pared junto a la ventana doble. Una cortina de encaje colgaba sobre los cristales de la ventana. La retiré y separé las persianas con los dedos. Un sedán oscuro estaba aparcado al final del camino de la entrada. Escudriñando el patio, vi a dos hombres, ambos vestidos con trajes oscuros. No parecían estar armados, pero no confiaba en su apariencia exterior. Armado y peligroso sería el término apropiado. Estos tipos tenían todas las marcas de espías del gobierno, agentes federales, tal vez incluso asesinos. Se quedaron al pie del camino de la entrada. Uno hablaba por radio o por teléfono móvil. Se paró en ángulo y su cabeza bloqueó el dispositivo por el que hablaba. Su otro brazo agitó en círculos mientras hablaba.

Agarré con fuerza mi Beretta M9. Lo único que se interponía entre ellos y yo era una ventana de cristal y estaba dispuesto a romperla y abrir fuego si era necesario. Antes fui al bosque con dos clips completos. Vacié uno y disparé tres tiros desde el segundo. Eso significaba que tenía doce rondas a mi disposición, lo que sería más que suficiente para encargarme de estos tipos.

El hombre del teléfono o la radio sacudió la cabeza y se guardó el dispositivo en el bolsillo. Le dijo algo a su compañero y ambos se giraron hacia la casa. La ventana a mi lado estaba entreabierta, pero no podía escuchar lo que decían. Los dos hombres se dirigieron hacia la casa, caminando lentamente. Ambos sacaron sus armas, sujetándolas con ambas manos.

Necesitaba un plan y necesitaba que se formara rápidamente. Había dos hombres delante, lo que significaba que probablemente había dos detrás. No había manera de que estos tipos vinieran aquí solos. ¿Eran los hombres de antes, los tiradores del bosque? ¿Realmente habían logrado seguirnos hasta Charlottesville? Supongo que era posible. El auto se veía similar, pero ahora estaba oscuro tal como estaba oscuro cuando embestí el auto de los tiradores mientras salía del parque.

La única solución que se me ocurrió fue salir corriendo de la casa disparando. No es la elección ideal. Entrar en un tiroteo con agentes entrenados, asesinos o no, no era una de mis prioridades. Me agaché y eché un vistazo por la parte abierta de la ventana. Dejé el cañón de mi arma en el alféizar de la ventana. Tenía una clara oportunidad contra ellos si subían los escalones del porche. La única barrera era la malla. No hay vidrio que romper.

Los hombres estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera distinguir ciertas palabras pronunciadas en voz baja. No dijeron mucho, pero escuchar “Noble” fue suficiente. Sabían exactamente quién era yo. Sabían exactamente dónde estaba. Tal como dijo el hombre del teléfono. ¿Podría ser uno de ellos el hombre que habla por teléfono? Lo dudaba. Por un lado, alguien tan descarado no estaría en el campo. Entonces tenía que ser su jefe, o el jefe de su jefe.

El débil sonido del timbre de un teléfono celular llenó el aire. Los hombres se detuvieron y el agente sacó su teléfono del bolsillo. Su voz se elevó. —¿Qué diablos quieres decir? — Dio un

paso atrás durante una larga pausa. —Sí, ok. Está bien, nos vamos—. Se dio vuelta y corrió hacia el auto. Su compañero caminó hacia atrás con él. Levantó su arma y la mantuvo apuntando a la casa. Buscó a tientas a sus espaldas la manija de la puerta del auto y luego se deslizó en el asiento del conductor. El sedán cobró vida con un rugido, luego arrancó y se detuvo en la señal de alto al final de la calle, sólo unas casas más abajo. El coche giró a la derecha y desapareció de la vista.

Me recosté contra la pared, cerré los ojos y escuché. El silencio llenó la casa. El silencio se deslizó a través de la ventana abierta desde afuera. ¿Habían doblado la esquina y parado el motor? ¿Estaban ahora a pie regresando a la casa? ¿Se fueron del barrio?

Respiré hondo y regresé al estudio.

—¿Puedes ver la calle lateral desde arriba?

—¿Qué? — Dijo Jessie.

—La calle lateral—. Señalé hacia la otra habitación. —La carretera principal, lo que sea. ¿Puedes verlo desde cualquier lugar de aquí?

Ella sacudió la cabeza y dijo: —No.

—Tenemos que salir de aquí. Jess, ¿está tu coche en el garaje?

—¿Por qué?

—No me preguntes por qué—. Mi voz se elevó. Respiré hondo y recuperé el control. —¿Está o no?

Se mordió el labio y miró hacia un lado.

—Sí, está ahí.

—Está bien, toma las llaves. Tenemos que irnos.

—¿Dónde?

—No importa—, dije. —Vamos.

Oso se levantó y caminó hacia la cocina.

—El garaje está por ahí—. Señaló un pasillo al otro lado del estudio. —¿Necesito traer algo?

—Sí—. Me di vuelta para alejarme y luego me detuve. —Pero no hay tiempo. En cualquier momento van a empezar a disparar.

—¿Qué? — Agarró su bolso y sacó las llaves, pasando junto a Oso y a mí de camino al garaje.

Podría tener razón. Lo más probable es que me haya equivocado. Pero no tenía intenciones de esperar para descubrirlo.

Eché un último vistazo por la ventana delantera y luego, satisfecho de que los fantasmas no estuvieran ahí afuera, fui al garaje. Entré por la puerta abierta. Oso y Jessie ya estaban dentro de su Chevy Tahoe blanca. Oso se sentó en el asiento del pasajero y Jessie detrás del volante.

—Yo conduzco—, dije, colocándome entre ella y la puerta, impidiéndole cerrarla.

—Este es mi coche, Jack—, dijo. —Yo conduzco.

—Siéntate atrás, Jess.

Ella gritó y golpeó el volante con las manos. La fuerte bocina sonó y resonó por todo el garaje.

Sacudí la cabeza y la miré fijamente. —Si están a la vuelta de la esquina, probablemente hayan oído eso.

—Lo siento—, dijo y luego levantó las manos en el aire. —Bien. Tú conduces. Se giró en el asiento y levantó las piernas. Se deslizó entre los dos asientos delanteros y se sentó en la fila del medio.

—Podrías haber usado la puerta.

—¿Y arriesgarme a tocarte? No, gracias—. Se giró y miró por la ventana una pared cubierta de rastrillos y herramientas de jardinería.

Oso rio y sacudió la cabeza.

—¿Crees que eso es gracioso? — Dije. —Dios sabe quién nos persigue, listo para matarnos, y tú te ríes de sus chistes.

Giré la llave. El motor V-8 de la Tahoe cobró vida con un rugido, inundando mis oídos mientras resonaba en el garaje.

Jessie se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante, señalando la consola en el techo de la Tahoe. —El abridor de la puerta del garaje es...

La ignoré, puse el auto en reversa y atravesé la puerta del garaje.

—¿Qué diablos, Jack? ¡Mi garaje!

Aceleré el auto por el camino de la entrada, pisé los frenos y giré el volante, chirriando hacia la calle. Puse la marcha y corrí hacia la señal de alto, deteniéndome rápidamente. Miré a la izquierda y no vi nada, luego miré a la derecha. Vi a los fantasmas a unas cuadras de distancia, estacionados detrás del Audi de Abbot. En ese momento me di cuenta de que era el auto. De algún modo nos habían estado siguiendo con el coche.

Miré a Oso. Miró por la ventanilla el sedán oscuro aparcado detrás del Audi. Su cabeza se movía arriba y abajo.

—El auto—, murmuró, llegando a la misma conclusión que yo.

No debieron haber oído la Tahoe atravesar la puerta del garaje, porque no se movieron ni se volvieron para mirar en nuestra dirección. Pisé el acelerador, giré a la izquierda y conduje por la calle con las luces apagadas hasta llegar a la carretera principal.

—¿Por qué destruiste la puerta de mi garaje? — preguntó Jessie.

Miré por el espejo retrovisor y aparté la vista de la I-64 por un momento. Fue lo primero que se dijo en treinta minutos. Su mirada me tomó por sorpresa. Empecé a hablar, luego cerré la boca y no dije nada.

—Jack—, dijo.

—Sorpresa—, dijo Oso. —Lo hizo por el factor sorpresa.

—Sí, bueno, funcionó—, dijo. —Estoy segura de que me sorprendió. Justo como él lo estará cuando le envíe la factura por correo.

Oso rio y sacudió la cabeza. —Tú no, Jess. Si esos federales hubieran estado afuera de tu casa, el accidente los habría sorprendido. Ese momento de distracción habría marcado la diferencia entre vivir y morir—. Bajó un poco la ventanilla. El viento azotó el coche y el aire frío me picó tras el impacto. —Sí, estamos en este auto grande, pero esos muchachos están entrenados. Uno de nosotros habría resultado herido.

Miré de nuevo al espejo. Una mirada de conocimiento cruzó por el rostro de Jessie. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me di cuenta de que toda la gravedad de la situación finalmente la había golpeado y probablemente la aplastaba contra su pecho.

—Esos eran ellos—, dijo. —Estacionados al costado de la calle—. Ella se miró en el espejo.

Asentí. —Lo siento, Jess. Te llevaremos a un lugar seguro.

—¿Seguro? ¿Cómo sabes que no te siguen ahora? Cómo... —se presionó la cara con las manos y se frotó el costado. —¿Cómo supieron de mí? Esos fueron ellos. La llamada. ¿Bien? ¿Cómo supieron que estabas en mi casa?

—Po la misma razón por la que sabían que el auto estaba allí—. Conduje hacia el arcén y detuve el coche. Abrí la puerta y salí. —Mírame, Jess. Creemos… tenían una manera de rastrear el auto. Es lo único que tiene sentido.

—No, no, no tiene sentido. Quizás conozcan el auto, pero te llamaron. Te llamaron a mi teléfono—. En ese momento ella ya estaba medio fuera del auto y golpeando sus puños en mi pecho.

—Hay archivos sobre mí—, dije. —Sabes lo que hago y quién soy. Bueno, ellos también. Tienen que saberlo. Es su trabajo saberlo. Cuando vieron adónde iba el coche, todo lo que tuvieron que hacer fue cotejarlo con cualquier persona de mi expediente y te encontraron. Eso es todo. Se detendrán ahí. Lo prometo.

Ella me miró con lágrimas en los ojos y negó con la cabeza. Sus brazos se levantaron sobre sus hombros y luego cayeron sobre mí, envolviéndose alrededor de mi cuello y apretándolo con fuerza. Una mezcla de sus lágrimas y su aliento caliente recorrieron un costado de mi cara. Se me formó un nudo en el estómago. Luché contra los sentimientos que no me había permitido sentir en mucho tiempo.

La abracé fuerte y pasé una mano por su cabello hasta que dejó de temblar. La solté, me di la vuelta y volví al auto. La puerta trasera se cerró de golpe y revisé el espejo retrovisor para asegurarme de que había vuelto a entrar. Lo había hecho.

—Estoy llamando a Abbot—. Saqué mi teléfono celular, marqué el número y puse la Tahoe en marcha. La carretera vacía detrás de mí era una luz verde para volver a la interestatal. Presioné el acelerador y aceleré a cien kilómetros por hora. Abbot respondió mientras regresaba a los carriles de circulación.

—¿Hola?

—Es Jack.

Al principio no dijo nada. Escuché el sonido de sus dedos o de un objeto golpeando una superficie dura. Me lo imaginé sentado en la oficina de su casa, detrás de su antiguo escritorio de madera de cerezo oscuro. —¿Qué pasó ahí arriba, Jack? No mataste a Delaney, ¿verdad?

—¿Qué crees? — No lo maté, pero no pude evitar pensar que, de alguna manera, yo era responsable de su muerte. Si hubiera mantenido mi maldita boca cerrada en Bagdad, nada de esto estaría sucediendo. Miré por el espejo retrovisor y encontré la mirada de Jessie. Ella sonrió y yo miré hacia otro lado.

—No creo que lo hayas hecho, pero, bueno, eso es lo que se informa sobre...

—Lo sé—, interrumpí. —Vi el informe. Es una tontería, Abbot. Nos tendieron una emboscada. Delaney recibió un tiro en la nuca. Oso recibió uno en el hombro. Los seguí por el bosque, pero tenían un coche aparcado en el borde. Se fueron y luego regresaron para esperarnos afuera del estacionamiento. Me las arreglé para salir y hui por la interestatal—. Hice una pausa y pensé si debería contarle o no sobre Jessie. No lo hice. —El informe salió por televisión. Luego alguien llamó por mí, no a mi número, y lo siguiente que supe fue que estos dos fantasmas aparecieron afuera en... — Evité mencionar ningún nombre. —Fuera del lugar donde nos detuvimos para curar a Oso.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Supuse que estaba filtrando la breve conversación, tratando de decidir qué creer, a quién creer, a mí o a las noticias. Giré la cabeza y miré a Oso, luego moví mis ojos hacia el espejo retrovisor para ver cómo estaba Jess. Estaba sentada fuera de la vista, apoyada contra la puerta. Volví mi atención a la carretera. El tramo de la carretera interestatal que se dirigía al este hacia Richmond, Virginia, estaba vacío.

—Está bien, Jack—, dijo Abbot. —Ven a Carolina del Norte. Necesito que estés cerca.

—No voy a volver a Lejeune. Si crees eso, entonces puedes besar mi…

—No vengas a la base, Jack, por el amor de Dios. ¿Crees que soy un idiota? — Él hizo una pausa. ¿Estaba buscando una respuesta? Antes de que pudiera responder, continuó. —Elige un lugar, pero no me digas dónde. Algún lugar lo suficientemente cerca de Jacksonville como para que puedas estar allí en unas pocas horas, pero lo suficientemente lejos como para que no te vean accidentalmente. Sonó como si moviera el teléfono en sus manos y cambiara de oído, el teléfono rozó su cara con un sonido como de estática mientras lo hacía. —Definitivamente mantente lo suficientemente lejos como para que no te conviertas en un Infante de marina.

—Has visto mi cabello, Abbot. Nadie me va a confundir con un Marino—. Me reí.

Él no lo hizo. —No es momento para bromas, hijo. Ustedes dos están en serios problemas.

No dije nada. Mis ojos se enfocaron lo más lejos que pudieron, colocándose en algún lugar entre la carretera, las montañas y la negra oscuridad del cielo nocturno.

—Un lugar tranquilo, Jack. Lo digo en serio—. Se aclaró la garganta. —Y no hagas un escándalo cuando llegues allí. Llámame mañana por la mañana, Jack. Lo primero.

Se cortó la comunicación. Dejé el teléfono en la consola central. Quería que fuéramos a un lugar tranquilo. Muchos lugares en Carolina del Norte se ajustan a esa descripción. Tenía razón. Me gustaría estar lo suficientemente cerca como para poder regresar a la base si fuera necesario. Y definitivamente lo suficientemente lejos como para que nadie reconociera mi cara. No dijo lo que sabía que estaba pensando. No te metas en problemas. Hagas lo que hagas, no te metas en problemas. No le des a la policía, ni a nadie más, una razón para detenernos. Sería una sentencia de muerte envuelta como un regalo de Navidad bajo el árbol. Y la pegatina pegada al papel de regalo diría Jack Noble.

Oso rompió el silencio unos minutos más tarde. —¿Qué dijo?

—Que estamos en serios problemas.

Jessie se inclinó hacia adelante. —Podría haberte dicho eso.

Oso comenzó a reír, haciendo una mueca entre arrebatos. Jessie se unió y yo también.

La risa se apagó. Jessie habló. —¿Crees que emitirán algún tipo de transmisión sobre mi auto?

Miré a Oso, que ya me estaba negando con la cabeza. —Es posible que lo hagan.

CAPÍTULO 12

Cuatro horas más tarde tomé una salida aleatoria de la I-95 en las afueras de Rocky Mount, Carolina del Norte. Eso nos sitúa a unas dos horas de Lejeune. Lo suficientemente cerca y lo suficientemente lejos, todo en uno. Oso y Jessie durmieron. Cada uno había tenido su propia noche difícil. El silencio no me molestó. Le di la bienvenida. Era mucho mejor que el incómodo silencio entre Jessie y yo cuando ella estaba despierta.

La salida seguía en forma de círculo antes de llevarnos a un semáforo en rojo parpadeante. A la izquierda, la carretera cruzaba la interestatal hacia la ciudad. A la derecha vi una gasolinera y algo más. Giré a la izquierda. La carretera vacía contrastaba marcadamente con los altos letreros de neón, cada uno de los cuales gritaba: “¡Deténgase aquí para comprar gasolina, comida, café y alojamiento!". Algunos lugares tenían todo en uno. Sin embargo, nada parecía prometedor en esta sección de la ciudad.

Recordé el letrero justo antes de la luz roja parpadeante. Gasolina 0.5 millas. Alojamiento 1,5 millas. Hice un giro en U en medio de la carretera. Entré en pánico por un segundo. Dar vueltas así y cruzar la mediana podría ser suficiente para que un policía me detuviera y verificara mi identificación. ¿Cómo se vería eso? El gran malvado Jack Noble es abatido por un policía rural por hacer un giro en U ilegal. Sacudí la cabeza y sonreí. El espejo retrovisor reveló que tal encuentro no tendría lugar esta noche, al menos no todavía.

Cruzamos el paso elevado de la interestatal y pasamos la gasolinera abierta las 24 horas. El motel apareció de repente después de una curva en la carretera. El letrero de neón colocado cerca de la entrada del estacionamiento parpadeaba. Decía "vacante", lo cual fue suficiente para convencerme de estacionarme.

Estacioné la Tahoe junto a la oficina principal, luego abrí la puerta, salté del vehículo y caminé por el frente. Escuché la puerta de otro auto abrirse y cerrarse. Jessie se dirigió a la entrada del vestíbulo y me esperó.

—No es necesario que entres—, le dije.

Ella se encogió de hombros. —Estoy cansada de estar sentada.

—Es mejor que no te vean conmigo.

—Como sea, voy a entrar.

Abrí la puerta y le hice un gesto para que pasara primero. Detrás del escritorio estaba sentado un hombre de mediana edad con la cabeza rapada y puntiaguda. Apoyó la barbilla sobre la palma abierta y los dedos recorrieron la línea de la mandíbula hasta la oreja. Abrió los ojos y parpadeó repetidamente ante el repique de la hilera de campanas que colgaban de la puerta, temblando y repiqueteando mientras caminábamos hacia el pequeño vestíbulo poco iluminado. Olía a moho y a ambientadores de pino para coches. El olor permaneció en el fondo de mi garganta.

El recepcionista se levantó y tiró de la camisa que abrazaba su pecho, enderezándola. —

¿Cómo puedo ayudarlos?

—Necesito una habitación para un par de noches—, dije.

—Dos habitaciones—, dijo Jessie.

—No—, me apoyé contra el mostrador y volví la cabeza hacia ella, inclinándome para que estuviéramos cara a cara. —Una habitación—. Enfaticé cada palabra por igual.

—Disculpa—, dijo metiendo un dedo en mi pecho. —Si crees que estoy a punto de pasar la noche en la misma habitación que tú y tu amigo...

Puse mi mano sobre su hombro. —Jess, piensa en esto por un minuto—. Por el rabillo del ojo pude ver que el recepcionista había colocado un brazo sobre el mostrador y estaba inclinado sobre él, con una sonrisa en su rostro. —Hablaremos afuera—. Me levanté y me volví hacia el empleado. —Una habitación. Dos camas. Tres noches.

El empleado se levantó, olfateó y se secó la nariz con la manga. —Serán doscientos cincuenta.

Saqué un fajo de billetes de mi cartera y lo dejé sobre el mostrador.

—No aceptamos efectivo—, dijo.

Saqué otros cincuenta y los dejé junto al montón de dinero en efectivo.

—Está bien, habitación 114, por la parte de atrás—. Deslizó dos llaves por el mostrador.

Dimos media vuelta y salimos del vestíbulo. En el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, Jessie me atacó.

—¿Qué diablos fue eso, Jack? — Ella compitió por una posición frente a mí, caminó hacia atrás y me dio un golpe en el pecho. —No sé lo que estás pensando, pero si piensas, por un momento, que tú y yo vamos a...

—No creo nada de eso—, dije. —Maldita sea, ¿qué diablos crees que está pasando aquí? Vas con dos fugitivos. Tenemos a la CIA, a los parlamentarios y probablemente a la maldita NSA sobre nosotros. ¿Quieres estar sola en una habitación cuando aparezcan esos tipos? ¿Tú? — Di un paso atrás y me volví de lado, extendiendo el brazo hacia la puerta del vestíbulo. —Bueno, entonces entra allí y consigue tu propia maldita habitación.

Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Levantó los brazos en el aire, dio media vuelta y regresó al Tahoe.

Sonreí, volví a entrar y giré la llave.

—Como en los viejos tiempos—, dijo Oso.

—Cállate—, dijimos Jess y yo al mismo tiempo.

Puse el coche en marcha y rodeé la parte trasera del edificio, estacionando en un lugar a unas pocas habitaciones de la nuestra. Quería dejar la mayor visibilidad posible a través de las ventanas delanteras. No me gustó el hecho de que estuviéramos en la parte trasera del edificio. Lo único que tenía a su favor era que no estábamos delante y estábamos protegidos de la carretera. Pero lo positivo alimentó directamente lo negativo. Fácilmente podríamos sufrir una emboscada.

Metí la llave en la puerta y giré el pomo. Palpé la pared de la izquierda hasta que encontré un interruptor de luz. Una luz tenue y amarillenta del techo se encendía y apagaba durante unos segundos antes de permanecer encendida e inundar la habitación. La habitación era apenas más grande que el vestíbulo y tenía el mismo olor a moho y a pino.

Oso entró detrás de mí. —Cinco estrellas en todos los sentidos, Jack.

Me encogí de hombros.

—En serio, hombre. ¿No había mejores opciones en la ciudad?

—Sí—. Había. Pero también había más gente en la ciudad. Más policías en la ciudad. Más

posibilidades de ser visto en la ciudad. —Somos celebridades nacionales en este momento, Oso. Cuanto más lejos estemos de la ciudad, mejor.

—Supongo—, dijo, moviéndose para reclamar una cama para él.

—¿Ustedes dos se alojan juntos? —preguntó Jessie.

Giré sobre mis talones, listo para atacarla por el comentario. Ella estaba a centímetros de mí, mirando hacia arriba y sonriendo. La luz amarilla sobre nosotros se reflejaba en sus ojos castaños oscuros. Su tez aceitunada absorbió la luz y la irradió hacia afuera.

—¿Qué? — dijo ella. —¿No hay respuestas ingeniosas?

Forcé una sonrisa. Sentí un ardor interior que había desaparecido hacía mucho tiempo. Quería estar con ella otra vez. Inclínate y bésala. Hazle el amor. Y después habla toda la noche.

—Ja-ack—, dijo, cantando mi nombre. —Despabila—. Su mano golpeó ligeramente mi cara.

Sonreí sin tener que forzarlo y di un paso atrás. —Me voy hacia la ciudad. Vi una tienda que estaba abierta al entrar. Necesito comprar algunas cosas—. Me acerqué a la puerta, la abrí y me detuve. —Las llaves del Tahoe están en la mesa de noche si las necesitan.

—¿No lo vas a tomar? — Preguntó Oso.

—No—, dije. —Necesito dar un paseo.

EL VIENTO SE LEVANTÓ DURANTE MI CAMINATA Y EL AIRE FRÍO DE LA NOCHE ME GOLPEÓ LA CARA. Picó. Se sintió bien. El aire del campo y la tranquilidad del entorno dieron paso al sonido de los vehículos que circulaban por la I-95. Familias viajando durante las vacaciones de primavera, gente de negocios que conduce durante la noche para sus reuniones matutinas y camioneros que hacen un largo recorrido desde Florida a Nueva York y luego regresan. Filtré el sonido del tráfico en mi mente y permití que mi cerebro lo distorsionara. Reverberó en el aire como olas en la playa. Ese sentimiento de calma me invadió de nuevo. Me reí de mí mismo por poder relajarme con todo lo ocurrido en los últimos días y las probables consecuencias que se cernían sobre mí.

Seguí el camino sinuoso a través de una extensión de bosque. Una señal alta y brillante apareció al frente y al centro cuando pasé por la zona boscosa. Dos coches estaban aparcados junto a los surtidores de gasolina. Un hombre de mediana edad paseaba a un labrador retriever por el césped entre el aparcamiento de la gasolinera y un restaurante cerrado.

Crucé la calle y me detuve frente a la entrada de la tienda para pensar por un minuto, aprovechando el tiempo para aclimatarme alrededor de la tienda.

El hombre del labrador regresó a su miniván y abrió la puerta trasera. El perro saltó al asiento trasero y se acurrucó a una niña. El hombre asintió y corrió hacia el lado del conductor del auto. Un minuto más tarde, el coche giró a la izquierda al salir del aparcamiento y giró a la derecha en la rampa de acceso a la interestatal, desapareciendo de la vista.

Abrí la puerta de la tienda, un timbre me saludó mientras cruzaba la puerta abierta.

—Hola—, dijo una alegre joven detrás de su caja registradora. Estaba vestida con pantalones negros, una camisa blanca con botones y un chaleco a cuadros rojos y blancos. Una etiqueta roja tenía el nombre Michelle impreso en letras blancas con un contorno negro. Llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo y se maquillaba demasiado, tal vez para tapar los omnipresentes círculos oscuros bajo los ojos y las líneas prematuras de su rostro tras toda una vida trabajando en turnos extraños en lugares como éste. O tal vez lugares incluso peores.

Asentí y miré hacia otro lado.

—¿Buscas algo específico?

—No. Sólo tardaré unos minutos.

Puso las manos sobre el mostrador, se desplomó y frunció el ceño, mientras asentía con la cabeza. —Está bien. Estaré aquí cuando hayas terminado.

Debe vivir para los momentos en los que alguien entra a la tienda en medio de la noche y mantiene una conversación con ella.

Agarré una canasta de mano y recorrí los pasillos, agarrando varios artículos a medida que avanzaba. No tenía idea de lo que quería. Sólo necesitaba pasar el tiempo y aclarar mi mente. Jessie me había dejado perplejo en el motel. Ahora no era el momento para pensar en las relaciones y la vida después del servicio militar. Y no sólo por la situación actual en la que me encontraba. Fue más allá de eso. La vida que llevaba, y la vida que me preveía llevar durante algún tiempo, no dejaban lugar para el amor y las relaciones. Esas cosas eran pasivos en mi mundo, no activos.

La cesta se volvió pesada. Miré hacia abajo y vi que la había llenado hasta arriba. Esa fue mi señal de que ya había cogido suficiente de los estantes abastecidos. Caminé hacia el mostrador y coloqué la canasta encima.

—¿Algo más?

Miré la pantalla a un lado y sacudí la cabeza. —No, esto será todo.

Ella siguió balbuceando, pero sus palabras no se registraron en mi cabeza. Miré por la ventana a un grupo de cuatro hombres que atravesaban el estacionamiento hacia la tienda. Un par de ellos le gritaron a un anciano que llenaba su auto con gasolina. El anciano interrumpió, colgó la boquilla en el surtidor y se montó en su coche y se fue a toda prisa. Los hombres se rieron, se dieron palmadas y señalaron la tienda.

—...y por eso sólo haré esto hasta que tenga lo suficiente ahorrado para volver a la universidad y luego...

—¿Conoces a esos hombres? — Hice un gesto con la cabeza hacia la ventana.

Michelle se mordió el labio y asintió.

—¿Alborotadores?

—Uno de ellos es mi ex—, dijo. —Y él no es un buen tipo. Exconvicto.

—¿Qué hizo?

Levantó la vista de su escáner y del objeto que tenía en la mano. Se le llenaron los ojos de lágrimas. —Intentó matarme—. Se secó los ojos con la manga. —Deberías irte. Sólo toma las cosas y vete. Esos tipos son malas noticias, especialmente si han estado bebiendo.

—Sigue registrando estas cosas. No les digas nada. No los reconozcas. ¿Entiendo?

Ella no dijo nada.

El timbre electrónico sonó cuando uno de los hombres abrió la puerta principal. Pasaron de uno en uno y giraron hacia la izquierda, detrás de mí, riéndose mientras caminaban por el pasillo. Pude verlos bien mientras pasaban. Todos vestidos igual: vaqueros viejos, botas de combate negras Doc Martin y pesadas camisas de franela a modo de chaquetas. Dos tenían el pelo largo, uno tenía la cabeza rapada y el cuarto mantenía el corte cerca del costado y un pico de diez centímetros en la parte superior. Sólo el hombre calvo estuvo cerca de igualarme en tamaño, pero eso no significaba que subestimaría a ninguno de ellos. Nunca se sabía de lo que era capaz un hombre hasta el momento del impacto.

—¿Este es tu nuevo novio, Michelle?

Ella me miró y no dijo nada, luego miró la canasta vacía sobre el mostrador.

Miré el pequeño televisor alimentado por la cámara de seguridad. El grupo de hombres se

acercó por detrás.

Me di la vuelta, extendí los brazos a los lados y apoyé los codos en el mostrador. Hice contacto visual con el hombre calvo que lideraba el grupo.

Se detuvo a dos metros de mí. Lo suficientemente lejos como para que pudiera escapar si hacía un movimiento. Sus muchachos se desplegaron, dos hacia la puerta y uno al otro lado. El hombre calvo se inclinó hacia un lado y miró a mi alrededor. —Michelle, ¿me oyes?

Su respiración se aceleró. Ella no dijo nada.

—Perra—, dijo. —Será mejor que me respondas—. Él me miró y luego a ella. Empezó a enrojecer, primero el cuello y las mejillas, luego el resto de su pálido rostro.

—Creo—, me enderecé, —que deberías disculparte y luego irte.

—Que te jodan, cabeza de tarro.

¿Cabeza de tarro? ¿Cómo podría saberlo? No me parecía en nada a un Marino. —No busco ningún problema esta noche…

—Sí, bueno, acabas de encontrar algunos—. Dio un paso hacia delante.

Sigue así, calvo.

—Creo que deberías darte la vuelta e irte a casa. Duérmete. Demonios, por lo que a mí me importa, ve a la autopista y juega a *Frogger* con las semifinales. Probablemente le hagas un favor al mundo.

Sus ojos se entrecerraron mientras procesaba lo que dije. Miró hacia un lado, hacia la puerta, y rio. Dos segundos después estaba frente a mí.

No me inmuté.

Hizo su mejor personificación de tipo aterrador, con los hombros hacia atrás y la cara a centímetros de la mía. Exhaló pesadamente por la boca. Podría haberme emborrachado con su aliento caliente y manchado de alcohol si se hubiera quedado allí el tiempo suficiente.

—¿Qué tienes que decir ahora? — dijo.

Mi mano se movió hacia una de las pantallas en el mostrador. Toqué algunos artículos hasta que sentí que tenía el artículo que quería. Sonreí y luego acerqué la mano. —Creo que te vendría bien una menta para el aliento.

Uno de los chicos detrás de él se rio. El calvo se volvió. —Cállate de una vez. Retrocedió unos pasos sin quitarme los ojos de encima. Comenzó a balancearse del pie izquierdo al derecho y viceversa. ¿Estaba contemplando su próximo movimiento? ¿Preparándose para golpearme? ¿Girar y correr? Probablemente no esperaba que me mantuviera firme como lo había hecho, sin ningún signo de miedo en mi rostro. Seguro que el sentimiento estaba ahí, pero había aprendido a controlar el miedo hace mucho tiempo.

—Mike, vámonos—, dijo el del pelo puntiagudo. —Hay cámaras aquí, hombre. De todos modos, no deberías estar cerca de Michelle.

Mike retrocedió unos pasos más y se dirigió a la puerta. Se detuvo y se volvió hacia mí nuevamente. —Esto no ha terminado. ¿Entiendo?

—Sí, lo está, Mike—, dije. —Ahora lárgate de aquí antes de que trapee el suelo con tu cara.

Los hombres salieron de la tienda. Mike se detuvo en la puerta abierta, me señaló y luego se golpeó el pecho dos veces con el puño. La puerta se cerró de golpe detrás de él. Corrió por el estacionamiento, sujetándose los pantalones con una mano, y alcanzó a sus amigos. Pasaron junto al resplandor de las luces de la gasolinera y la noche se los tragó enteros.

—Lo siento—, dijo Michelle.

La despedí con la mano. —No lo estés. No estoy preocupado por esos tipos—. Me incliné sobre el mostrador. —Aunque estoy preocupado por ti. Probablemente deberías cerrar con llave

e irte.

Ella sacudió su cabeza. —No volverán. Además, si hiciera eso me despedirían.

—Ellos pueden volver. Y despedida es mejor que muerta.

—Simplemente están borrachos. Se disculpará por la mañana. Él es así—, hizo una pausa y se volvió hacia el frente de la tienda. —Se supone que no debe acercarse a menos de cien metros de mí. Una llamada e irá a la cárcel. Él lo sabe. Se disculpará por la mañana—. Una lágrima rodó por su mejilla.

Negué con la cabeza. ¿Tenía algún sentido intentarlo? Había tomado una decisión sobre el chico. Entonces supe que ella eventualmente planeaba volver con él. Y algún día probablemente pagaría con su vida.

—Mantén los ojos abiertos. Llama al 9-1-1 en el momento en que los veas.

Ella asintió y luego miró hacia otro lado.

Dejé un billete de cien dólares en el mostrador, recogí la bolsa que ella había llenado con mis artículos y me dirigí hacia la puerta.

—Oye—, dijo ella.

Me volví hacia ella.

—¿No quieres tu cambio?

—Quédatelo.

Empujé la puerta. El aire frío me golpeó como un bate de béisbol. Las gotas de sudor se sentían como pequeños carámbanos mientras se secaban en mi piel. Crucé el estacionamiento en diagonal y seguí cruzando la calle. Cinco minutos después, el rugido de un motor diésel llenó el aire. No fue hasta que el sonido del motor bajó que me preocupé. El camión redujo la velocidad hasta casi detenerse a mi lado.

—Sí, ese es él—, dijo una voz desde el interior del taxi.

El camión avanzó dando bandazos. Las luces traseras rojas iluminaron el área inmediata cuando el camión giró hacia un lado y se detuvo con un chirrido frente a mí. Se abrieron cuatro puertas. Salieron cuatro hombres. Los dos paletos de pelo largo fueron los primeros en acercarse. Uno sostenía una escopeta. Mike rodeó el que estaba del lado del conductor del camión.

—Hola de nuevo—, dijo Mike. —¿Nos Recuerdas?

CAPÍTULO 13

Mike estaba en la parte trasera del camión, a dos o tres metros de mí. Tenía los ojos muy abiertos y el cuerpo ligeramente encorvado. Apretó y abrió los puños una docena de veces. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. El hombre del arma estaba a su izquierda, en el arcén. Los otros dos hombres avanzaron hacia el campo. Esperaba que uno se detuviera cuando estaba a mi altura y el otro continuara detrás de mí. Por supuesto, estos muchachos eran aficionados, lo que significaba que todo era posible.

Me mantuve firme. No daría el primer paso a menos que me obliguen a hacerlo. Sin embargo, algo me dijo que eso no sería un problema.

El pistolero se movió de un lado a otro. Estaba nervioso y el sudor le perlaba la frente a pesar de que una agradable brisa le soplaba aire fresco en la cara. ¿Era la primera vez que apuntaba con un arma a alguien? ¿O la primera vez que lo hizo con la intención de apretar el gatillo? De cualquier manera, me preocupaba. Tuve que eliminarlo primero.

El peso de mi Beretta presionando contra mi costado me tranquilizó. Aunque preferí no usarlo. No para esos tipos. Sólo me quedaban doce balas y tal como iba el día, estaba seguro de que las necesitaría antes de que saliera el sol.

—¿Bien? — dijo Mike.

No dije nada, manteniendo mi atención en él y el pistolero.

—Oh, vamos, cabeza de tarro—, dijo Mike. —¿No tienes nada gracioso que decir?

—No— dije. —Lo acabas de decir por mí.

—¿Eh?

Su sonrisa se desvaneció y me miró con los ojos entrecerrados. Parecía que luchaba por encontrarle sentido a lo que dije.

El pistolero no lo hizo. Una sonrisa irónica se formó en su rostro y sus ojos se movieron entre Mike y yo.

—Para cuando te des cuenta, estarás inconsciente. Por lo tanto, podría resultarte beneficioso concentrarte en la tarea que tienes entre manos.

El pistolero echó la cabeza hacia atrás y rio.

Al menos uno de ellos tenía sentido del humor, o tal vez había fumado suficiente marihuana como para que yo pudiera decir cualquier cosa y él se reiría. Pensé en probar esta teoría diciéndole algunas tonterías, pero tenía más sentido arrojarle un hombro en el estómago. Tenía dos segundos, tal vez tres, antes de que recuperara los sentidos y apuntara. Otro segundo como máximo entre que apunte y apriete el gatillo. A menos que realmente estuviera drogado, en cuyo caso, duplicaría esas veces.

El ancho del camión separaba a Mike y al pistolero. Mike estaba ligeramente detrás del parachoques y el pistolero cerca de la esquina.

Me lancé hacia el pistolero. Una mano apuntaba a la garganta y la otra al cañón del arma. Necesitaba desactivarlo y desarmarlo al mismo tiempo. Di dos pasos antes de que abriera los ojos. Mi puño izquierdo se estrelló contra el punto blando de su garganta casi al mismo tiempo que el reconocimiento apareció en sus ojos. Agarré el cañón del arma y lo giré para que su muñeca se doblara de forma antinatural hacia atrás.

El pistolero jadeó e hizo gárgaras en busca de aire. Se estabilizó colocando su brazo libre en el borde de la plataforma del camión.

Golpeé de nuevo con mi brazo izquierdo y le hundí el codo en la nariz. Le di una rápida patada a su rótula. Bajó y soltó la escopeta. Me giré y retrocedí hacia la carretera, apuntando con el arma al grupo de hombres que se acercaba a mí.

Mike estaba en el medio, flanqueado por los otros dos hombres. El pistolero rodó por el suelo a mi lado, agarrándose la garganta y aspirando todo el aire que podía exprimir para sus marchitos pulmones.

—No te muevas—, le dije.

La luna brillaba en la hoja del cuchillo de caza con filo dentado que Mike tenía en la mano.

—Suelta el cuchillo o perderás la mano—, dije.

—Que te jodan—, dijo.

Estudié su rostro. Su labio superior se curvó y su mejilla tembló. Parecía lo suficientemente loco como para atacarme con el cuchillo extendido. Tengo que tomar una decisión. Tomar el camión y acarrear el trasero, o disparar y agregarlo a mi ya inflado recuento de asesinatos. Apunté la escopeta y disparé al aire sobre sus cabezas.

El cuchillo cayó al suelo.

Vacié el arma y me acerqué a los hombres. Mike dio un paso al frente. Le clavé la culata del arma en el estómago y le di un golpe en la cabeza. Él cayó al suelo. Los otros dos hombres vinieron hacia mí juntos. Le di una patada al hombre de pelo puntiagudo en el estómago. Se dobló. Le golpeé la nuca con la culata del arma. El cuarto hombre sacó un cuchillo. Arrojé el arma a la caja del camión. Las probabilidades ya estaban en contra del hombre de pelo largo.

—Te voy a cortar, hombre—, dijo. —Entonces voy a abrirte el intestino.

Sus palabras sonaron duras. Pero sus espasmos y temblores revelaron lo asustado que estaba.

No perdí el tiempo. Di un paso hacia él. Paré su golpe hacia mí y tomé el control de su muñeca. Giré hacia adentro y le clavé el codo en el puente de la nariz.

Él gruñó y se quedó inerte. El cuchillo cayó al suelo. Me lancé hacia él y lo recogí.

Escuché una voz hablar detrás de mí. —Tú y yo.

Me di la vuelta y vi a Mike parado a dos metros de distancia, con un cuchillo en la mano. La sangre cubrió su frente y se dividió en tres líneas en sus cejas. Los chorros de sangre corrieron por su rostro. Se secó los ojos con la manga. La sangre le manchaba las mejillas.

—No quieres hacer esto—, le dije.

—¿Asustado?

—Por ti.

Él rio y luego escupió. —No me conoces, hombre.

—Claro que sí—, dije. —Sé todo sobre ti. Me he topado con perras como tú en todos los lugares donde he estado.

Él no dijo nada. Extendió el brazo y se abalanzó hacia mí.

Me hice a un lado y lo vi pasar y caer al suelo.

Mike se arrodilló y se giró mientras se levantaba. Se acercó de nuevo, esta vez lenta y cautelosamente.

Levantó las manos y giró el cuchillo que tenía en la mano hasta adoptar una posición táctica de lucha. El tipo de posición que enseñan en el entrenamiento de combate avanzado. ¿Había sido Infante de marina o en el ejército? ¿Es así como me identificó tan fácilmente? Él entró y me dio un golpe.

Contraataqué y jugué a la defensiva mientras él atacaba. Ya había recibido un par de golpes fuertes de mi parte. Podría tener algunas costillas rotas y una conmoción cerebral. Todo lo que tenía que hacer era desgastarlo y luego noquearlo.

Mantuve un ojo en sus amigos entre sus ataques. Sólo uno se movió, pero todavía no era una amenaza.

—Atácame—, dijo Mike. —Vamos.

No dije nada. Su ataque fue débil y fácil de contrarrestar. Podría haber tenido entrenamiento, pero fue hace mucho tiempo o no estaba muy avanzado.

Rompió el patrón y giró salvajemente, abriéndose a un contraataque. Aproveché la abertura y corté y luego apuñalé, primero en su costado y luego en su hombro. Tuve cuidado de evitar órganos y arterias importantes. A pesar de la abrumadora sensación de imbécil de este tipo, no quería que su muerte se cerniera sobre mí.

El golpe en su hombro le causó suficiente daño como para hacerle soltar el cuchillo.

Le di una patada por detrás. Se estrelló de cabeza contra la puerta del camión. Cayó al suelo. Se puso de rodillas y luego, usando la camioneta como ayuda, se puso de pie. Al principio estaba tembloroso y poco a poco se fue estabilizando.

Durante la pelea habían pasado coches. Algunos redujeron la velocidad, pero ninguno se detuvo para ayudar o intervenir. Uno de ellos debió avisar a la policía, porque oí sirenas que se acercaban.

Mike giró la cabeza ante el sonido. Él me miró y sonrió.

—¿A qué diablos estás sonriendo? — Dije.

—Estás cayendo, cabeza de tarro. Soy intocable aquí.

Levanté mis hombros una pulgada y dejé escapar una risa rápida antes de dar un paso adelante y golpearle la cara con mi puño derecho. El golpe de mi puño al conectar con su cabeza coincidió con el chasquido de su mandíbula al romperse. Cayó de nuevo sobre el camión. Su cabeza rodó hacia adelante. Sus ojos se pusieron en blanco hacia atrás. Se desplomó en el suelo frente a mí.

Miré por encima del hombro y vi luces azules reflejándose en el cielo. Mi señal para irme. Atravesé el campo y corrí hacia los árboles. Corrí a ciegas hasta que me oculté al amparo del bosque, y ni siquiera entonces mi ritmo disminuyó.

—¡JACK! —, DIJO JESSIE CUANDO ENTRÉ POR LA PUERTA. —¿QUÉ DIABLOS TE PASÓ?

Me miré en el espejo montado sobre la cómoda y noté cuatro cortes en mi cara y varios en mis brazos. Mi adrenalina había estado subiendo tanto que no me di cuenta de que había recibido las heridas mientras corría por el bosque.

—¿Jack?

Hablé entre respiraciones. —Salí a correr por el bosque.

Oso levantó la cabeza. —¿Por qué?

Me dejé caer en la cama y miré el techo teñido de amarillo.

Nadie habló.

Después de unos minutos me acerqué a la puerta y miré por la ventana de al lado. —Oso, ¿puedes ir al frente y ver si hay algún coche de policía por ahí?

—¿Coches de policía? — dijo él. —¿Qué diablos hiciste?

Crucé la habitación y me detuve frente a la puerta del baño. —Me asaltaron.

—Entonces, ¿por qué estabas corriendo?

—La policía estaba llegando.

—De nuevo, ¿por qué corriste? — Preguntó Oso.

—Algo que dijo el tipo—, dije. —Dijo que era intocable.

Oso negó con la cabeza. Se levantó y entró en mi campo de visión. —¿Qué pasó?

—Eso no es todo—, dije. —Me reconoció como Infante de marina.

Oso se encogió de hombros. Se encorvó y estábamos cara a cara. Asintió lentamente y cambió las expresiones faciales repetidamente, como si estuviera pensando en decir algo, pero estuviera atrapado buscando las palabras correctas.

—Simplemente ve a ver el frente—, le dije. Pero mantente fuera de la vista. Eran cuatro y sólo dos están lo suficientemente heridos como para ir al hospital.

Se dirigió a la puerta. Se volvió y asintió, luego salió. La puerta se cerró con un ruido sordo.

Miré a Jessie. Ella sonrió, pero su ceño fruncido la delató.

—Jess—, dije. —Lamento haberte involucrado en esto. No estaba pensando cuando paramos...

Ella me calló. —Me alegra que hayas aparecido.

—¿Estás bromeando? Tu vida podría estar arruinada. Está arruinada.

Cruzó la habitación y se paró frente a mí. Puso sus manos sobre mis hombros y se inclinó. Sentí su aliento caliente en mi cuello. —Mi vida ha estado arruinada desde que salí de la tuya.

Me recosté. Nuestros ojos se encontraron y se fijaron en esa mirada familiar. Rozó sus labios contra los míos y los acercó. Nos besamos. Mi estómago se tensó y se alivió. Me sentí transportado al pasado por un momento.

Ella se echó hacia atrás y pasó su mano por un lado de mi cara.

Hice una mueca cuando sus uñas cruzaron un corte en mi cara.

—Lo siento—, dijo, inclinándose para besar la herida.

—No duele.

Ella sonrió, se puso de pie y me agarró las manos, poniéndome de pie. —Vamos. Vamos a limpiarte.

Me puse de pie y nuestros cuerpos se presionaron momentáneamente. Ella sonrió y se volvió.

La seguí al baño y cerré la puerta detrás de mí. Abrió el grifo. La giré y la agarré por la cintura. La levanté sobre el fregadero y me incliné para besarla. Ella me devolvió el beso. Nuestras manos se redescubrieron. Me alejé.

—¿Qué ocurre? — ella preguntó.

—Oso—, dije.

—¿Por qué estás pensando en Oso? ¿No me digas que tenía razón acerca de ustedes dos? Una sonrisa se formó en sus labios mientras me guiñaba un ojo.

Agarré sus manos y las junté, apoyándolas sobre mi pecho. —Regresará en cualquier momento.

—Sácalo de nuevo.

—Demasiado arriesgado. Este lugar no es seguro.

Ella suspiró y se inclinó hacia adelante, colocando su cabeza en mi hombro y sus labios contra mi cuello. —Deberíamos haber alquilado dos habitaciones.

Di un paso atrás y le levanté la barbilla con el dedo. Nos miramos a los ojos por unos momentos.

—Tengo que arreglar esto—, dije.

—¿Arreglar qué?

—Esta situación. Tengo que limpiar nuestros nombres. Algo apesta y necesito llegar al fondo del asunto. Pero lo arreglaré, lo prometo.

Se metió el labio inferior dentro de la boca y dejó que lentamente saliera de debajo de los dientes frontales.

—¿Eso es todo lo que hay que arreglar?

Me incliné y la besé de nuevo. —También quiero arreglarnos.

Ella sonrió.

—Ya terminé. Después de esto, se acabó con los Marinos, la agencia, la vida—. Me di la vuelta y caminé hacia la puerta. Me detuve y la miré. —Quiero volver a casa contigo.

—¿DÓNDE HAS ESTADO? — LE DIJE A OSO CUANDO ABRIÓ LA PUERTA Y REGRESÓ A LA habitación.

—Relájate—, dijo. —Solo comprobando las cosas.

—¿Cómo están?

—Parece tranquilo—, dijo. —Pero la policía está por todas partes, arriba y abajo de la calle, Jack. Deberíamos pensar en salir de aquí.

Fui a la puerta. —Estoy llamando a Abbot.

El viento había aumentado desde que regresé corriendo al motel. La hierba alta detrás del motel susurraba con la brisa, llenando el aire con un silbido. Seguí la pared hasta una esquina y miré a mi alrededor. Vacío. Me adentré en el pasillo entre los edificios para poder ver el estacionamiento, que también estaba vacío. Saqué mi teléfono celular y encontré el número de Abbot. Respondió a mitad del tercer timbrazo.

—¿Hola? — Dijo Abbot. Su voz ronca indicó que lo había despertado.

—Es Jack—, dije. —Lamento despertarte. Estamos en problemas.

—¿Dónde estás?

—Estamos... — Me debatí entre si debería decírselo o no. No lo hice. —No te preocupes por eso—, le dije. —Tenemos que movernos. Pero primero necesito consultarte algo.

Gruñó al teléfono. —¿Dónde están mis malditas gafas? —, dijo en voz baja. —Jack, ¿recuerdas la casa del lago?

—¿A las afueras de Wilson?

—Sí.

—Creo que puedo encontrarla.

Wilson, Carolina del Norte, no estaba muy lejos de donde estábamos, a solo un corto trayecto en auto por la I-95, ni siquiera a cincuenta kilómetros de distancia.

—Ahí es donde estoy ahora. Ven aquí. Tengo algo más para ti.

—Está bien—, dije. —Estaremos allí en una hora.

Abbot se despidió y colgó.

Guardé el teléfono en mi bolsillo. Me detuve frente a la habitación del motel y me apoyé en el revestimiento de vinilo entre la puerta y la ventana. Pensé en Jessie y en lo que podría estar pensando. Tenerla cerca me hacía sentir como en casa y me sentía yo mismo otra vez. El Jack

Noble que era antes de irme a la Infantería de Marina, antes de aceptar formar parte de este maldito programa conjunto con la CIA, antes de convertirme en un asesino.

El viento azotó las nubes a través del cielo y reveló un dosel azul con poros de luz de las estrellas iluminando a través de la estructura del universo. Me cansé del frío y entré a la habitación.

—¿Bien? — Preguntó Oso.

—Está cerca—, dije. —Podemos ir. Es un lugar seguro.

Oso asintió y Jessie se paró junto a la puerta, con la mano en el pomo.

Nos subimos al Tahoe. Puse el motor en marcha y conduje por la estrecha carretera que recorría todo el motel entre el edificio y el campo vacío. Doblé la esquina y crucé el estacionamiento principal. Salí a la carretera y me dirigí hacia la I-95.

—¿Crees que es seguro tomar la interestatal? — Preguntó Oso.

Me encogí de hombros. Puede que no lo fuera, pero esa era la manera más rápida que conocía de llegar a donde necesitábamos ir. —Estaremos bien.

Una hilera de luces azules vino hacia nosotros por el carril opuesto. Dirigí mi atención al espejo retrovisor después de que pasaron.

—¿Crees que van al motel? — Preguntó Oso.

—Sí—, dije.

—¿Cómo?

—Ni idea.

Mi teléfono sonó, lo saqué de mi bolsillo y miré la pantalla.

—General Keller.

Empecé a responder, pero me detuve y miré a Oso. Keller tendría que esperar.

—El teléfono.

Lo dijimos al mismo tiempo.

—Por el amor de Dios—, dije.

Detuve el auto, salí y tiré el teléfono lo más lejos que pude. Aterrizó al otro lado del paso elevado con un ruido sordo, patinó sobre el asfalto y se perdió de vista.

CAPÍTULO 14

Árboles altos rodeaban la casa del lago de Abbot por los cuatro lados. Un camino sinuoso de grava y un sendero sencillo hacia el lago proporcionaban la única ruptura en el espacio. Los árboles mantuvieron alejado el viento. A pesar del aire fresco, se me formó sudor en la frente cuando me paré en el porche y llamé a la puerta.

La luz del porche se encendió y la puerta se abrió. Abbot asintió y dio un paso atrás, indicándonos que entráramos.

Escaneé la habitación. No muy diferente de la última vez que estuve aquí. Dos sofás de cuero oscuro de tamaño completo estaban colocados en el medio de la habitación, uno frente al otro. Entre los sofás se colocó una mesa hecha con el ancho tronco de un árbol. Un viejo sillón reclinable se encontraba en un rincón de la habitación. Un gran televisor de pantalla plana colgaba de la pared. Eso era nuevo.

Abbot me pilló mirando la televisión. —Eso fue un regalo. Una vez que todos se enteraron, todos quisieron venir aquí los domingos para ver el partido—. Él sonrió y sacudió la cabeza. —¿Puedo ofrecerles algo a todos? ¿Comida? ¿Algo de beber?

—Tomaré una cerveza—, dijo Oso. —No puedo negar que necesito una.

Abbot desapareció por una abertura que daba a la cocina.

Oso y Jessie se sentaron en sofás opuestos. Me quedé junto a la puerta principal.

Abbot regresó unos minutos más tarde con un paquete de seis cervezas y una caja de pizza. El humo se escapaba por donde se unían los bordes del cartón. El olor a queso, tomates y masa flotaba en el aire. Dejó la cerveza y la caja de pizza sobre la mesa del tronco del árbol. Luego abrió la caja y señaló hacia ella.

—Llegó aquí unos minutos antes que ustedes tres. Coman lo que quieran—. Se sentó en el mismo sofá que Jessie, recostándose en el rincón y colocando los pies sobre la mesa. —Tengo dos habitaciones libres. Repártanlas como mejor les parezca—. Sus ojos pasaron de mí a Jessie y luego de nuevo a mí. Él sonrió.

Jessie me miró y sonrió también.

—No sé cuánto puedo dormir—, dije. —Una vez que todo esto termine, probablemente pasaré una semana en la cama.

Oso rio. Con la boca llena de pizza, dijo: —Dices la verdad, Jack.

Abbot sonrió con los labios apretados. Cruzó y descruzó los brazos. Sus expresiones faciales cambiaban con frecuencia y fruncía el ceño mientras apretaba los labios. Lo sorprendí mirándome varias veces y, en lugar de mantener contacto visual, apartaba la mirada.

—Necesitamos hablar—, dije.

Abbot asintió y puso los pies en el suelo. Apoyó una mano en el brazo del sofá y se levantó.

—Sígueme a mi estudio.

Oso dejó caer medio trozo de pizza en la caja y se inclinó hacia adelante para levantarse.

—Quédate aquí—, dije mientras extendía mi mano hacia él. —Quédate con Jess.

Oso se encogió de hombros, agarró su pizza y se reclinó en el sofá.

Seguí a Abbot fuera de la habitación y por un pasillo. No dijimos nada. Cuando llegamos a un conjunto de seis escaleras, se giró y las subió. Yo hice lo mismo. Llegó a la cima y encendió una luz.

—La habitación es nueva—, dije.

—Sí—, dijo. —Lo construí el año pasado. Mi estudio—. Mezcló algunos papeles sobre su antiguo escritorio de madera de cerezo. —Clarissa la llama la habitación de mi abuelo—, añadió.

—¿Es así? —, Dije. —¿Ella tiene un hijo ahora?

Sacudió la cabeza y miró hacia su escritorio por encima de sus brazos cruzados sobre su pecho. Luego se reclinó en su silla de cuero.

—No, y prefiero que lo mantenga así. Esa niña no tiene por qué criar a un niño en este momento de su vida. No después de haber sido criada por mí.

—¿Cuantos años tiene ahora?

—Diecinueve.

Saqué la llave adjunta al mosquetón de mi bolsillo y la arrojé sobre su escritorio.

—Eso es lo que obtuve de tu contacto.

Abrió un cajón del escritorio y metió la mano.

Luché contra el impulso de alcanzar mi arma.

Levantó los ojos en mi dirección mientras mantenía su rostro apuntando hacia abajo.

—Acabo de conseguir mis gafas, Jack.

Asentí y me recosté en mi silla.

Sacó un par de finos anteojos con montura dorada del cajón del escritorio y se los puso. Se deslizaron por su nariz y los reajustó con el pulgar. La llave estaba sobre un bloc de notas blanco. Lo recogió y lo estudió.

—¿Para qué es esto? — preguntó.

—No lo sé. Una bala le atravesó la cabeza antes de que pudiera decírmelo—. Me incliné hacia delante, entrelacé los dedos y apoyé los codos en las rodillas. —Esperaba que lo supieras.

Abbot sacudió la cabeza y me arrojó la llave. —¿Qué crees que abra?

—¿Lo qué sea que guarda los documentos? Mire, Abbot, no sé qué contienen estos documentos, pero debe ser algo pesado para que alguien elimine a Delaney de esa manera. Sin mencionar que me siguieron hasta aquí.

Abbot enarcó una ceja. —¿Te encontraron aquí abajo?

Sacudí la cabeza, me detuve y me encogí de hombros. —No puedo estar seguro. Salí. Me encontré con unos bravucones. Uno de ellos me pareció extraño. La forma en que me identificó como Infante de marina y dijo que era intocable.

Los ojos de Abbot se entrecerraron. Sacó su teléfono celular y lo colocó sobre el escritorio.

—Esa es otra cosa—, dije. —Estoy bastante seguro de que me estaban rastreando a través de mi teléfono.

Se sentó. —No lo trajiste aquí, ¿verdad?

—No. Lo descarté antes de regresar a la interestatal.

Abbot cogió el teléfono y lo hizo girar en la palma de su mano. —Necesito que esperes fuera de la habitación unos minutos, Jack. Necesito hacer una llamada.

Me puse de pie. —Antes de que me vaya…

—¿Sí?

—¿Ya hablaste con Keller? Finalmente me devolvió la llamada, pero fue entonces cuando me di cuenta de que me estaban rastreando por teléfono.

—No, todavía no he sabido nada de él. Podemos llamarlo después de que haga esta llamada.

ESPERÉ EN EL PASILLO, A MEDIO CAMINO ENTRE EL ESTUDIO DE ABBOT Y LA SALA DE ESTAR. OSO y Jessie hablaban en voz baja entre bocados de pizza y tragos de cerveza. La calefacción se apagó y la casa quedó en silencio. Me recosté contra la pared y cerré los ojos. Me sentí tranquilo y relajado. Por primera vez en días sentí que podía tumbarme en el suelo y dormir seis horas seguidas.

Caminé por el pasillo. Le sonreí a Oso desde el final, me di la vuelta y caminé en la otra dirección. Una serie de cuadros en un solo marco colgaban ordenadamente en medio del pasillo. La mayoría eran de la hija de Abbot, Clarissa. Las imágenes eran una cronología de su crecimiento. Habían pasado tres años desde la última vez que la vi. Había superado la etapa de adolescente desgarbada y parecía una mujer. La mitad de las fotografías eran de entonces o anteriores. La última foto parecía ser la más reciente y ella parecía ya bastante mayor. Su cabello rojo brillante se había oscurecido y las pecas de sus mejillas y nariz se habían desvanecido.

Oso llamó desde la otra habitación. Caminé por el pasillo hacia el sonido de su voz. Treinta segundos después de que entré a la sala escuché un estrépito y el sonido de un vidrio rompiéndose. Me quedé inmóvil durante lo que parecieron minutos. Me di vuelta para correr por el pasillo. Un disparo sonó y resonó por toda la casa.

—Aléjala de las ventanas—, le grité a Oso.

Corrí por el pasillo, saqué mi arma y abrí la puerta del estudio de una patada. Inmediatamente rodé hacia mi derecha y retrocedí hasta la pared al lado de la puerta abierta. Fui con mi Beretta y miré por la esquina, escaleras arriba.

—Abbot—, llamé.

Él no dijo nada. Todo estaba en silencio y una brisa fresca entraba por la puerta abierta.

Di cada paso lentamente, uno a la vez. Una vez que los ojos estuvieron a la altura del suelo, escudriñé la habitación. La única persona que vi fue Abbot. Estaba en el suelo frente a su escritorio. Miré a la pared y vi la ventana rota. Un agujero irregular en el medio me indicó que lo más probable es que el pistolero se hubiera parado fuera de la ventana, metió su arma y disparó. ¿Cuánto tiempo había estado esperando ahí fuera por la foto perfecta? ¿Estaba allí cuando yo estaba en la habitación, de espaldas a la ventana? Pasé mi mano por la nuca.

Abbot yacía en el suelo. Sus ojos parpadearon. Su respiración era corta y rápida. La sangre se acumuló debajo de él, goteando por un agujero en su pecho.

—Jessie—, llamé desde las escaleras y a través de la puerta abierta.

Caminé hacia la ventana. Una medida arriesgada, dado que afuera estaba completamente oscuro y adentro había luz. Sin embargo, quienquiera que haya hecho esto no se quedó. Si me estuvieran buscando habrían asaltado la casa. Tuve la sensación de que esto era un golpe para Abbot.

Y fue mi culpa.

Oso y Jessie entraron a la habitación.

—Apaga las luces de abajo y enciende todas las luces exteriores que puedas encontrar, Oso.

Jessie se inclinó sobre Abbot y ejerció presión sobre la herida. —Llama al 9-1-1.

Caminé de regreso hacia Abbot y me arrodillé junto a su cabeza.

Aspiró aire, balanceó la cabeza unos centímetros y trató de hablar. Su boca trabajó duro para formar las palabras.

—Jack.

Me incliné cerca de su cabeza.

Dio dos breves jadeos.

—E-E-Encuentra a C-Clarissa—. Hizo una pausa para tomar más aire. —Cuídala por…— Las palabras se fueron apagando.

Tomé su mano entre las mías y acuné su cabeza con la otra. —Lo haré, coronel.

—E-el escritorio.

Su cuerpo se aflojó.

—Ayúdame a realizar Reanimación—, dijo Jessie.

Me puse de pie, miré alrededor de la habitación y luego al escritorio.

—Jack—, dijo.

—No tiene sentido, Jess. Míralo.

Ella me ignoró y se puso a trabajar intentando revivir a Abbot. Las palabras “causa perdida” no significaban nada para ella.

Pasé por encima de ella, fui al fondo de la habitación, me detuve y me paré detrás del escritorio de Abbot. ¿Qué quería que encontrara allí? Revisé cada cajón uno por uno sin saber qué buscar. Los cajones estaban organizados y cada uno tenía su propio propósito. Uno tenía bolígrafos, marcadores, clips y otros útiles de oficina. Dos estaban vacíos. El tercero contenía algunas carpetas que contenían documentos relacionados con la propiedad. No había ningún archivador real. La casa servía como casa de fin de semana de Abbot y probablemente hizo muy poco en términos de trabajo mientras estuvo aquí.

Mis ojos escanearon el escritorio. De un lado a otro busqué cualquier cosa que no estuviera allí cuando me senté frente a Abbot frente al escritorio. Nada parecía fuera de lo común. Estaba el monitor de su computadora, algún tipo de premio, su calendario de escritorio y una foto de Abbot y Clarissa cuando ella era una niña. Él sostenía dos cañas de pescar y ella sostenía una lobina negra de buen tamaño.

Jessie se levantó del otro lado del escritorio. Sus manos cubiertas de sangre colgaban a sus costados. Las mejillas manchadas de lágrimas estaban rojas de frustración. Ella sacudió la cabeza y miró al suelo. Sopló hacia arriba para quitarse un mechón de pelo de la cara.

—Lo siento, Jack.

—Lo sé. No podías hacer nada, Jess. Esto es mi culpa.

—No, Jack. No digas eso.

—Yo lo llamé. Nos presentamos. Media hora después está muerto. Es difícil ignorar el maldito patrón.

Ella no dijo nada. Sus ojos escanearon el escritorio.

—Necesito llevarte a un lugar seguro. Estás en peligro conmigo.

—¿Qué estás buscando? — preguntó, ignorando todo lo que acababa de decir.

—Él dijo, “el escritorio'” —. Señalé el escritorio de seis pies de largo y tres pies de ancho. — Así que estoy mirando en el escritorio.

—¿Tal vez dentro del escritorio?

Negué con la cabeza. —Lo comprobé. No hay nada que tenga sentido allí.

Ella comenzó a hablar y se detuvo después de soltar un sonido de *ah*.

—¿Qué es?

Ella dudó y se mordió el lado izquierdo del labio inferior. Levantó la cabeza e inició contacto

visual. —202.

—¿Qué?

Extendió la mano y señaló el calendario.

—202.

Seguí su mano. Allí estaba, 202, seguido de un guion, tres números más y otro guion seguido de tres números más.

—202 es D.C. —, dijo. —Es un número de teléfono. Falta un dígito, pero sigue siendo un número de teléfono.

—Y un nombre—, dije. "Mira. —Puse mi dedo en el calendario al lado del nombre y el número. —Conners.

—¿Quién es ese? — Preguntó ella.

—No lo sé—, dije. —Se trata de con quién estaba hablando Abbot o a quién se refería.

Jessie asintió.

—Necesito encontrarlo—. Arranqué la sección del calendario con el nombre y el número y la metí en mi bolsillo, luego le hice un gesto a Jessie para que me siguiera.

Oso nos recibió en la sala de estar. —Deberíamos irnos, Jack.

Asentí. Tenía la sensación de que la policía aparecería pronto. Quien haya hecho esto intentaría incriminarme. En ese momento mis huellas estaban por toda la casa y no tuvimos tiempo de limpiar.

—Enciende el auto—, le dije. —Voy a echar un vistazo rápido a mi alrededor.

Oso corrió hacia la puerta. Sus pesados pasos resonaron en el suelo. Salió de la casa.

—¿Debería salir? —preguntó Jessie.

—Quédate conmigo—. La llevé a la cocina. —Busqué agua embotellada y comida que podamos llevar con nosotros.

Ella rebuscó en la cocina mientras yo revisaba la mesa, los cajones y los armarios. Un teléfono colgado en la pared. Había un trozo de papel detrás de un trozo de plástico encima del teclado numérico. El documento contenía algunos nombres y números. Mi nombre estaba allí, al igual que el de Keller. Aunque eso no era lo que estaba buscando. En lo alto de la lista estaba el nombre de Clarissa. Junto a su nombre había un número de teléfono 212. Nueva York. Saqué el plástico del teléfono, agarré el trozo de papel y lo metí en el bolsillo. Miré por encima del hombro. Jess no pareció darse cuenta.

—Podemos irnos—, dije.

Salí de la cocina con Jessie siguiéndome.

Oso estaba en la puerta abierta bloqueando nuestra salida al exterior.

—¿Todo está bien? — Pregunté.

—Sí—, dijo.

—Vámonos entonces.

—Está muy bien, Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Si hicieras esto, ¿no le harías algo al auto?

Me encogí de hombros. —Sí, es lo más probable.

—No lo hicieron.

—¿Qué estás pensando, Oso?

—Ni siquiera pincharon un neumático para detenernos.

No dije nada. El cerebro de Oso estaba procesando esto en partes. No estaba seguro de adónde iba con eso.

—Casi esperaba que el auto explotara cuando lo encendí.

—Pero no fue así.

—Sí, lo sé—. Dio media vuelta y cruzó el porche.

Agarré la mano de Jessie y la llevé afuera con mi arma en la mano. El lado del pasajero del coche estaba protegido del bosque. Le abrí la puerta trasera y luego corrí por la parte delantera de la Tahoe y me senté en el asiento delantero. Puse el auto en marcha y conduje por el camino de grava en la oscuridad.

—¿Luces? —preguntó Jessie.

—No hasta que estemos en el camino—, dije. —Podría ser una emboscada.

—Lo habrían hecho adentro—, dijo Oso.

Asentí. —No voy a correr ningún riesgo.

Entré en la carretera y conduje un kilómetro antes de encender los faros. Continué por la I-95 y tomé la rampa de entrada en dirección norte.

Pasó media hora sin que se dijera una palabra.

—¿Jack?

Miré a Oso. Mantuvo su brazo derecho apretado contra su pecho.

—¿Cómo está el hombro? — Pregunté.

—Duele. Creo que se salieron los puntos. Está sangrando.

Me concentré en la carretera que tenía delante, en un flujo constante de coches en líneas estrechas que se dirigían al noreste hacia el sol naciente. El cielo cambió de azul oscuro a azul claro, a violeta y naranja cuando el sol se asomó por el horizonte. Observé el amanecer. Los colores calmaron mi mente.

—¿Qué diablos está pasando, Jack?

Busqué en mi mente la respuesta.

—No tengo ni idea.

—¿Todo esto por darle una paliza a un par de malditos agentes de la CIA?

—La gente está muriendo. Estamos siendo incriminados. Va más allá de eso Oso.

—Mataron a esa familia—. Hizo una pausa y miró por la ventana. —Maldita sea, los detuvimos y aun así mataron a esa familia. Pequeños niños. La esposa.

No dije nada. Había estado en mi mente todo el tiempo. Me sentí responsable. Quizás Martínez no tenía intenciones de lastimar a la familia. Pero intervine y firmé sus certificados de defunción al hacerlo.

—Tal vez sea así de simple—, dijo Oso. —Tal vez algún otro grupo mató a la familia porque tenían miedo de que la familia hablara con nosotros. Es bastante fácil culparnos.

La idea ya se me había pasado por la cabeza. Pero era demasiado simple, demasiado limpio. Eso sería fácil de refutar. —No explica lo de Delaney y Abbot. Algo más está sucediendo aquí. Alguien o algún grupo está detrás de esto. Y hay una maldita razón. Estamos a punto de descubrir algo y a alguien no le gusta eso.

Oso reclinó su asiento hacia atrás y cruzó el brazo izquierdo sobre el derecho. —¿Ahora qué?

—Me voy a D.C.

—¿Deberíamos estar allí en qué, cinco horas?

—Nosotros no. Sólo yo.

—Como el infierno. Voy contigo.

—Mírate. Me pesarás—. Odié decirlo. Si tuviera que huir, Oso sería un lastre. —Además, necesito a alguien que cuide a Jessie.

—Que te jodan, Jack.

CAPÍTULO 15

Dejé a Oso y Jessie en un hotel en Petersburgo, Virginia, y cambié el Tahoe por un auto de alquiler en las afueras de Richmond. Más de una vez se me pasó por la cabeza que la Tahoe podría haber tenido micrófonos ocultos. Era arriesgado conducir la Tahoe hasta donde lo hice. Pero me imaginé que quienquiera que estuviera detrás de mí había demostrado una y otra vez que esperarían hasta que estuviera instalado en algún lugar antes de atacar. ¿Por qué ahora sería diferente? Además, todavía no estaba seguro de que nos hubieran seguido hasta casa de Abbot. El ataque a Abbot podría haber estado en marcha mucho antes de que nos dijera que fuéramos a su casa en el lago. Eso tenía sentido. El golpe había sido planeado antes de que él hablara conmigo. De lo contrario, ¿por qué no enviar un equipo y eliminarnos a todos?

Me detuve en una tienda y compré un teléfono prepago, luego regresé a la I-95 en dirección norte hacia Washington, D.C. El sedán me proporcionó un viaje más suave que el Tahoe. Me sorprendí quedándome dormido más de una vez.

Salí de la interestatal en Springfield, Virginia y me detuve en el primer hotel que encontré. Pagué en efectivo por una estadía de dos noches. El hotel no era lujoso, un lugar de dos pisos con entradas exteriores a cada habitación. Conduje hasta el otro extremo y subí un tramo de escaleras hasta la habitación 228. Pasé la tarjeta verde programada a través de la cerradura y la puerta se abrió con un clic. Entré en la habitación. A mi derecha había un baño. A la izquierda, un espejo de cuerpo entero seguido de un armario poco profundo. Una cómoda con un televisor apoyada contra una pared. Frente al tocador había una cama de tamaño matrimonial. Al otro lado de la cama había una mesa redonda con dos sillas.

Saqué el teléfono prepago y el papel rasgado con el nombre Conners y el número de teléfono al que le faltaba un dígito escrito. La sangre manchó el papel. La sangre de Abbot. Apreté la mandíbula mientras la ira se acumulaba dentro de mí. Empecé a marcar el número y me detuve después del noveno dígito. Intenté decidir qué número presionar a continuación. Mi dedo se deslizó sobre el botón etiquetado con el número cinco. En lugar de presionar el botón, cerré el teléfono. Una vez que escuchara una voz al otro lado de la línea, tendría que actuar según la información que me diera. Ahora necesitaba dormir. Claro, me habían entrenado para operar en situaciones de falta de sueño, y así era desde que salí de la pequeña casa en Irak. Pero ahora necesitaba toda la cohesión y claridad que pudiera reunir.

Me quité la ropa y la colgué sobre una de las sillas al lado de la mesa. Dejé mi arma en la mesa de noche y me acosté. Caí dormido en cinco minutos.

Desperté en una habitación oscura. Me tomó unos momentos recordar mi ubicación y por qué estaba allí. Me senté y me volví para mirar por la ventana. La luz del sol que penetraba entre los pliegues de las cortinas había desaparecido. Bajé las persianas y vi que afuera también estaba oscuro. Cogí mi reloj. Siete de la tarde. Descarté el estallido inicial de ira y respiré

profundamente. Siete horas de sueño resultarían beneficiosas. Había un bolígrafo y una libreta junto a mi arma en la mesa de noche. Agarré los tres y me acerqué a la mesa. Mi estómago gruñó. Me incliné y miré a través de las cortinas. Un restaurante mexicano de al lado me hizo salivar la boca.

Me vestí rápidamente y salí de mi habitación. Crucé el estacionamiento y entré al restaurante. Pedí comida para llevar y regresé a la habitación para comer.

Cogí el bolígrafo y escribí Conners en la parte superior del cuaderno. Debajo escribí el número de nueve dígitos y debajo escribí los números del cero al nueve en orden. Mi dedo había rondado cinco antes de acostarme a dormir, así que decidí empezar con ese.

Una voz ronca contestó el teléfono a mitad del primer timbre. —¿Hola?

—¿Es este Conners?

—¿Quién es?

—Es, eh, un amigo del coronel.

—Conozco a muchos coroneles. ¿Cuál?

Me arriesgué. "El que ahora está muerto".

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Finalmente, el hombre habló. —Cristo.

—Primera suposición. Qué sorpresa—. Después de una pausa agregué: —Yo estaba en la casa cuando lo asesinaron.

—Está bien, entonces tú eres quien creo que eres y yo soy quien tú crees que soy. Tosió. —No deberíamos decir mucho más por teléfono.

—Concuerdo. ¿Dónde puedo reunirme contigo?

—*Carlitos*, es un... ¿sabes cómo moverte por la ciudad?

—Lo suficientemente bien.

—Calle 19 con I. No te puedes perder.

—Estás seguro…— Busqué las palabras correctas. —Escucha, Conners. La gente está muriendo donde quiera que vaya. Tengo la sensación de que me están incriminando. Pero ¿tú... es este lugar seguro?

—Lo es, y tú lo eres. Nos vemos esta noche a las nueve y media.

Se cortó la comunicación. Cerré el teléfono y lo dejé sobre la mesa. Me levanté, corrí las cortinas que cubrían la ventana y estudié el estacionamiento. El aparcamiento del hotel estaba inmóvil. Unos cuantos coches iban y venían mientras las familias salían a trompicones del restaurante y otros entraban para ocupar el lugar de los que acababan de salir. El ciclo de la vida, en cierto modo.

No estaba seguro de Conners. La naturaleza cautelosa de nuestra llamada telefónica y la reacción ante la muerte de Abbot me hicieron pensar que estaba de mi lado o que era un buen actor. Aparte de Oso, el general Keller era la única persona en la que podía confiar. Pero tendría que darle a Conners el beneficio de la duda. Si la reunión resultara ser una traición, estaría preparado.

DEJÉ MI AUTO EN EL ESTACIONAMIENTO DEL HOTEL Y CAMINÉ DOS CUADRAS HASTA LA ESTACIÓN del Metro. No quería correr el riesgo de perder el coche de alquiler en la ciudad si las cosas salían mal. Nadie sabía que estaba aquí en Springfield, y estaría feliz de dejarles asumir que me quedé en algún lugar de la ciudad. El viaje en tren duró media hora. Me bajé en la estación de metro Farragut West. Algunos pasajeros salieron del tren antes que yo. Los seguí por la estación,

manteniéndome cerca de un grupo de dos hombres y una mujer. Subí las escaleras y salí a la esquina de las calles 17 con I. Me tomé un momento para orientarme. Al otro lado de la calle estaba el Parque Farragut, de una manzana de largo y media manzana de ancho. El parque dividía los carriles norte y sur de la calle 17.

Caminé dos cuadras hacia el oeste, lejos del parque, y encontré *Carlitos*. Los cristales tintados del restaurante hacían imposible ver el interior. Crucé la calle y caminé hasta la entrada. Un letrero de neón azul formaba la imagen de una copa de Martini con el nombre del restaurante al lado. Abrí la puerta y entré. Un hombre con traje negro y corbata morada se paró detrás de un púlpito de madera y preguntó mi nombre.

—Voy a reunirme con alguien.

—¿Nombre de la persona con la que te reunirás?

No respondí. Mis ojos escanearon las mesas ocupadas en el restaurante. Ocho parejas, cuatro familias, una mujer comiendo sola y atrás un hombre soltero. Caminé hacia el hombre soltero.

—Señor, no puede hacer eso.

Miré por encima del hombro. —Lo encontré. Está todo bien—. Continué caminando, ignorando sus protestas.

El hombre sentado a la mesa miró alrededor de la habitación. Su cabeza se detuvo cuando me vio y su espalda se enderezó. Parecía tener unos cincuenta y tantos años, tal vez más. Pelo corto y gris y barba gris enmarcaban su rostro. Llevaba un suéter azul y pantalones color canela. Se puso de pie cuando llegué a la mesa.

—Noble—, dijo.

—Conners.

Me senté en el banco de cuero acolchado frente a él. Un tabique de madera y vidrio nos separaba de la mesa detrás de mí.

—¿Hambriento? — Señaló con la cabeza al camarero que estaba al lado de la mesa.

—Café—, le dije al camarero.

Conners esperó un momento y luego dijo: —Cuéntamelo desde el principio.

—Tengo la sensación de que ya lo sabes.

—Eso puede ser cierto, pero necesito escuchar tu versión.

—¿Por qué no me cuentas tu versión?

—Podemos ir y venir toda la noche, Noble. Pero si quieres mi ayuda, empezarás desde el principio.

—¿Qué tipo de ayuda puedes brindarme?

—Mas que suficiente.

—¿Sabes a dónde lleva esto?

—Creo que lo hago.

—¿Crees o sabes?

Conners suspiró y sacudió la cabeza. —Tú no eres quien toma las decisiones aquí, Jack. Por favor, trabaja conmigo.

Estudié el rostro del hombre. Sus ojos azules no vacilaron. Inclinó ligeramente la cabeza hacia abajo y arqueó las cejas. Un brazo y dedos extendidos se acercaron hacia mí. Parecía que realmente quería ayudar. No tuve más remedio que confiar en él, así que comencé desde el principio. Le hablé de los primeros seis meses en Irak, cambiando entre diferentes equipos de operaciones, cada vez con menos responsabilidad. Le conté sobre la familia y el comportamiento de Martínez y luego le conté la escena en la calle cuando Oso y yo fuimos acosados por un grupo de hombres iraquíes.

—¿Ser atacado tan cerca de la casa no sería algo que podría haber resultado en represalias por tu parte? —preguntó.

—¿Porque dices eso?

—Estaban listos para matarte.

—No— dije. —Estaban defendiendo su territorio.

Se encogió de hombros y continué contándole los acontecimientos en orden, tal como los recordaba. De vez en cuando me detuvo para hacerme una o dos preguntas, pero la mayor parte del tiempo asentía mientras me escuchaba recitar los acontecimientos de los últimos días.

El camarero regresó a la mesa con mi taza de café mientras le contaba a Conners sobre el asesinato de Abbot. Tuve que detenerme a mitad de la frase. Bajé mi voz a un nivel más alto que un susurro después de que el camarero se fue.

Exhaló ruidosamente después de que le di mi versión del asesinato de Abbot.

—Menuda historia, Jack.

—Es más que una historia.

—Lo sé.

—Tu turno. Cuenta.

Miró alrededor del restaurante.

—No sé cuánto puedo decir. Aquí dentro—. Se encogió de hombros. —Ahora.

No dije nada y le lancé una mirada que decía que sería mejor que hablara.

—Oye, ¿no te preocupa que te descubran? Tu maldita foto estuvo en toda la televisión y en los periódicos de aquí.

—Foto de archivo mía en uniforme—. Pasé mi mano por mi cabello. —No se parece a mí con este pelo y barba.

Conners se encogió de hombros.

Esperé a que hablara mientras comía unos bocados del filete y lo pasaba con la cerveza ámbar frente a él.

Encendí un cigarrillo.

—Este es un restaurante para no fumadores—, dijo con la boca llena de bistec mientras se inclinaba hacia adelante y escaneaba el restaurante para asegurarse de que nadie me viera encendiéndolo, como un vigía en una habitación de chicos en una escuela secundaria.

—No me importa.

—Está bien—, puso el tenedor y el cuchillo en el borde del plato, —hablaré.

Esperé.

—Delaney—, dijo. —Él te dio algo, ¿verdad?

Asentí, no dije nada.

—¿Te dijo a dónde ir ahora?

—Una bala lo detuvo.

—No era tuya, ¿verdad?

Ladeé la cabeza y no respondí.

—Bien, lo sé. Bien, entonces… Delaney, te dio algo que lleva a algo más—. Él levantó una ceja, esperando una respuesta.

Asentí.

—¿Solo que no sabes a dónde lleva lo que él te dio?

Esperé a que continuara. Cuando no lo hizo, respondí: —Así es. Eso es lo que te dije hace unos minutos.

—Está bien, está bien, Jack. Sólo me estoy asegurando...

—Déjate de tonterías, Conners. Por lo que sabemos, alguien está veinte minutos detrás de mí y va a abrir fuego aquí dentro de unos minutos.

Un par de comensales se detuvieron en mitad de la conversación y me miraron.

Sonreí y saludé.

—Somos actores. Sólo ensayando líneas.

Sacudieron la cabeza y volvieron a sus conversaciones.

—Maldita sea, Jack. Cálmate. Déjame ser minucioso.

Me había cansado de ser minucioso. Quería nombres. Quería razones. Nada de esa basura de "confirma que hiciste esto y aquello" con la que me seguía alimentando.

—Greyhound—, dijo.

—¿La línea de autobús?

—Sí, la llave va a un casillero en la estación Greyhound.

—¿Qué hay ahí?

Conners apretó la mandíbula. Los músculos gruesos trabajaron en la espalda y apretó los labios. —No lo sé con seguridad.

—¿Quién está ahí?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Trabajaste con Delaney?

—Sí.

—¿Para quién trabajas?

—No puedo decirte eso.

Tomé un sorbo de café. —¿Por qué no puedes decírmelo?

—Porque, oficialmente, no existimos—. Agitó las manos en el aire, en parte para ser demostrativo y en parte para alejar el humo. —Oficialmente, no existo.

Asentí mientras mantenía mis ojos enfocados en los suyos. No estaba fuera de lo posible. Incluso dentro de las agencias conocidas había departamentos que no existían. Yo estaba apegado a uno de ellos. También había hombres que no existían, hombres que eran peores que Martínez. Los hombres que hacían cosas que la gente se negaba a reconocer podían hacerlo en nombre de la libertad. Las cosas que había que hacer para defender esa libertad. Nadie quiere pensar en qué acciones se deben realizar para mantenerlos a salvo.

—Suena como una posición cómoda.

—Jack, toma esos documentos y llámame. Necesito echarles un vistazo y luego podremos resolver esto.

—¿Cuál es el número del casillero?

Sacudió la cabeza y miró hacia un lado.

—B915.

Metí la mano en mi bolsillo, saqué la llave y se la arrojé.

—Aquí, entonces ve a buscarlo tú mismo.

Me devolvió las llaves.

—No seas estúpido. Una llamada y estás encerrado de por vida.

Entrecerré los ojos y lo miré fijamente durante quince segundos.

—¿A eso se reduce todo esto?

Se dejó caer y apoyó los codos sobre la mesa.

—Lo siento, Jack. Estuvo fuera de lugar.

No dije nada.

—Sé a dónde va esto. Al menos la mayor parte. Y si voy a buscar esos documentos y hay

alguien esperando, soy hombre muerto. Mírame—. Agitó las manos delante de su cuerpo. —Si muero, entonces todo conocimiento de esto muere. Y lo más probable es que mueras. Como traidor también.

—¿Y si voy allí y hay alguien esperando?

—Tienes más de un cincuenta por ciento de posibilidades de eliminarlos.

Me recosté y me crucé de brazos. No había muchos escenarios posibles, pero cada uno de los que existían pasó por mi mente. La mejor opción era ir a la estación Greyhound y recuperar lo que había dentro del casillero. Me estiré sobre la mesa y agarré la llave. Se deslizó por el banco y se paró junto a la mesa.

—Te llamaré en unas horas.

—Voy a estar esperando.

Me di vuelta y comencé a alejarme.

—Jack—, dijo.

Miré por encima del hombro.

—Como dije, sé a dónde va esto. Si decide abrir esos documentos, debes prepararte para lo que contienen.

Regresé a la mesa.

—¿Dónde es eso?

Conners negó con la cabeza. —No puedo decírtelo. No hasta que sepa que estás cien por ciento de mi lado.

—¿No te has dado cuenta de que lo soy?

—No. Sin embargo, una vez que regreses, lo sabré.

CAPÍTULO 16

La estación D.C. Greyhound estaba ubicada en la Calle 1ra, a unos tres kilómetros del restaurante. Decidí caminar. Caminé una cuadra hacia el norte hasta la Calle K y luego me dirigí hacia el este hasta llegar a la Calle 1ra. Pensé que cuanto más tarde llegara a la estación, mejor. Lo más probable es que el horario se redujera por la noche, lo que resultó en menos gente alrededor.

Un viento frío soplaba por la calle, entumeciéndome la cara y arrastrando una combinación de humo de leña y gases de escape. El cielo se nubló. Parecía como si se estuviera gestando una tormenta de nieve primaveral.

Mi reloj marcaba las 11:30 cuando llegué a la estación Greyhound. Caminé por la Calle 1ra y giré por la Calle L. Continué pasando la estación de autobuses y me detuve. Un árbol en flor proporcionaba protección contra los postes de luz negros de hierro forjado espaciados uniformemente que bordeaban la acera. Me apoyé contra el árbol y escudriñé el área. La actividad al otro lado de la calle era prácticamente nula, con sólo unas pocas personas aquí y allá. Un sedán rojo de cuatro puertas se detuvo y dejó a una mujer joven, adolescente o veinteañera, que probablemente regresaba a la universidad después de sus vacaciones de primavera.

Escaneé el estacionamiento detrás de mí y no vi nada fuera de lo común. Sólo había una docena de coches, todos aparcados cerca del semáforo. Pertenecían a empleados, supuse. No había nada que se pareciera al coche de un funcionario del gobierno.

Me levanté del árbol y crucé la calle. El área detrás de la entrada de doble puerta de vidrio estaba vacía. Abrí la puerta y entré en la estación de autobuses teñida de amarillo. Directamente frente a mí había un gran tablero que mostraba un horario digital. A la izquierda había una hilera de ventanas. Las cuerdas se extendían a lo largo y ancho, creando un laberinto en el que los pasajeros podían esperar antes de comprar sus billetes. No había nadie en la fila. Sólo una de las ventanas estaba ocupada por una señora con sobrepeso que leía un libro. Miró hacia arriba y luego rápidamente hacia abajo cuando hice contacto visual con ella.

A mi derecha había varias filas de asientos en forma de tablero de ajedrez azul y blanco. Me di vuelta y me dirigí en esa dirección. La pared exterior estaba vacía y pintada de un marrón apagado. La pared trasera estaba llena de taquillas, al igual que el área a la izquierda de los asientos. El lugar estaba lleno de filas y filas de casilleros pintados de gris, azul y verde.

Sólo estaban ocupados seis asientos, dos parejas y dos viajeros individuales. Ninguno se fijó en mí. Caminé por el pasillo en medio de la zona de asientos y me senté en la última fila. Luego miré y esperé.

Dejé pasar una hora. No hice nada. No hablé con nadie. Dejé que mis ojos vagaran por la fila de casilleros y me concentré en la fila B. Nadie entró. Nadie salió. Agradable y tranquilo. Una parte de mí sintió que todo estaba demasiado silencioso. ¿Podría confiar en Conners? Si quería

que cayera, este era el escenario perfecto. Estaba atrapado aquí. Un equipo táctico no tendría problemas para sacarme, vivo o muerto. Dejé el pensamiento a un lado. Podría haberme atendido fuera del restaurante. A mi modo de ver, él quería tener en sus manos estos documentos tanto como yo. Si planeaba derrotarme, lo haría después de que se los entregara. La solución sencilla fue no entregarlos.

Me levanté y salí, me detuve cerca de las puertas de cristal y observé el escaso tráfico que pasaba. Un coche pasó por el circuito que discurría delante del edificio. Redujo la velocidad cerca de la entrada, pero nunca se detuvo. Los cristales tintados bloqueaban cualquier visión del interior del coche.

Respiré profundamente antes de regresar al interior. El aire frío limpió mis pulmones. Me dirigí hacia las filas de casilleros, giré en la fila etiquetada B y pasé por el casillero B915. Me detuve a tres metros de distancia y miré por encima del hombro. Nadie me siguió. Crucé un pasillo transversal y giré en la fila L, donde saqué la llave de un casillero al azar. Si tuviera que guardar algo, lo haría en ese casillero. Probablemente el último lugar donde buscarían.

Regresé a la fila B, mirando a la vuelta de la esquina para asegurarme de que no había nadie esperando junto al casillero B915. Satisfecho de que la fila estaba vacía, caminé hacia el casillero. Me quedé allí unos minutos, llave en mano, debatiendo si abrirlo o no. No podía evitar la sensación de que me estaban engañando. No conocía a Conners lo suficiente como para dejar que me traicionara. Demonios, ni siquiera tenía que ser él. Podría ser cualquier número de personas a las que aparentemente había cabreado recientemente.

Respiré hondo, exhalé y metí la llave en el casillero. Giré y abrí la puerta metálica rectangular. Chirrió contra sus bisagras. Dentro había una bolsa negra con una cremallera en la parte superior y una parte trasera de malla. Agarré la bolsa y me alejé del frente de la estación de autobuses. Caminé por el pasillo hasta que se abrió a una zona de asientos vacía.

Esta vez me senté en la primera fila de asientos. Abrí mi chaqueta, despejando el camino hacia mi Beretta. Mi corazón latía rápido y mi respiración se aceleraba. El entrenamiento que recibí me enseñó a controlar el pánico. Seguí los pasos y me relajé hasta el punto de poder concentrarme.

Abrí la cremallera de la bolsa y miré hacia arriba.

Dos hombres estaban a cinco metros de mí. Dos hombres, eso lo supe tras un segundo vistazo.

—Jack Noble.

Asentí mientras cerraba la bolsa.

—Gallo, Bealle.

Gallo dio un paso adelante. Una toalla colgaba sobre su mano, un débil intento de ocultar su arma. Sonrió cuando mi mirada se levantó del arma y se encontró con sus ojos. —Vamos, Jack.

BEALLE CAMINÓ DELANTE DE MÍ. GALLO DETRÁS, CON SU ARMA PRESIONADA CONTRA MI espalda. Sostuve la bolsa apretada contra mi pecho. Por alguna razón no intentaron tomarla, al menos no todavía.

Entramos por la puerta principal y el viento golpeó como una pared de hielo. El sudor de mi frente se evaporó y me dio un ligero escalofrío.

Me llevaron por la Calle L hasta un estacionamiento vacío. Nos trasladamos al medio del lote de tierra y grava, deteniéndonos fuera del alcance de las luces de la calle.

—No estamos aquí para lastimarte—, dijo Gallo.

—¿Para qué es el arma entonces?

—Nuestra protección.

No dije nada y mantuve la bolsa segura en mis brazos.

—No estamos muy interesados en enfrentarte de nuevo, especialmente después de lo que has pasado.

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Tenemos fuentes—, dijo Bealle.

—¿Conners?

—No. No conozco a ningún Conners.

—Yo tampoco—, dijo Gallo. —Vayamos a algún lugar donde podamos sentarnos y hablar.

Me pregunté si eso también era para su protección.

Caminamos por las calles de Washington, D.C. hasta que encontramos un restaurante abierto las veinticuatro horas. Gallo preguntó por el reservado de la esquina junto a la ventana. Se sentó contra la pared. Me senté de espaldas al restaurante y Bealle se sentó a mi lado. Coloqué la bolsa entre mi pierna izquierda y la ventana.

Una camarera de pelo castaño se acercó a nuestra mesa. Pedí café. Gallo y Bealle pidieron agua.

—¿Qué sabes, Jack? —Preguntó Gallo.

Me encogí de hombros. —Poco. Sé que ustedes me incriminaron por el asesinato de esa familia iraquí...

—Esos no fuimos nosotros, Jack—. Gallo apoyó los codos sobre la mesa. Se inclinó hacia adelante. —Martínez estaba enojado. Probablemente todavía lo esté. Lo hiciste quedar mal y luego le pateaste el trasero. Él es de carácter voluble. Pero no es propio de él regresar, asesinar a una familia y luego incriminarte.

—¿Qué estábamos haciendo allí esa noche? — Pregunté. —¿Estábamos allí para matar al hombre?

Gallo miró a Bealle y asintió.

—Sí—, dijo Bealle. —Si no revelaba la información, lo despedirían.

—¿Qué pasa con la mujer?

—No, eso no era parte de eso.

—Martínez llevó eso demasiado lejos—, dijo Gallo. —Eso es algo en lo que estamos de acuerdo. Pero ya sabes, no hay reglas, hombre. Estamos cazando y necesitamos obtener la información y neutralizar la amenaza antes de que llegue demasiado lejos.

—Y ahí es donde la cagaste, Jack—, dijo Bealle. —Repetidamente, te has interpuesto en nuestro camino. No sólo de nosotros, sino de otros equipos.

—Es porque no puedo trabajar así. No soy un destacamento de seguridad. Durante ocho años he trabajado en estos equipos y siempre he estado involucrado. Ahora vamos a Irak después de los ataques y yo estoy parado en las puertas y aportando fuerza. Al diablo con eso.

Me recliné en mi asiento, crucé los brazos sobre el pecho y miré por la ventana a la gente borracha que salía de un bar. Miré mi reloj y vi que eran las dos de la madrugada.

Gallo se tomó un momento y respondió. —No eres sólo tú. Otros equipos de la cooperativa también están teniendo este problema.

Levanté los hombros y extendí las manos en un gesto de "¿a quién le importa?".

—¿Qué más sabes? —Preguntó Gallo.

—Sé que la mitad de las personas que entran en contacto conmigo acaban muertas. Quédense

y podría aumentar aún más esa proporción.

Gallo sonrió.

—Sé que de alguna manera me rastrearon. Supuse que usaron el teléfono celular y me deshice de él. Aun así, Abbot fue asesinado—. Miré a Gallo a los ojos. —Lo asesinaron y me dejaron solo. Entonces dime, ¿qué diablos está pasando aquí?

Gallo tomó un sorbo de agua y se reclinó. —Había seis equipos. Lo sabes, estuviste allí con nosotros. Seis equipos, una docena de Marinos—. Se volvió y miró por la ventana a la multitud de personas que pasaban, riendo y hablando entre sí. —Cuatro están muertos, seis están en prisión en la base y tú y Logan están huyendo.

Me hizo sentir la gravedad de la situación. Abrí la boca para hablar. No salió nada.

—¿Ves a dónde va esto?

—¿Por qué están en prisión?

—Regresaron al lugar de un interrogatorio y asesinaron a los iraquíes que se encontraban allí.

Me sentí enfermo. —¿Por qué no… por qué Abbot no me dijo esto? — Mi mente se aceleró. —Estaba a punto de hacerlo. Tenía que hacer una llamada para mi próximo contacto, pero me iba a decir esto antes de que me fuera.

Gallo se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—¿Qué les dijiste cuando te preguntaron por la familia? — Pregunté.

—Nunca lo hicieron—, dijo Bealle. —Al menos nunca nos preguntaron. ¿Quién sabe si le preguntaron a Martínez?

—¿Dónde está Martínez?

—No lo hemos visto desde esa noche. Se dice que se despidió y regresó…

—Aquí—, dije. —Él está en DC.

Gallo asintió y continuó. —Nunca presentamos una denuncia, ni firmamos una declaración, nada contra ti o Logan. Y los otros equipos con los que hemos hablado dijeron lo mismo. Pero…

—¿Pero? — Me quedé pendiente de sus palabras y vi cómo su rostro se contraía en sus pensamientos.

—Siempre hubo un equipo que no tenía Marinos adjuntos. Seis agentes de la CIA, eso es todo. No me refiero a nosotros. Martínez y cinco agentes.

Sabía hacia dónde se dirigía esto.

—Nunca habíamos trabajado con Martínez sino hasta hace unos meses.

—Cuando reorganizaron los equipos—, dije.

Gallo asintió y continuó. —Bueno, ¿puedes adivinar quién se hizo cargo de los otros cinco equipos?

—Supongo que los otros cinco hombres que trabajaron en el equipo exclusivo de la CIA—. Dije.

—Sí—, dijo Bealle.

Me giré en el asiento y me recosté contra el cristal para poder verlos a ambos. No me importaba quién estuviera afuera. Si alguien iba a atacarme, que lo hiciera.

—Entonces alguien está tratando de desmantelar el programa—, dije.

Ambos hombres asintieron.

—Eso es lo que pensamos—, dijo Gallo.

—¿Alguna idea de quién?

—Hemos estado tratando de determinar eso. Haciendo nuestra propia investigación. No podemos encontrar a nadie que lo sepa. Viene desde arriba, ya sea en nuestra agencia o fuera de ella, es muy arriba.

Lo pensé por un segundo antes de responder. —Entonces, ¿por qué no simplemente poner fin al programa? Envíanos de regreso a los Marinos para terminar nuestras carreras detrás de un escritorio y fusionar tus equipos. Eso tendría más sentido, ¿verdad?

—Absolutamente—, dijo Gallo. —¿Por qué no harían eso? Eso es lo que no podemos entender.

—Porque alguien de alto nivel está presionando para que el programa siga funcionando.

Gallo se encogió de hombros. —Tiene sentido.

—Otra pregunta. Entonces estamos diciendo que alguien quería quitarnos del camino. ¿Alguna idea de por qué?

—Para que podamos actuar como ellos quieran que lo hagamos. Hubo demasiados incidentes como el tuyo en los que un Marino se interpuso en el camino.

—Dices eso como si fuéramos unos malditos niños del coro.

Ambos hombres se rieron.

—También me hace preguntarme qué iban a hacer una vez que estuviéramos fuera del camino.

Gallo asintió. —Sí, yo también me lo pregunto. Creo que tengo una respuesta, pero no quiero creerla.

Extendí mis manos. —Podría también.

Gallo abrió la boca para hablar, pero no lo hizo.

Bealle dijo: —Creo que sabes a dónde quieren llegar con eso, Jack. No vayamos por ese camino. Ahora sólo queremos poner fin a lo que está pasando.

—¿Que te importa?

—Es posible que no estemos de acuerdo con la nueva dirección. Y si ese es el caso, también podríamos ser despedidos.

No dijimos nada durante cinco minutos. Los tres nos sentamos en silencio. Repasé la conversación, tomando nota mental adicional de las partes más importantes. Esperaba que lo que había en la carpeta de la bolsa negra pudiera arrojar algo de luz sobre lo que decían.

Gallo se levantó de su asiento y se paró frente a la mesa. —Jack, te dejaremos por ahora.

Bealle colocó un trozo de papel frente a mí. —Esos son nuestros números. Llama por la mañana y nos reuniremos. Te doy algo de tiempo para asimilar esto. Piénsalo. Quizás algo haga clic.

Con eso se fueron. Me levanté y cambié de asiento para que mi espalda quedara contra la pared, dándome una vista del restaurante. Vi a Bealle y Gallo irse, manteniéndolos vigilados hasta que se perdieron de vista. Tuve que negar con la cabeza mientras miraba alrededor del restaurante. ¿Cómo se me había escapado que entrara tanta gente?

Cuando pasó la camarera, pedí otra taza de café. Unos minutos más tarde regresó y dejó el café frente a mí. Rechacé cuando me preguntó si necesitaba algo más. La vi caminar de regreso a la estación de espera, y luego puse la bolsa negra en mi regazo y la abrí. Saqué la carpeta manila de la bolsa y la puse sobre la mesa. Mi pulgar y mi dedo índice rodearon la esquina exterior de la carpeta. Respiré hondo y la abrí.

No sabía exactamente qué esperar, pero mi reacción inicial fue de decepción. Dentro sólo había unos cuantos papeles y nada más. Le di la vuelta a los papeles y leí la primera línea.

Luego lo leí de nuevo.

—Mierda—, dije en voz alta, obteniendo más de unas pocas miradas de los asistentes al bar residentes en mi presencia.

Allí, en la primera línea del primer documento estaba el nombre de Robert Marlowe,

subsecretario de Defensa, un hombre que seguramente tenía un gran interés en la situación en Irak.

CAPÍTULO 17

La lista de nombres en el papel incluía varios que yo no conocía. Marlowe fue el más condenatorio. Reconocí a algunos otros políticos, así como a algunos altos mandos de las Fuerzas Armadas. El mejor plan de acción era enfrentarse a Marlowe. Y por eso me paré frente a su casa a las cuatro de la mañana.

La casa de Marlowe era una unidad final en un bloque de casas adosadas. Las casas fueron construidas recientemente y diseñadas para que parecieran tener doscientos años.

La tranquila manzana bordeada de árboles me ofrecía suficiente refugio para observar la casa desde la calle. Así que lo hice. Me recosté contra un árbol y vigilé su casa durante media hora. Observé el movimiento. No vi ninguno. Crucé la calle, pasé por su casa y giré a la derecha en la calle transversal. Esto me llevó por el costado de su casa. Miré hacia un lado. Las tres ventanas estaban negras.

Un callejón cortaba detrás de las casas adosadas, separando sus patios traseros de las casas de la calle siguiente. El callejón era lo suficientemente ancho como para que pasara un camión de basura, además de unos pocos metros a cada lado. A lo largo del callejón había contenedores de basura de plástico azul, cada uno de ellos apoyado contra una valla de privacidad de madera continua de dos metros.

Me apreté contra la valla de Marlowe y esperé cinco minutos. La quietud de la mañana me permitió escuchar cualquier cosa que se moviera, que no era más que un gato.

Me subí a la valla y pasé la pierna por encima. Sopló una brisa, más cálida y húmeda que la que había sentido durante el día anterior. Miré hacia el cielo. La luna colgaba muy arriba, directamente encima. Hacia el oeste se acercaba una espesa línea de nubes oscuras. No pude evitar pensar en lo convenientes que eran el bote de basura y la inminente tormenta de primavera. Si tuviera que deshacerme de un cuerpo, este sería el día.

Me agaché y me moví hacia la esquina exterior trasera de la cerca. Nuevamente observé la casa en busca de señales de vida en el interior. Las ventanas prometían oscuridad detrás del revestimiento de ladrillo y vinilo pálido.

Metí la mano en los bolsillos de mi chaqueta y saqué los finos guantes que compré en el camino. Me puse los guantes y atravesé el jardín, con la espalda apoyada en la valla. Me dirigí a la casa de la misma manera, evitando el área más allá de la sombra que proporcionaba la cerca. Antes de dirigirme a la puerta trasera, golpeé ligeramente una de las ventanas. Si Marlowe tuviera un perro, eso debería bastar para despertarlo.

Esperé, luego volví a golpearlas y me encontré con el silencio.

Cuatro escalones conducían a la puerta trasera. Los subí por un lado. Mantuve mi espalda pegada a la casa. Abrí la puerta de cristal y agarré el pomo. Giró. No podía creerlo, una puerta abierta en medio de D.C. ¿Era Marlowe realmente tan estúpido? Decidí no debatir la inteligencia

de Marlowe y, en cambio, empujé suavemente la puerta y me deslicé por la abertura. Contuve la respiración mientras esperaba que sonara una alarma. Había pensado en cortar los cables telefónicos mientras estaba afuera, pero pensé que, si Marlowe tenía un sistema de seguridad instalado, sería independiente del sistema telefónico y probablemente detectaría mi intento de frustrarlo.

La alarma no sonó. Al menos no que yo sepa. Quizás fue una alarma silenciosa y estaba avisando a la policía en ese mismo momento. Demonios, tal vez era algo que el Departamento había instalado y estaban en camino. Eso realmente tenía sentido. Si así fuera esto terminaría mal. Si me atrapan aquí, resultaría en algo más que un simple allanamiento de morada. ¿Pero realmente había cometido allanamiento de morada? La maldita puerta estaba abierta. Planeaba decírselo a Marlowe.

Sacudí la cabeza para aclarar los pensamientos y continué por la casa. Me paré justo dentro de la puerta trasera de la gran sala. Estaba decorada de forma sencilla con dos sofás y una sencilla mesa de madera entre ellos. En el centro de la mesa había dos pilas de libros. No vi televisión ni estéreo. Atravesé la sala de estar de la gran sala y pasé por el comedor, que tenía una mesa redonda de vidrio con cuatro sillas negras.

Caminé hacia la puerta ubicada al final de la habitación. No tenía manija. Lo empujé. Se abrió, revelando la cocina. Sobre la estufa había una luz encendida. Estaba oscuro, pero proporcionaba suficiente iluminación para ver la habitación. Escuché un clic y mis ojos se dirigieron a la fuente del sonido. Se había encendido una cafetera. Un momento después, sonidos que se filtraban prometiendo café recién hecho llenaron la cocina.

No pasaría mucho tiempo hasta que Marlowe atravesara la puerta de la cocina. Me paré junto a la puerta, de espaldas a la pared. La puerta abierta bloquearía su visión de mí, dándome el elemento sorpresa.

Unos minutos más tarde oí el ruido del agua desde arriba. Marlowe, o alguien de la casa, había iniciado una ducha. Diez minutos más tarde, el ruido de pasos que bajaban por las escaleras de madera resonó por toda la casa. Apreté mi arma y presioné aún más fuerte contra la pared.

La puerta se abrió con un golpe, a punto de golpearme. Se volvió a cerrar y Marlowe, vestido con pantalones grises y una camiseta blanca por fuera del pantalón, se dirigió arrastrando los pies hacia la cafetera. Abrió la puerta de un armario y sacó una taza azul o negra con algún tipo de sello dorado.

—Tráeme una también.

Se quedó helado por un momento. Dejó la taza y tomó otra. Se dio vuelta y me miró con una expresión en blanco.

—Noble—, dijo. —Jack Noble, ¿verdad?

Asentí. No dije nada.

—Me pareció verte hace un par de días en el National Mall.

Me encogí de hombros y decidí no responder. Quería ver hasta dónde llegaría por su cuenta.

Se aclaró la garganta. —¿Te importa si lleno esto por nosotros? — Se giró sin esperar respuesta mía y llenó las dos tazas hasta las tres cuartas partes de su capacidad. Agarró a ambos por las manijas y se dirigió hacia mí. —¿Por qué no nos sentamos, Jack?

Me puse delante de la puerta y asentí hacia la mesa en la esquina trasera de la cocina.

Se acercó a la mesa, dejó el café y se sentó en un rincón.

Yo me quedé de pie.

—Sé por qué estás aquí—, dijo. —Déjame empezar diciéndote que yo...

—Cállese.

Frunció los labios y se recostó en su silla. Cruzó una pierna sobre la otra y colocó las manos sobre la mesa.

—¿Cómo es que me conoce?

—De la televisión. Aparecías en las noticias como buscado debido a tu relación con ese hombre, ¿cómo se llama? Oh sí. Delaney.

—No me mienta, Marlowe—. Saqué una silla y me senté frente a él. Puse mi mano sobre la mesa y mantuve el arma apuntándole. —Dijo que me reconoció en la ciudad. Estaba almorzando afuera. Usted pasó con otros dos políticos y un par de agentes que le asignaron. Uno de ellos me miró mientras todos pasaban.

Él se encogió de hombros. —Sí, te vi. Como dije, reconozco...

—Eso fue antes de conocer a Delaney.

Miró la mesa y se removió en su asiento.

—Así que será mejor que se deje de tonterías y responda mi pregunta.

Se llevó la taza a los labios y tomó un sorbo mientras metía una mano debajo de la mesa.

Levanté el arma. —Alto ahí.

—Solo voy a sacar un paquete de cigarrillos—, dijo mientras levantaba la mano, sosteniendo una caja de cartón entre el pulgar y el índice. Me ofreció uno y lo rechacé, así que se guardó el paquete en el bolsillo.

Me recosté en mi silla y observé cómo él miraba entre el techo y yo.

—Tu nombre es Jack Noble. Eres sargento del Cuerpo de Marinos de los EE. UU. Pero eso no importa. Tu chaqueta dice que eres un francotirador. Pero eso tampoco importa. De hecho, puede haber uno o dos francotiradores que nunca hayan oído hablar de ti y eso se debe simplemente a tu leyenda del campo de entrenamiento—. Se detuvo, ladeó la cabeza y me miró fijamente a los ojos. —Después de ocho semanas de entrenamiento para reclutas, te eligieron para un programa conjunto especial patrocinado por la CIA en el que básicamente te prestaron para formar parte de un equipo de operaciones. Del lado de la Marina, el general Keller y el coronel Abbot dirigían las cosas. Del lado de la CIA, bueno, eso es clasificado. Si sabes los nombres, entonces los conoces. Si no, no tengo libertad para decirlos.

Se detuvo y asintió con las cejas arqueadas. Esperé a que continuara, pero no dijo nada más.

—¿Cómo sabe todo esto? — Pregunté.

Se cruzó de brazos y mantuvo la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—Si se está demorando porque hay alguien en camino, debe saber que lo mataré antes de que me derriben. Tal como están las cosas en este momento, me buscan por cuatro cargos en Irak y al menos dos aquí. Uno más no hará ninguna diferencia para mí.

Marlowe sonrió. Una única risa se ahogó en su garganta.

Me puse de pie y pateé mi silla hacia atrás. Estiré el brazo y apunté con el arma a su cabeza. —¿Cree que estoy bromeando, Marlowe?

Él mantuvo la calma, levantó las manos y me hizo un gesto para que me sentara.

Recuperé la compostura, agarré la silla y volví a sentarme.

—Jack, sé todo esto porque es mi trabajo saberlo. Es mi programa. Yo lo comencé. Conseguí la financiación. Puse en su lugar a los partidos principales. Al final me informaron a mí. Todos los meses nos reuníamos y discutíamos las operaciones. Estabas en el primer grupo. Primer grupo exitoso, claro está. Por supuesto, eso ya lo sabes. Su grupo resultó ser exactamente lo que queríamos y demostró que el programa sería un éxito—. Él me dio un ligero asentimiento. —Entonces el mundo se fue al infierno por culpa de ese maldito Bin Laden. La presión exterior nos

obligó a centrar nuestra atención en Afganistán y Pakistán.

—Me enviaron a Irak.

Se llevó la taza a la boca y sorbió ruidosamente.

—Yo estaba en contra de eso.

—¿En contra? Usted ejecuta el programa, ¿verdad? Eso es lo que acaba de decir. Además, Irak es su política. Maldita sea, he leído sobre usted antes. Ha estado presionando para entrar allí desde los ataques.

Él sonrió y sacudió la cabeza. —Las cosas no funcionan así, hijo. Lo que digo lo dicta alguien por encima de mí.

—¿Qué tan por encima de usted?

—Yo... — Hizo una pausa. —No voy a responder a eso, Jack. Además, eso no es lo que viniste a discutir aquí. ¿Lo es?

Asentí y no dije nada. Tenía razón. Realmente no me importaba quién me ordenó ir a Irak. Quería saber quién me tendió una trampa y quién mató a Delaney y Abbot.

—Así que volvamos al programa—. Volvió a buscar su bolsillo interior, pero cambió de opinión. —Hubo cierta disensión inmediatamente cuando dividimos los grupos, especialmente cuando se definieron los roles de las operaciones.

—Se refiere a que Logan y yo custodiamos las puertas.

Él asintió y continuó. —Sin embargo, eso fue solo arañar la superficie. Algunas personas empezaron a tener interés en cerrar el programa.

—Usted—, dije.

Me miró entrecerrando los ojos. —¿Por qué piensas eso?

Abrí mi chaqueta, saqué los documentos del bolsillo de mi abrigo y los arrojé sobre la mesa.

Marlowe los recogió, los estudió un momento y luego los dejó. —¿Qué crees que tiene que ver esto con algo?

—No estoy seguro, pero dos personas murieron para que pudiera conseguirlos, así que deben significar algo.

Levantó la barbilla y exhaló ruidosamente. —Lo hacen, pero no es lo que piensas.

A través de la ventana pude ver el cielo tornándose de un azul pálido antes de la salida del sol. El tiempo se estaba acabando. Tuve que elegir entre los documentos y el programa. —Dígame esto, entonces. ¿Es usted quién está detrás de terminar el programa?

—Sí, Jack. Pero no de la manera que piensas.

—Explique.

—Sé hacia dónde se dirige esta operación y no quiero ser responsable de ella. Quería poner fin a las operaciones en Medio Oriente y reasignar a todos. Desafortunadamente, ciertas personas tenían mucho que perder si yo lo hacía. Por otro lado, ciertas personas tenían mucho que ganar si yo lo hiciera. Mi postura profundizó la división, y no sólo entre la agencia y los Marinos. La semana pasada estalló una maldita guerra civil entre todos—. Juntó las manos detrás de la cabeza y exhaló. —Cuando te vi, pensé que te habían enviado a matarme. Cuando las cosas se pusieron en su lugar como lo hicieron, supe que ese no era el caso.

Me pasé las manos por la cara y el cabello mientras procesaba la información. —Cuatro Marinos están muertos. Seis están en prisión. Dos están prófugos en Estados Unidos.

—Sí, lo se.

—¿Quién en la CIA es responsable de eso?

Sacudió la cabeza y miró hacia la mesa. —No es la CIA, Jack. Los hemos estado observando todo el tiempo.

Mi cabeza empezó a dar vueltas. No podría ser. ¿Podría? —Abbot—, dije en voz baja. Miré hacia arriba esperando ver una mirada de confirmación.

—No. Es cierto que Abbot no los quería allí. Pero el programa lo benefició. Además, él no querría que los mataran.

Pensé en el Audi A8. El televisor de pantalla plana de la casa del lago, en una época en la que la mayoría de la gente todavía tenía televisores de tubo. *El programa lo benefició.*

—¿Entonces quién, Marlowe? No tengo todo el día. Simplemente dilo y yo me encargaré.

—¿Quién queda, Jack?

Yo sabía. Lo supe antes de que lo dijera. Siempre había estado ahí. —El general Keller—. Lo dije rotundamente.

Marlowe asintió. —No puedo decir con cien por ciento de certeza cómo, pero sí, sospecho que es Keller.

—Entonces, ¿por qué no actuó en consecuencia?

Colocó su antebrazo frente a él sobre la mesa y se inclinó sobre él. Se frotó la barbilla con la mano. —Tengo mucho que perder, Jack. En última instancia, pase lo que pase con el programa y sus integrantes, simplemente lo esconderemos debajo de la alfombra. No hay nadie peor por saberlo. ¿Entiendes? Si salgo y acuso a un general de esto…— Se enderezó. —Diablos, eso sería un suicidio político y no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

No dije nada. Entendí lo que estaba diciendo. No estuve de acuerdo, pero entendí su punto.

—Sin embargo, me encantaría saber por qué se volvió contra sus propios malditos hombres.

—A él nunca le gustó el programa—, dije en voz baja.

—¿Cómo es eso?

—A él nunca le gustó el programa—, repetí. —Recuerdo estar sentado en su oficina cuando yo no era más que un recluta. Nos estaba despidiendo. Lo odiaba. Pero él no tenía opción—. Levanté los ojos y me encontré con la mirada de Marlowe. —Y ahora está intentando poner fin al programa de forma permanente. Abbot sabía lo que estaba haciendo. Él me lo iba a decir. Keller hizo que lo mataran. Aunque él no sabía que estábamos allí. No respondí a su llamada.

Marlowe alzó los hombros y extendió la mano mientras sus labios formaban un ceño fruncido.

—¿Algo más? — Pregunté.

—Me temo que ya he dicho demasiado, Jack.

Me recosté y estudié su rostro. Tenía más que decirme. Lo pude ver en sus ojos. Miré mi reloj. Eran casi las seis de la mañana. Tenía que irme, regresar al hotel en Springfield y coger mi coche. Me puse de pie y me di vuelta para irme.

—¿Jack?

Miré por encima del hombro.

—No hace falta decir que nunca compartí esta información contigo.

Asentí, me volví hacia él y tomé los documentos de la mesa. —Tomaré estos porque ya sabe lo que son.

Comenzó a levantarse en señal de protesta, pero retrocedió cuando le apunté con mi arma. —Tómalo, Jack. Realmente no significa nada para ti.

—Deberíamos jugar al póquer alguna vez, Marlowe. Eres horrible fanfarroneando. Abrí la puerta y me detuve de nuevo. —Voy a perseguir a Keller. Volveré si tu historia no concuerda.

CAPÍTULO 18

Encontré un taxi dispuesto a llevarme a Springfield. Pensé que sería mejor que lidiar con estaciones de Metro abarrotadas. El conductor luchó contra el tráfico y me dejó a dos cuadras del hotel. Caminé la distancia restante. No había nada de valor en la habitación, así que no entré. Me subí al auto y me incorporé a la I-95 en dirección sur. En el camino llamé a Conners y le dije que tenía que seguir una pista y que me pondría en contacto con él tan pronto como supiera algo.

Dos horas más tarde llegué a Petersburgo y estacioné a una cuadra del hotel donde se hospedaban Jessie y Oso.

Quería que Oso viniera conmigo a casa de Keller. Podría proporcionar apoyo, incluso si no estuviera en la sala durante el enfrentamiento. Todavía no confiaba en Marlowe y algo me decía que Keller me estaría esperando. Pensé en llevarle esto a uno de los contactos de mi agencia, pero sabía que eso no me llevaría a ninguna parte. Por un lado, a los chicos que conocía no les importaban en absoluto las tonterías políticas. Me dirían que me fuera a orinar en un árbol. Las autoridades regulares estaban fuera de discusión. Me arrestarían sin pensarlo dos veces. Demonios, probablemente en este momento ya tenían una designación de dispararme al verme.

Todavía quedaba la cuestión de para quién trabajaban Delaney y Conners, y quién apretó el gatillo contra Abbot. Esperaba que Keller pudiera responder esas preguntas por mí.

Me bajé del coche de alquiler y caminé hasta el hotel. Mantuve la cabeza gacha y usé gafas de sol. Los autos pasaban a intervalos regulares, pero a nadie parecía importarle el tipo que caminaba por la acera mientras estaban ocupados conduciendo hacia el trabajo.

La distancia entre D.C. y Petersburg, Virginia, era de aproximadamente 190 kilómetros. Eso hizo que la diferencia de temperatura fuera aún más sorprendente. A las nueve de la mañana hacía suficiente calor aquí como para querer quitarme la chaqueta. Lo dejé puesto para mantener oculta mi arma, pero comencé a sudar bajo su volumen.

Llegué al hotel y escaneé el estacionamiento antes de entrar al lobby. Detrás del mostrador había una joven. Ella me miró, sonrió y luego volvió a su teclado cuando vio que no tenía intención de acercarme a ella.

Una mujer mayor estaba sola en el vestíbulo del ascensor. Me detuve junto a ella y esperé a que se abrieran las puertas del ascensor. Pasó un minuto. Miré a mi alrededor y vi que el botón de llamada del ascensor no había sido presionado. La miré, sonreí y me incliné hacia adelante para presionar el único botón con una flecha hacia arriba impresa. Sonó un timbre y las puertas se abrieron. Metí una mano en la abertura y le hice un gesto para que pasara.

—Al tres por favor—, dijo.

Ya había presionado el botón del tercer piso. Allí es donde se alojaban Oso y Jessie.

Menos de medio minuto después se abrieron las puertas y esperé a que saliera la mujer. Ella

así lo hizo y giró a la derecha. Salí y giré a la izquierda.

La habitación estaba situada al final del pasillo. Corrí hacia la puerta. Quería contarle a Oso todo lo que había averiguado en D.C.

Y quería besar a Jessie.

Me paré frente a la puerta y la golpeé con los nudillos. Una cabeza de alfiler brillaba a través de la mirilla abierta en el centro de la puerta. Unos cuantos pasos pesados retumbaron bajo mis pies y la cabeza de alfiler desapareció. Un segundo después se abrió la puerta.

—Jack—, dijo Oso.

Asentí y crucé la puerta abierta mientras él caminaba hacia el fondo de la habitación. Miré a mi alrededor, pero no vi a Jess. Mis ojos se encontraron con los de Oso. Llevaba mi decepción en el rostro.

—Ella se ha ido.

—¿A dónde fue?

—No lo sé. Me desperté y ella ya no estaba—. Abrió un cajón de la cómoda y sacó un sobre. —Ella te dejó esto.

Le quité el sobre con la etiqueta "Jack" y lo miré fijamente durante un minuto. —¿Léelo?

—No.

—¿Dio alguna indicación de que se iba?

Oso sacudió la cabeza y levantó los hombros unos centímetros.

—Estás seguro de que ella se fue. ¿No se la llevaron?

—Jack, no, hombre. Nos fuimos a dormir. Me levanté y ella ya no estaba. Si alguien se hubiera tomado la molestia de sacarla de la habitación, ¿no crees que me habrían matado?

Me dejé caer en la cama y miré al techo. Tenía razón. Si alguien hubiera entrado por la fuerza, se lo habrían llevado o lo habrían matado. Además, Oso se habría despertado si alguien hubiera entrado por la fuerza. El hombre podría ser apodado Oso y parecer un oso, pero seguro que no dormía como tal.

—Lee la carta, Jack.

Levanté los brazos y sostuve el sobre sobre mi cara. Decidí no abrirlo, al menos por un tiempo. Teníamos trabajo que hacer. Me senté y guardé la carta sellada en uno de los bolsillos interiores de mi chaqueta.

—Lo leeré más tarde—, dije. —Necesito ponerte al día con lo que pasó.

Hablé y Oso escuchó. Permaneció en silencio hasta que terminé.

Cuando terminé, dijo: —¿Estás seguro de que Keller está detrás de esto?

Me tomé un momento para responder. —No lo sé, Oso. Pero lo voy a descubrir.

Él asintió y se reclinó en su silla.

—Lo que necesito saber es si crees que puedes venir conmigo. ¿Puedes?

—Sí, Jack. Estoy listo para irme. Duele, pero no me detendrá si las cosas van mal.

Nos sentamos en silencio los siguientes minutos.

Oso se inclinó hacia delante, con la boca abierta unos centímetros. Frunció el ceño y señaló el televisor detrás de mí. —¿Dónde está el control remoto? — Él se levantó.

Me volví en mi asiento y vi lo que lo había sorprendido.

Oso tomó el control remoto y activó el sonido de la estación.

La pantalla debajo de la mujer decía que su nombre era Cassandra Phillips. Habló en el tono serio que todos los presentadores de noticias debían perfeccionar.

—Una vez más, estamos atónitos y conmocionados al informar esta noticia de última hora. A las seis de la mañana, la policía encontró los cuerpos de Richard Gallo y Eddie Bealle, ambos

agentes de la CIA involucrados en el conflicto en Afganistán. Los informes que hemos recibido indican que los hombres fueron asesinados, al estilo de una ejecución, en el centro de Washington, D.C.

Mostraron tomas de la cabeza de ambos hombres en la pantalla y luego pasaron a una escena frente a la casa de Gallo. Un equipo de noticias local habló con su esposa, que se mantuvo medio escondida detrás de la puerta. Un niño pequeño de cabello rubio se aferraba a su pierna expuesta.

Desconecté la transmisión y me volví hacia Oso.

—Me reuní con ellos anoche.

—Eso fue lo que dijiste.

—Alguien recordó haberlos visto conmigo.

—No lo hiciste, ¿verdad Jack?

La voz de Cassandra volvió a sonar en la televisión y me giré para mirar.

—Por el momento no hay sospechosos en el caso. La policía ha dicho que están buscando a una persona de interés, pero no han revelado detalles. Los mantendremos informados sobre la historia a medida que tengamos conocimiento de desarrollos adicionales.

Me puse las manos detrás de la cabeza y me agarré del pelo. —O son las mismas personas que mataron a Delaney, o es...

Oso esperó un segundo y luego me pidió que hablara.

—Martínez—, dije.

—¿Martínez? ¿Crees que eliminaría a sus propios muchachos?

—No eran sus muchachos. Era leal a su equipo original. Entonces, sí, no lo dejaría pasar.

Oso apagó la televisión y se acercó a la ventana. Corrió las cortinas y estudió el aparcamiento.

—Deberíamos irnos.

Me levanté y caminé hacia la puerta.

—Sí. Guarda tus cosas.

BAJAMOS CORRIENDO LA MANZANA Y NOS SUBIMOS AL COCHE. EL HOTEL ESTABA A CINCO minutos de la interestatal. Me detuve, llené gasolina y luego tomé la interestatal en dirección sur. Condujimos en silencio hasta cruzar la frontera del estado de Carolina del Norte.

—Son unas buenas seis horas hasta Savannah, así que recupera el sueño si es necesario—, dije.

Oso no dijo nada. Miró por la ventana. Su codo estaba apoyado en la puerta y se asomaba por la ventana abierta.

Metí la mano dentro de mi chaqueta y tracé los bordes del sobre que Jessie me dejó. Me preguntaba qué decía la carta. Probablemente las mismas cosas que dijo hace cinco años cuando nos separamos definitivamente. Aunque para siempre no significa para siempre. Ella incluso me dijo eso. Y pensé que tal vez ya había terminado para siempre. Aunque aparentemente no. Necesitaba hablar con ella. Para saber si habría alguna diferencia si dejara el ejército y me convirtiera en policía, bombero o cualquier otra cosa que no fuera lo que era ahora.

—¿Dijo algo? — Pregunté.

—¿Quién?

—Jessie. ¿Dijo algo que te indicara que se iba?

—No. Simplemente se escapó en medio de la noche.

Giré el volante, ajustándome a la curva del camino y no dije nada.

—Tal vez una vez que hayamos terminado deberías regresar a Virginia.

—¿Crees que se fue a casa?

Oso negó con la cabeza. —¿Después de lo que pasó? Lo dudo, hombre. Probablemente tomó un autobús, fue al aeropuerto y eligió un destino.

—Así es como terminó en Virginia.

—Lo recuerdo, Jack.

CAPÍTULO 19

El general Keller vivía a medio camino entre Parris Island, Carolina del Sur y Savannah, Georgia, en una urbanización cerca de Hilton Head, donde las casas costaban medio millón de dólares. Algunos se sorprendieron cuando la compró, pero hubo rumores de que su esposa había escrito una serie de novelas románticas de suspenso y había conseguido un anticipo de siete cifras de una editorial importante. Aun así, para el trabajador normal era difícil ver a su superior viviendo en una McMansion y conduciendo un Mercedes de noventa mil dólares.

No hacía falta ser un genio de las matemáticas para sumar dos más dos. Abbot y su nuevo Audi A8 y su casa de fin de semana engalanada. Keller con su casa enorme y su Mercedes caro. Lo obtuvieron todo gracias a los sobornos. Dinero de sangre.

Nos detuvimos en el vecindario a medio construir y nos alejamos de la calle llena de tierra donde los andamios de las casas con marcos de madera se alineaban a lo largo de la carretera. Oso se reclinó en su asiento e hizo todo lo posible por permanecer fuera de la vista. Giré por la carretera de Keller y pasé junto a su casa, observando la mayor parte de la casa –de dos pisos y de estuco amarillo – que pude en los pocos segundos que me tomó pasar. Habíamos estado dentro de la casa el verano anterior para una fiesta de inauguración que organizó unos meses después de mudarse. Busqué en mi mente un mapa del diseño de la casa, pero no pude recordarlo todo. La casa era grande. Eso es todo lo que recordaba.

La calle daba vueltas y conectaba con la carretera principal. Giré a la izquierda y luego otra vez a la izquierda en la calle Keller y aparqué el coche a tres casas de la suya. Había una curva en el camino que nos daba una vista decente del frente de la casa. El Mercedes negro grande de Keller estaba estacionado en el camino de entrada, y un Jeep Wrangler con llantas manchadas de barro naranja estaba estacionado en la calle frente a la casa.

—Tiene invitados—, dijo Oso.

—Podemos esperar un poco—, dije.

—¿Y si no se van?

—Entonces nos ocuparemos de ellos.

—¿Jack?

Moví en mi asiento para mirar a Oso. —¿Sí?

—¿Y si…? — hizo una pausa y se pasó una mano por la cara. —¿Y si Marlowe mintiera?

—¿Quieres decir qué pasaría si Keller no estuviera involucrado?

—Bueno, eso, sí. Pero también, ¿y si te tendió una trampa?

Asentí lentamente, dejando que mis ojos se dirigieran hacia el frente de la casa. —Pensé en eso, Oso. Lo hice. Así es como yo lo veo. Marlowe renunció a Keller sin decir directamente su nombre. Él me llevó a descubrirlo, es decir, una de dos cosas. Marlowe está tan metido en esto como Keller, y no lo dudo ni por un minuto, pero lo importante es de qué lado está. Él está a

favor del programa, pero no de la forma en que se ejecuta. En ese caso, conoce la participación de Keller en lo que nos pasó a nosotros y a los otros equipos. No puede decir nada por razones políticas...

—O tal vez Keller tenga algo sobre Marlowe.

—Sí, tal vez Keller tenga algo sobre Marlowe y si saliera y acusara a Keller, sería un suicidio político. Quizás incluso más que eso. Con todo lo que ha sucedido, podría implicar pena de cárcel. Ninguno de nosotros podría ser considerado un niño de coro. De arriba hacia abajo.

Oso asintió y no dijo nada.

—O sí, tal vez estén trabajando juntos. Nos enviaron aquí para que pudieran terminar lo que empezaron en Irak. Podríamos entrar en esa casa y recibir un disparo en cuanto nos vean.

Después de un minuto, Oso preguntó: —¿Qué te dice tu instinto?

Lo pensé bien.

—Mi instinto me dice que Marlowe está de nuestro lado, al menos, tanto como puede estarlo. Que Keller fue el arquitecto detrás de este plan y de alguna manera Abbot estuvo involucrado. Si estaba a favor o en contra es una incógnita. Creo que iba a denunciar la otra noche antes de que lo asesinaran. Pero, ya sea que Marlowe haya mentido o no, espero plenamente que Keller esté listo para recibirme cuando toque esa puerta. Parece que han estado un paso por delante todo el tiempo.

—Sí. Espera. ¿Vas a llamar a la puerta?

—Quiero que esperes afuera, Oso. Vas a esperar en el auto mientras entro. Después de cinco minutos, ve a la casa.

—Voy a parecer un maldito Tom mirón aquí.

Me reí, la reacción causada más que nada por los nervios. —Esperemos hasta el atardecer—. Señalé el amplio sol anaranjado que se cernía sobre las casas al final de la calle. —Otra media hora y debería estar oscuro aquí afuera.

Oso asintió.

—¿Recuerdas la distribución de la casa?

—Un poco—, dije. —En la entrada un vestíbulo de diez por diez. Escaleras a la izquierda, más allá un comedor. A la derecha, el vestíbulo se abre a un enorme salón. Voy a intentar ceñirme a esa zona.

—¿Cuál es tu plan cuando entres?

No había decidido un plan exacto. Lo pensé durante el viaje. Había algunos escenarios posibles. Podría entrar y Keller podría estar solo. Eso sería sencillo. Conseguiría la confesión y me iría. Pero si él me estaba esperando, entonces cualquier cosa podría pasar.

—¿Jack? ¿Tienes un plan?

—Improvisando, gran hombre.

Oso maldijo en voz baja y giró su cabeza de lado a lado. —Dejaré constancia de que, si morimos, está en tus manos.

—Suena bien.

MIS BOTAS RESONARON CONTRA LA ACERA DE CEMENTO BLANCO. EL SONIDO RESONÓ EN EL AIRE. Había dudado entre atravesar patios traseros o simplemente caminar hasta la casa y llamar. Decidí caminar hasta la casa. No me importaba si me veía venir. Si las cosas salieran como esperaba, entonces él no pensaría que yo estaba allí para derrotarlo. Pensaría que estaba allí para

pedir ayuda. Por otro lado, si él supiera que vendríamos, entonces estaría preparado sin importar cómo entrara a la casa.

La luz entraba por las ventanas de la planta baja. En la esquina de su jardín había un pequeño cartel blanco sujeto a una estaca. Decía: "No caminar sobre el césped". Saqué el letrero del suelo de una patada y crucé el césped hasta los escalones que conducían al porche delantero. Me detuve frente a la puerta principal pintada de rojo. Me incliné hacia la puerta, con la cabeza vuelta de lado. Silencio.

La manija giró. El sonido del metal rompiendo el silencio. Di un paso atrás y la puerta se abrió. Reconocí el rostro hinchado que me devolvía la mirada. Sin embargo, el pelo corto y oscuro en la parte superior de su cabeza no estaba allí hace un par de días cuando le rompí la mandíbula.

—Cabeza de tarro—, dijo entre dientes que estaban cerrados con alambre. Sus fosas nasales se dilataron y entrecerró los ojos. Puso los brazos delante de él y apretó los puños.

Keller apareció a la vista. —Hola Jack—. Entró al vestíbulo y puso una mano en el hombro del joven. —Ya conociste a mi hijastro, Mike.

Asentí y escaneé la habitación detrás de ellos. Tres sofás de cuero marrón formaban una U en el centro de la habitación. Dos pequeñas mesas cuadradas unían el sofá del medio con los demás. Una sencilla alfombra cubría el suelo de madera en el espacio vacío entre los sofás.

—¿Por qué no entras, Jack?

Keller hizo retroceder a Mike y me indicó que pasara por la puerta.

Entré y sentí su mano en mi espalda.

—¿Puedo llevarte tu chaqueta?

Bajé el hombro y me di la vuelta.

—No, gracias.

Levantó las manos en un gesto desagradable. —Ningún problema—. Cerró la puerta principal, pasó a mi lado y se sentó en el sofá frente a mí. —Toma asiento.

—Prefiero de pie.

Él suspiró. —¿Qué puedo hacer por ti, Jack?

Mike pasó junto a Keller y se dirigió al pasillo.

—Quiero que se quede aquí—, dije.

Mike siguió caminando.

—Mike—, dijo Keller con severidad.

El joven se detuvo, se giró y luego tomó asiento en el mismo sofá que Keller.

Una mirada engreída cruzó el rostro de Keller. —¿Por qué estás aquí?

—Sabes por qué.

—Me temo que no.

—Cuatro Marinos están muertos. Seis están en prisión en Irak. Dos están prófugos y son buscados por asesinatos que no cometieron.

Keller negó con la cabeza.

—No sé. Hay pruebas condenatorias contra esos dos marines que huyen. Lo he visto con mis propios ojos, Jack.

No dije nada.

—Si necesitas que te ayude, tal vez pueda arreglar algo. Pero, para ser honesto, matar a ese hombre en D.C., y luego a Abbot. Cristo—. Volvió la cabeza hacia Mike. —Mira lo que le hiciste a mi chico aquí. Sólo el cargo de agresión conlleva veinte años de prisión.

Mike levantó la cabeza de su pecho y me miró fijamente. Su labio se curvó. Incluso en su

estado actual, no dudaba que atacaría como un perro de depósito de chatarra si se le diera la orden.

—Sé lo que hiciste, Keller.

Keller se metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza. Él sonrió y arqueó las cejas medio centímetro.

—¿Lo que hice? No te sigo, Jack. ¿Qué sabes?

Tomé una respiración profunda. Tenía que mantener la compostura, por ahora.

—Tú configuraste todo esto. Hiciste matar a la familia iraquí y luego me incriminaste por el asesinato—. Dejé el nombre de Oso a propósito. —Sin embargo, no contabas con que Abbot nos trajera a casa, de regreso a los Estados Unidos. ¿o sí?

Keller se recostó en un rincón del sofá, se cruzó de brazos y piernas y me sonrió.

—Abbot movió algunos hilos y sacó a sus muchachos de allí, nos sacó a nosotros de allí. No sabía que los demás todavía habían sido atrapados. Tenías un plan de veinticuatro horas y lo pusiste en marcha conmigo. Te enteraste de lo que había hecho Abbot y luego cambiaste los planes. Por eso fue la CIA la que nos recibió en el aeropuerto y no Abbot o un policía militar.

Keller no dijo nada. Se sentó allí con la misma sonrisa en el rostro y los ojos entrecerrados hacia arriba. Él asintió con la cabeza lentamente.

—Entonces nos llevaron a Camp Lejeune. No hay nada fuera de lo normal, ¿verdad? Tenía que presentarme allí en la base trimestralmente, como mínimo. Sin embargo, arrojarnos al calabozo fue un buen toque—. Esperé a que respondiera. No lo hizo. Yo continué. —Luego intentaste matarme, primero con el psicópata en la celda, lo cual fue un intento patético, y luego en el baño. Sólo asiente si tengo razón.

Se sentó inmóvil. La sonrisa se desvaneció lentamente de su rostro.

—Sin embargo, no contabas con que Abbot consiguiera que McDuffie me sacara de allí, ¿verdad?

—No, no lo hice—. Frunció el ceño y miró al suelo. Retrocedió.

Sonreí. —Debiste haber cagado un ladrillo cuando descubriste que iba a ver a Delaney. Sólo quiero saber, ¿Por qué no lo mataste antes de reunirse conmigo?

—Porque los quería a ambos muertos y dar el golpe al mismo tiempo parecía la mejor opción —. Me miró fijamente ahora.

—¿Para quién trabajaba Delaney?

Se encogió de hombros y extendió las manos. —Nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Entonces me rastreaste hasta…

—Déjame ahorrarte algo de tiempo, Noble. Te rastreamos a través de tu maldito teléfono celular—. Se inclinó hacia adelante y luego se puso de pie. Cruzó frente a uno de los sofás y luego detrás de él, usando el sofá para separarnos. Se detuvo, colocó las manos en el respaldo del sofá y se inclinó sobre él. —Te seguí hasta la casa de la chica. Pensé que sería bueno darte un susto antes de sacarte. Ya sabes, la llamada telefónica.

—Todo lo que hiciste fue avisarme.

—Sí, bueno…— Levantó una mano y se la pasó por la cabeza. —Teníamos a los hombres en el lugar para sacarte.

—Los vi.

—Martínez les devolvió la llamada. Él quería…

—Martínez—, dije rotundamente.

Keller alzó la voz. —Sí, Martínez—. Luego continuó. —Estaba a punto de eliminar a Abbot. Sabíamos que serías el siguiente en dirigirse allí, así que ¿por qué no hacer coincidir tu visita con

el asesinato de Abbot y luego llevarlo a la siguiente parada?

—Solo que tú me perdiste. ¿No es así?

—Sí—. Keller se volvió para mirar por encima del hombro y luego me miró. —Pero encontré tu teléfono. ¿Quieres recuperarlo?

—Quédatelo. Odio esa maldita cosa, de todos modos—. No le di la oportunidad de hablar. —Entonces diste la orden de eliminar a Abbot. ¿Por qué?

—Él iba a arruinarlo todo, Jack. Todo lo que teníamos a nuestro favor.

—Odiabas la idea. ¿No te acuerdas de eso? Te enojaste cuando nos enviaste a Langley para este programa.

El asintió. —Después de un tiempo, me ayudaron a ver la luz.

—Te pagaron.

Levantó los hombros unos centímetros y extendió las manos.

—Admítelo. Te estaban pagando. Así es como pudiste permitirte este lugar.

—No, en realidad, eso no es cierto. Nancy consiguió ese contrato para el libro del que todos hablaban. Nos conformamos con este lugar sólo porque estaré atrapado aquí por unos años más.

—Entonces, ¿qué hiciste con el dinero?

—Eso es de lo que debo preocuparme, Jack. Y va más allá del dinero.

Lo estudié por un momento antes de responder.

—¿Y qué?

—Política, Jack—. Él sonrió y se enderezó. —Las cosas que estaba haciendo me ayudaron a relacionarme con las personas adecuadas.

—¿Asesinaste a Abbot y a un hombre que no conocías sólo para poder conseguir un pase en D.C.?

Él sonrió y le guiñó un ojo.

Sacudí la cabeza y me volví hacia la puerta.

—Quizás no quieras irte todavía, Jack.

Mike pasó junto a mí y se paró frente a la puerta, bloqueando mi salida.

Me reí y miré por encima del hombro a Keller. —¿Crees que me va a detener?

—No—, dijo Keller. —No, no lo hago. Pero tal vez quieras esperar un minuto.

Escuché pasos hacer eco a través de la habitación. Vinieron del pasillo detrás de Keller. Un hombre salió.

—Hola Jack.

Asentí. —Martínez.

Un segundo hombre apareció desde el pasillo. Reconocí su rostro de la base en Irak, pero no sabía su nombre. Su brazo extendido tiró de algo del pasillo.

Jessie.

Sus ojos brillantes y las lágrimas en sus mejillas me dijeron todo lo que necesitaba saber.

Mis ojos pasaron de Jessie a Keller y de nuevo a Martínez, quien ahora me apuntaba con su pistola.

Keller rio. —¿No pensaste que fui demasiado comunicativo con mi confesión, Jack?

Sentí las manos de Mike tocar mis hombros y luego proceder a acariciarme los costados y las piernas. Extendió la mano alrededor de mi estómago. Mi Beretta se hundió en mis costillas cuando sus manos la descubrieron.

—Está armado—, dijo Mike.

Keller asintió. —Sin embargo, me habría sorprendido de que no lo estuviera. Bien y lento, Jack. Ponlo en el suelo.

Tomé una respiración profunda. No sabía si Mike estaba armado o no. Martínez lo estaba y me apuntaba con su arma. Su compañero probablemente lo estaba, pero su arma no estaba desenvainada. Keller no parecía estarlo, pero lo más probable era que tuviera un arma escondida en algún lugar de la habitación. En el momento en que sacaba mi arma, Martínez estaría en alerta máxima y me dispararía si hacía algún movimiento que no me llevara a dejar mi arma en el suelo. Podría intentar eliminarlo primero. Sin embargo, hay dos problemas con eso. Uno, dispararía al mismo tiempo, si no antes. Dos, su compañero tenía a Jessie y podría matarla antes de que pudiera disparar en su dirección.

La siguiente opción era eliminar al socio. No hubo nada que pudiera detener un disparo limpio. Pero Martínez tendría el mismo tiro limpio contra mí. Y luego, después de matarme, mataría a Jessie.

—Jack—, dijo Keller. —Retira el arma y colócala en el suelo. Esta es la última vez que lo pediré.

Extendí las manos frente a mí y luego metí la mano en mi chaqueta. Me congelé en posición. Tuve que demorarme el mayor tiempo posible.

—Ahora—, dijo Keller.

—Me estoy moviendo bien y lento, tal como me pediste.

Saqué el arma de mi chaqueta y la sostuve, extendiendo los dedos para que no estuvieran cerca del gatillo. Martínez observó cada movimiento. Se puso tenso. Sentí su necesidad de apretar el gatillo. Probablemente había soñado con eso desde aquella noche en Irak, diablos, tal vez incluso antes. Extendí un brazo y con el otro hice un gesto para que todos mantuvieran la calma.

—Bien y lento—, dije.

La puerta detrás de mí se abrió de golpe. No tuve que girar la cabeza para saber que Oso lo había pateado. El choque fue suficiente para distraer a Martínez. Le disparé un tiro. Se desplomó donde estaba. Su compañero me apuntó y me sumergí detrás del sofá y me arrastré hacia el final. Las balas atravesaron el cuero y golpearon la pared detrás de mí.

Los gritos de Jessie fueron silenciados con un ruido sordo. Miré por encima del sofá y vi al hombre cerniéndose sobre ella. Luego miré por encima del hombro y vi que Mike había atacado a Oso. El grandullón parecía manejarlo solo. Keller subió corriendo las escaleras. Me ocuparía de él en un minuto.

Salté y disparé al hombre que estaba junto a Jessie. Mis tiros fallaron. Se lanzó al pasillo. Sus pasos resonaron por la habitación mientras corría por ella. Corrí hacia donde Jessie yacía en el suelo y la tiré por los pies para que ya no fuera un blanco fácil. El hombre la había dejado inconsciente. La alejé más del pasillo y luego retrocedí hasta la pared. Miré por la esquina y me encontré con una lluvia de disparos.

—Cristo—, dije. —Oso, acaba con él y saca a Jessie de aquí.

El hombretón le dio un fuerte golpe en la cabeza a Mike y lo dejó caer al suelo. Corrió hacia mí. Se lanzó sobre el sofá cuando un disparo de escopeta atravesó el aire desde arriba.

—Supongo que el arma de Keller no estaba tan cerca como pensaba—, dije.

Oso no dijo nada.

Señalé hacia un pasillo que conducía a la cocina. —Hay una puerta que conduce por allí.

Él asintió, levantó a Jessie y se dirigió hacia el pasillo.

Miré de nuevo por la esquina. Vacío. Caminé lentamente por el pasillo. Cada lado tenía dos puertas. Tres de las puertas estaban cerradas. La última de la derecha estaba abierta. Me detuve a unos metros de la puerta y escuché. Completo silencio. Miré por encima del hombro para

asegurarme de que Keller no estuviera detrás de mí. No lo estaba.

Saqué el teléfono prepago del interior de mi chaqueta y lo arrojé a la habitación. El hombre golpeó la puerta cuando se giró para ver lo que le tiré. Salté a la vuelta de la esquina. Estaba más cerca de lo que esperaba y tuve que golpearlo. Me moví hacia un lado y enganché su brazo derecho con el izquierdo. Apliqué presión y le doblé el codo en la dirección equivocada. Dejó escapar un rugido y dejó caer su arma al suelo. Levanté mi brazo derecho para golpearlo en la cara con mi arma, pero él logró colocar su brazo en el medio y su repentina parada hizo que yo también dejara caer mi arma.

Continuó adelantando su brazo, lo envolvió alrededor de mi cabeza y me sacó la pierna con una patada rápida. Un momento después se había colocado detrás de mí y me había estrangulado.

Luché por la posición. Luché para soltar su agarre. Estaba perdiendo en ambos aspectos.

—General—, gritó.

Escuché los pasos de Keller mientras caminaba por el pasillo. El cañón de su rifle apareció en la puerta. Sabía que él no se quedaría atrás.

Extendí la mano detrás de mí y encontré la cabeza del hombre. Le metí el pulgar en el ojo. Eso fue suficiente para aflojar su agarre. Cambié el peso de mi cuerpo y me liberé de su agarre. Luego me agaché y me deslicé detrás de él. Le sostuve el brazo detrás de la espalda y lo empujé hacia la puerta.

Keller se dio la vuelta y disparó a ciegas. La bala alcanzó al hombre en la parte delantera del pecho y le atravesó la espalda, dejando una abertura del tamaño de un melón.

Me lancé hacia adelante, usando al hombre herido como escudo corporal. Chocamos con Keller y cayó de espaldas. Aterrizó contra la puerta al otro lado del pasillo. Se rompió el pestillo y continuó cayendo al suelo. Dejó caer el rifle. Tiré mi escudo humano a un lado, agarré el rifle del suelo, lo levanté y apunté a Keller.

—Jack—, dijo mientras se limpiaba la sangre de la boca. —No tienes que hacer esto.

—¿Hacer qué?

Disparé al fondo de la habitación.

Se cubrió la cabeza y se acurrucó cerca del suelo.

Apunté el rifle a su cabeza. —Levántate.

Él lo hizo.

—Al final del pasillo—. Retrocedí y lo dejé pasar por mi lado. —Bien y fácil, Keller. Brazos arriba, manos detrás de la cabeza.

Él obedeció y caminó lentamente por el pasillo, deteniéndose cuando llegó al final.

—Sigue—, le dije.

Dio unos pasos más y se detuvo de nuevo. Clavé la punta del rifle en su espalda y lo empujé. Dio unos pasos más hacia adelante. Mike estaba sentado en uno de los sofás, sosteniendo su brazo contra su pecho. El brazo estaba doblado en un ángulo extraño a medio camino entre la muñeca y el codo. Había sido una semana difícil para Mike.

—Ve a sentarte al lado de tu hijo—, le dije.

Keller hizo lo que le dije y caminó hacia el sofá. Se detuvo y se volvió hacia mí.

Mantuve el rifle firme y apunté a su pecho.

—No te saldrás con la tuya, Noble.

—¿Por qué?

—Entraste a mi casa. Nos atacas a mí y a mi hijo. Cristo, mira su brazo—. Movió su brazo hacia un lado dramáticamente y señaló el brazo torcido de su hijo. —Luego mataste a mis invitados, dos empleados del gobierno, Jack. Los mataste a sangre fría.

—¿Quién va a creer esa historia?

Él rio. —¿Quién no lo haría? ¿Un general versus la palabra de un sargento? Dio un paso hacia mí. —Baja el arma, Jack. No te saldrás con la tuya. Incluso si me matas, no te saldrás con la tuya.

Di la vuelta alrededor del frente de los sofás, hacia la puerta principal. Mantuve el arma apuntando a Keller.

Keller continuó. —Te perseguirán, Jack. Los Marinos, la CIA, las autoridades locales. Demonios, incluso el FBI se sumará a la acción. Todos querrán un pedazo de ti.

—Sí, para asumir la culpa por los asesinatos que cometiste.

—De manera indirecta, sí, Jack. Todos los asesinatos son culpa mía. Los ordené todos. Pero fue por una razón, Jack. Una muy buena razón. Tenemos que luchar contra ellos, Jack. ¿No lo ves?

Estaba a tres metros de mí. Su cabeza se ladeó hacia un lado. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Mantuvo los brazos extendidos hacia los lados.

Cargué el arma en un brazo y busqué dentro de mi chaqueta. —El único problema, Keller—, saqué la mano y le mostré la grabadora digital que había estado funcionando todo el tiempo, —es que te tengo admitiéndolo en cinta.

Detuve la grabadora, presioné rebobinar por un segundo y luego presioné reproducir. —Todos los asesinatos son culpa mía—. Hice clic en el botón de detener.

—Sin duda, cien por ciento su voz, señor.

Su rostro palideció y retrocedió contra la pared. Sacudió la cabeza y murmuró algo indescifrable en voz baja.

Saqué el cargador del rifle y dejé caer el arma al suelo. Miré alrededor de la habitación y me concienticé de la carnicería. Me di vuelta y abrí la puerta. Oso y Jessie habían detenido el auto en la acera y me estaban esperando. Crucé el patio y me senté en el asiento delantero. Oso se alejó sin decir una palabra.

CAPÍTULO 20

Condujimos hacia el norte por la I-95. Washington, D.C. era nuestro destino. Esperaría a Marlowe junto a su casa. Revisé las pruebas y descubrí lo que había planeado para Keller.

Nos detuvimos y compramos el portátil más barato que pudimos encontrar. Jessie transfirió el archivo de audio a la computadora y lo grabó en un CD.

Resultó ser algo bueno que Martínez la hubiera mantenido como rehén, a pesar de las cicatrices emocionales y el trauma que la terrible experiencia le dejaría. Ella, sin embargo, mantenía el ánimo en alto y regularmente hacía bromas a mi costa desde el asiento trasero.

Cruzamos la frontera estatal hacia Virginia. El tema de cuáles serían nuestros próximos pasos aún no se había discutido. Me giré en el asiento del pasajero y la miré.

—¿Quieres volver a casa, Jess?

—¿Crees que es seguro ahora?

Negué con la cabeza. —Probablemente no.

—Sí, no lo creo.

—Puedo llevarte conmigo a Nueva…

—Dulles, Jack—. Miró por la ventana a su lado. —Llévame a Dulles cuando lleguemos a D.C.

—¿Adónde planeas ir?

—No sé—. Ella sacudió levemente la cabeza. —No sé.

Me aclaré la garganta, me volví hacia el frente y miré por la ventana por un momento.

—¿Y tú, Oso?

—¿Qué quieres decir?

—Estoy bastante seguro de que con todo lo que ha sucedido podemos convencer a Marlowe para que te de una baja honorable.

Él se encogió de hombros y no dijo nada.

Esperé un momento y luego continué. —¿Estás pensando en quedarte en casa? — No se me había ocurrido esa idea. Supuse que él estaba tan ansioso por salir como yo.

—¿Qué más voy a hacer, Jack? — Puso ambas manos en el volante. Lo agarró con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. —Me quedan dos años. Voy a terminar esos dos años.

Oso tenía principios y el compromiso que hizo significó mucho para él. Lo sabía. Pero ¿qué pasa con el compromiso que hicieron con nosotros y el hecho de que rompieron ese compromiso? No recuerdo haber leído nada en mi contrato que indique permiso para rescindirlo a voluntad. Dejé el pensamiento a un lado.

—Sabes, incluso si no descartan el programa, no hay forma de volver a él.

Se encogió de hombros y me miró por un segundo, luego volvió a mirar hacia la carretera.

Rápidamente escaneó los coches. —Por mí está bien. Aceptaré un trabajo de escritorio durante un par de años.

Me reí. ¿Oso detrás de un escritorio? El gran hombre se volvería loco.

—¿Dónde diablos van a encontrar una silla y un escritorio lo suficientemente grandes para ti?

Pasaron unos segundos y luego Oso se echó a reír.

—Yo sé, verdad. ¿Qué diablos estoy pensando?

—¿Por qué no te vas? Haremos negocios juntos.

—¿Haciendo qué? ¿Creación de la escena del crimen?

¿*Haciendo qué*?

Las palabras flotaron en el aire sobre mí. No había pensado en ello. Tenía algunas esperanzas. Esperaba que Jessie fuera parte de mi propio "hacer qué". Esperaba poder viajar un par de meses antes de mi jubilación oficial mientras agotaba mis vacaciones acumuladas. Esperaba que algo apareciera. Sólo conocía a los Marinos y, más concretamente, el programa conjunto con la CIA. Los Marinos reales eran un misterio para mí. Antes de eso, mi padre y el entrenador de fútbol de la escuela secundaria habían planeado mi futuro. Intenté no pensar en ninguno de los dos ni en el futuro que había dejado atrás.

—¿Y tú, Jack? — Dijo Oso, interrumpiendo mis pensamientos.

—Tengo tres meses de licencia acumulados.

—¿Así que ya terminaste?

—Sí, Oso—, dije. —He terminado. Eso es todo. Le entregaré esta cinta a Marlowe y le pediré que ponga por escrito mi baja honorable, a partir del último día de mi licencia. Entonces voy a hacer... Me recliné y miré al techo. —Entonces no sé qué voy a hacer. Lo resolveré en algún momento de los próximos tres meses.

Abrió la boca para decir algo y debió pensarlo mejor. Su agarre en el volante se había aflojado. Una sonrisa apareció en su rostro. Parecía relajado. En paz. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que nuestra asociación lo estresara.

—Oso, estar cerca... — Me detuve a mitad de la frase, decidiendo no seguir ese camino. — No importa.

—No importa.

CONDUJIMOS DIRECTAMENTE HACIA LA CIUDAD. OSO ME DEJÓ A UN PAR DE CUADRAS DE LA CASA de Marlowe. Quería esperar conmigo. Insistí en que se llevara a Jessie y buscara otro lugar en caso de que sucediera algo. Todavía no sabía si podía confiar en Marlowe. Claro, renunció a Keller, pero podría haberlo hecho para protegerse. El hecho de que yo regresara podría impulsarlo a tomar medidas adicionales. Podría decidir deshacerse de mí. No tenía dudas de que él tenía ese poder. Si eso sucediera, no quería que Oso y Jessie estuvieran en el medio. Además, tenían los archivos de copia de seguridad en la computadora y el CD de audio que implicaba a Keller detrás de todo.

La confesión de Keller fue una de las razones por las que confiaba en Marlowe. Keller no lo mencionó. Quizás lo hizo a propósito, en caso de que saliera vivo de su casa.

Por un momento dudé de mi decisión de simplemente dejar la casa de Keller. Mi lado racional me dijo que sabía que estaba derrotado. A pesar de su reciente y horrible toma de decisiones, alguna vez había sido un hombre honorable. Sólo lo conocía desde hacía ocho años. Había sido un buen hombre la mayor parte de esos años. Quienes lo conocieron por más tiempo

lo tenían en alta estima. Tal vez me estaba engañando. Tal vez estaba dejando que el hecho de que él había conocido y servido con mi padre me influyera.

Crucé la calle y me paré frente a la casa de Marlowe. Subí los seis escalones hasta su porche y toqué el timbre. Nadie respondió. Me senté en el tercer escalón y disfruté de la cálida brisa.

El barrio exclusivo estaba tranquilo. Eso hizo que fuera fácil escuchar a Marlowe y sus agentes asignados acercándose antes de que se dieran cuenta de que yo estaba allí. Pensé en esconderme al otro lado de la escalera. En cambio, me quedé quieto y mantuve mis manos a la vista.

El agente que me miró afuera de la pizzería mi primer día en D.C. fue el primero en notarme. Sacó su arma y me gritó órdenes. Miré más allá de él. El segundo agente se paró frente a Marlowe. Marlowe miró alrededor del agente y asintió hacia mí.

—Estoy desarmado—, dije. Le había dejado mi arma a Oso. Movimiento arriesgado, pero ya lo había superado en este punto. La grabación contenía la verdad. La policía podría arrestarme. El Servicio Secreto o el Departamento de Defensa podrían detenerme. La CIA y el FBI podrían pelearse por quién me detendría. Al final, las palabras de Keller me liberarían.

—Manos arriba—, dijo el agente.

—Están a la vista—, dije. —Quita tu maldita arma de mi cara. ¿De acuerdo?

—Está bien, Gerard—, dijo Marlowe.

Los dos agentes se relajaron un poco. Bueno, tan relajado como pudieron los tensos agentes del Departamento de Defensa. Esos tipos estaban programados para la acción. Encontrándola en todo lo que hacen. Apuesto a que incluso cepillarse los dientes se convirtió en un evento que les provoca ansiedad. Me preguntaba cuál era la tasa de ataques cardíacos para los hombres en su línea de trabajo dentro de sus primeros cinco años de jubilación.

Marlowe pasó junto a los hombres a los que se había confiado su vida y se paró en la acera, unos metros delante de mí.

—Jack, entremos y hablemos.

Miré entre él y los dos hombres con trajes oscuros detrás de él. —¿Tienen que venir con nosotros?

—Sí, lamentablemente tienen que acompañarme a todas partes durante el horario laboral—. Subió un solo escalón. —Pero se portarán bien. ¿No es así, muchachos? — Se volvió y sonrió a los hombres.

Ellos no le devolvieron la sonrisa.

Me levanté y seguí a Marlowe al interior. Fue agradable entrar por la puerta principal. Me condujo a la cocina, donde preparó una taza de café y sacó dos cervezas del refrigerador. Los agentes del Departamento de Defensa intentaron seguirnos al interior. Marlowe envió a uno afuera por la puerta trasera e hizo esperar al otro en la sala de estar, diciéndole que se mantuviera al menos a tres metros de la puerta batiente.

Abrió una cerveza y me la entregó. La tomé y me la llevé a los labios sin mirar la etiqueta. Unos sorbos más tarde y estaba exhalando de alegría por la refrescante bebida.

Él sonrió, sus cejas se alzaron hasta su frente mientras comenzaba a servir su cerveza en un vaso alto, pero luego lo pensó mejor. Apartó el vaso y levantó la botella como si la estuviera inspeccionando.

—Es local, una cerveza artesanal. Cosas excelentes. El dueño es amigo mío.

Asentí y tomé otro trago de la botella marrón. Aún no había revisado la etiqueta.

—De todos modos, Señor Noble—, dijo, —estoy seguro de que no vino aquí para hablar sobre las cervecerías locales.

Sacudí la cabeza y no lo corregí por llamarme Señor en lugar de Sargento.

—¿Supongo que confrontaste a Keller?

—Lo hice.

—¿Cómo te fue?

Metí la mano en mi bolsillo interior y noté que Marlowe se tensaba por un segundo y la sonrisa se desvanecía de su rostro.

—Relájate—, dije mientras sacaba la pequeña grabadora digital de mi bolsillo. —Todo está aquí.

Él sonrió, caminó frente a mí y tomó asiento en la mesa. Cruzó las piernas y dio un largo trago a su cerveza, luego dejó la botella sobre la mesa.

—Reprodúcelo.

Le di al *play* y coloqué la grabadora digital sobre la mesa. Marlowe escuchó atentamente, asintiendo y haciendo contacto visual conmigo de vez en cuando.

—Esa es una evidencia bastante condenatoria—, dijo.

—Tengo copias.

Él sonrió y tomó la grabadora. —No te preocupes, Jack. Yo manejaré esto.

Agarré la grabadora y la acerqué. —¿Qué pasará con Keller?

Tomó otro trago de su botella de cerveza y me miró fijamente por un momento. —El peor de los casos es una baja deshonrosa.

—¿No hay tiempo en la cárcel?

—Eso espero, pero sabes que hay muchas partes involucradas en esto. Depende de ellos cómo quieren abordar el asunto. Implicar a Keller podría implicarlos a ellos.

Negué con la cabeza. —Es responsable de la muerte de al menos diez personas.

—Lo sé y tú lo sabes. Demonios, la persona responsable de tomar esta decisión lo sabrá—. Se levantó, fue al frigorífico y volvió con dos cervezas más, ya abiertas. —Éste es el lado oscuro de estas operaciones, Jack.

Asentí. Yo sabía. Cuando estuve en su casa supe que podría terminar así. Quería castigarme por no eliminarlo cuando tuve la oportunidad.

—¿Qué hay de mí? — Pregunté.

—¿Qué pasa contigo? —dijo.

—Quiero salir.

—Jack, estoy bastante seguro de que incluso si el programa continúa, no te invitarán de nuevo.

—No sólo el programa. Quiero salir de los Marinos. Mi alistamiento termina en septiembre. Tengo tres meses de licencia acumulada. Me voy y quiero que mi jubilación oficial sea el último día de mi licencia.

—No tengo el poder para…

—Mierda, Marlowe.

Se movió en su asiento. Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró.

—Está bien, Jack.

Sacó un teléfono móvil de su abrigo y realizó una llamada. Cinco minutos después tuve mi libertad. También ordenó a la persona con la que habló que nos sacara a mí y a Oso de cualquier lista de sospechosos federal, estatal y local.

—Es usted libre, Señor Noble.

Deslicé la grabadora digital sobre la mesa. Marlowe lo cogió, la estudió y luego la dejó caer en su vaso de cerveza.

—¿Por qué? — Intenté parecer enojado, pero me sentí confundido. Sabía que tenía un respaldo. ¿Esperaba que yo impulsara esto más allá o en una dirección diferente? ¿Era esta su manera de decirme que no iba a hacer nada?

—Suicidio político, Jack. Además, imagínese cuando los medios de comunicación sepan esta información. ¿Un general de la Marina que ordena la muerte de sus propios hombres y otro oficial al mando? Es mejor dejarlo así, Jack. Yo me ocuparé de Keller a mi manera.

Así que eso fue todo. Iba a tomar la ruta política. Podría exprimir a cualquiera a quien le presentara la evidencia. Sentí ganas de extender la mano y golpearlo. No lo hice. Todavía presentaría el CD a algunos contactos y vería dónde podríamos llevarlo.

Asentí, me puse de pie, agarré la botella de cerveza de la mesa y me la terminé de un trago. Giré la botella que tenía en la mano y me llamó la atención la etiqueta, un escudo con dos espadas cruzadas. Cervecerías doblemente cruzadas. Perfecto.

—Hiciste lo correcto, Jack. No importa lo que le pase a Keller. ¿Quién sabe cuántas vidas salvaste?

—No es suficiente—, dije. —Sin embargo, una pregunta. Si lo sabías, ¿por qué no atacaste a Keller?

—No lo sabía. No al cien por cien. Tiene sentido. La evidencia apuntaba en esa dirección. Pero nunca habría obtenido la confesión que tú lograste.

—No es que la confesión importe—. Me di vuelta y entré por la puerta sin decir una palabra más.

Dos horas más tarde me encontraba frente al aeropuerto de Dulles con Oso y Jessie. Oso se apoyó contra una pared de cristal a diez metros de distancia mientras yo hablaba con Jessie. El sonido de los aviones despegando y aterrizando rugió en el aire de forma rítmica.

—No te vayas, Jess.

Ella sonrió y se inclinó hacia delante. —No funcionará, Jack, al menos no ahora.

—¿Por qué?

—Necesitas tiempo. Necesito tiempo. Ambos necesitamos...

—Tiempo—, dije. —Si, lo entiendo.

Volví la cabeza y traté de pensar en algo que decir, cualquier cosa que impidiera que se fuera.

—¿Qué pasa con la otra noche? Pensé que hicimos, ya sabes, una conexión.

—Creo que fue solo la sorpresa de verte después de tanto tiempo. Es verdad que no he dejado de amarte, Jack. Pero eso no significa que debamos estar juntos.

—Me estoy tomando tres meses y me voy. Viajando un poco. Voy a aclarar mi cabeza. Volveré a ser quien era.

—Eres quien eras. Y no puedes cambiar quién eres ahora.

Ella miró su reloj.

—Entonces, démosle un mes más o menos. ¿Qué dices, Jess?

Puso un dedo en mi boca. Se inclinó hacia adelante y me besó.

—Me tengo que ir ahora.

Colocó un papel doblado en mi mano. —Esa es mi dirección de correo electrónico—. Se giró y cruzó la puerta hacia la terminal principal.

Oso se levantó de la pared y caminó hacia mí con la mano extendida. Lo agarré y lo sacudí.

—No sé qué voy a hacer sin ti cerca, hermano.

Él sonrió y me rodeó con su brazo. Nos dimos palmaditas en la espalda durante unos segundos y luego dimos un paso atrás. Se agachó, recogió su bolso y me guiñó un ojo. No dijimos una palabra más. Se giró y desapareció por el mismo conjunto de puertas que Jessie.

Me quedé en medio del pasillo durante cinco minutos, casi cada fibra de mi ser me decía que la siguiera. Aunque no lo hice. En cambio, regresé al auto de alquiler y salí del aeropuerto. Dentro del auto, puse el CD que tenía la grabación de la confesión de Keller en el reproductor de CD del auto. Todo lo que salió por los altavoces fue silencio. El CD estaba en blanco. No contenía confesión ni pruebas. Jessie tenía la computadora portátil que contenía el archivo original. Tuve la sensación de que la pista había desaparecido. Maldije en voz baja y golpeé el tablero con los puños. Detuve el auto en el arcén de emergencia e intenté llamar a Oso. Sin respuesta. Ya había apagado su teléfono. Pensé a quién más llamar, pero no se me ocurrió ningún nombre. No tenía a donde ir. Al final decidí dejarlo pasar. No importaba. Verificaría el estado de Keller y, si no estaba satisfecho, algún día me ocuparía yo mismo.

Encontré el camino hacia la interestatal y me dirigí al norte, hacia la ciudad de Nueva York. Oso contactó con algunos de sus conocidos y encontró a la hija de Abbot usando el número que saqué de su teléfono. Le prometí que cuidaría de ella y comenzaría haciéndole saber que su padre había fallecido. Según el contacto de Oso, aún no se había informado a ningún familiar.

Me tomó un poco menos de tres horas en llegar a la ciudad. Encontré un estacionamiento a unos pocos kilómetros de su departamento y dejé el auto. Tenía una casa en la Villa en la calle Bedford. Caminé desde el estacionamiento hasta su edificio de apartamentos. El aire era más fresco aquí que en D.C. Aun así, no estaba tan mal para las seis de la tarde. El sol se ponía y las farolas se encendían. Pasé por una cafetería y me detuve a tomar una taza, en parte porque necesitaba una dosis de cafeína y en parte porque temía darle la noticia a Clarissa.

Me tomé mi tiempo tomando el café y leyendo algunas páginas del periódico que habían quedado sobre la mesa. Reveló que no había nada nuevo en el mundo. Habían pasado seis meses desde los atentados a las Torres Gemelas. Me preguntaba si la vida realmente había vuelto a la normalidad aquí en la ciudad. Para mí no lo había hecho. Me preguntaba si alguna vez lo sería.

Supuse que los equipos todavía estaban operando en Afganistán. Esperaba que el poder combinado de los equipos de operaciones especiales de la CIA y las Fuerzas Armadas llevaría a Bin Laden y a todos los involucrados ante la justicia, sin importar cuánto tiempo tomara. Nuestra participación en Irak me preocupaba. Parecía una conclusión inevitable que el trabajo que estábamos haciendo allí conduciría a más conflictos.

La camarera interrumpió mis pensamientos y me preguntó si quería algo más. Sonreí y le dije que no. Dejé caer un billete de veinte sobre la mesa y me fui antes de que ella trajera la cuenta.

El departamento de Clarissa estaba a sólo unas cuadras de la cafetería. A pesar de su proximidad, tardé media hora en llegar. Me quedé frente a la agrietada puerta pintada de verde durante otros cinco minutos antes de llamar.

Ella abrió la puerta. Me miró entrecerrando los ojos y luego sonrió.

—¿Jack?

Habían pasado algunos años desde la última vez que la vi. Ella todavía era una adolescente escuálida en ese momento. Ahora no era mucho mayor que una adolescente, en todo caso, pero seguro que ya no era flaca. La niña que conocí hace tantos años ahora era una mujer.

—Hola, Clarissa—, dije.

Ella extendió las manos y me abrazó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Puedo entrar?

—Sí, seguro—. Dio un paso atrás y abrió la puerta. Me hizo señas para que pasara y cerró la puerta con llave detrás de mí. —Ponte cómodo. ¿Puedo ofrecerte una bebida?

—No, quiero decir, sí. Algo fuerte. ¿Tienes whiskey?

—Claro—, dijo mientras cruzaba la habitación hacia la cocina.

—¿Puedo fumar aquí?

—Sí, hay un cenicero en la mesa frente a ti.

Sonreí. No lo había notado. No había podido quitarle los ojos de encima desde que entré por la puerta. Encendí un cigarrillo y me incliné sobre la mesa de café. Intenté una docena de veces iniciar la inevitable conversación mientras ella preparaba mi bebida.

Regresó a la habitación, dejó la bebida frente a mí y tomó asiento.

—¿Qué te trae a Nueva York, Jack?

Tomé un trago del vaso. El licor fuerte me quemó la garganta y me calentó el estómago.

—No sé cómo decir esto, así que simplemente lo voy a decir.

Ella se recostó y se cruzó de brazos. Se llevó una mano a la barbilla. Sus ojos se agrandaron y se mordió el labio inferior.

—Tu padre está muerto. Él fue asesinado.

Ella jadeó y respiró hondo. Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas y una lágrima se deslizó por la esquina de su párpado inferior y recorrió su mejilla.

—Maté al hombre que lo hizo. Recibí una confesión del hombre que lo arregló.

—¿Quién? ¿Quién fue?

—No conoces al hombre que apretó el gatillo. Martínez, un imbécil de la CIA. Pero el hombre...— Mi voz se apagó. Ella conocía a Keller. La primera vez que la conocí, Keller estaba allí. Keller y Abbot habían sido cercanos. El hombre era como un tío para ella. —Keller. Fue el general Keller quien lo ordenó.

Ella enarcó las cejas y se inclinó hacia adelante. Las lágrimas corrieron más rápido.

Dejé mi bebida y me deslicé del sofá. Caminé hacia ella y me arrodillé frente a ella. La rodeé con mis brazos y la abracé fuerte. Lloró y habló, luego lloró un poco más. La abracé y escuché. Nos quedábamos despiertos hasta altas horas de la mañana, bebiendo y fumando. Al final de la noche parecía en paz con el fallecimiento de su padre. O tal vez estaba lo suficientemente borracha como para quedarse entumecida.

A la mañana siguiente me desperté en su sofá con un ligero dolor de cabeza. Ella estaba en la cocina preparando el desayuno. Me acerqué y me senté en la barra del desayuno.

—Me voy de viaje por tres meses. Pero tengo un teléfono celular nuevo y estaré disponible si necesitas algo—. Dejé mi nuevo teléfono sobre el mostrador. Era un teléfono increíble. Se conectaba a Internet e incluso podía enviar correos electrónicos. El tipo que me lo vendió estaba completamente entusiasmado con eso. Realmente no me importaba, pero como estaría viajando, pensé que sería bueno tenerlo. Quizás la parte del correo electrónico me ayudaría a reconectarme con Jessie. Aunque, en ese momento, me costaba recordar mucho sobre ella.

Clarissa se volvió y sonrió.

—Si quieres acompañarme, puedes hacerlo—, le dije.

Ella rio, caminó hacia el mostrador y se inclinó hacia mí. Tuve que luchar contra el impulso de besarla.

—No te he visto en, ¿cuánto, cuatro o cinco años? ¿Y quieres entrar y hacerme perder la cabeza?

Sonreí y miré hacia otro lado. —No es eso. Le prometí a tu papá que cuidaría de ti. Cuidarte.

—Cariño, me he estado cuidando durante años. Estaré bien.

—Bueno, dame tu dirección de correo electrónico para poder mantenerme al día contigo.

Ella rio y agarró mi teléfono del mostrador. Un minuto después, lo volvió a dejar frente a mí. —Está ahí ahora.

Genial, pensé. *Ahora sólo necesito descubrir cómo acceder a él.*

Un minuto después puso delante de mí un plato con dos huevos y cinco tiras de tocino. Lo comí rápidamente y luego me puse de pie. Anoté mi número de teléfono y lo dejé en medio del mostrador.

—Estaré en contacto—, dije.

Me recibió en la puerta y me dio un abrazo y un beso en la mejilla. Su boca permaneció allí más tiempo del debido. Pensé en girar la cabeza y rozar sus labios con los míos. Quería girar la cabeza. Al final no lo hice. No me sentí bien. Demasiado cerca de la muerte de su padre.

—Nos vemos—, dijo mientras cerraba la puerta detrás de mí.

CAPÍTULO 21

Resultó que no viajé mucho. Tomé un avión a Miami, un taxi, crucé algunos puentes y encontré un pequeño departamento en alquiler encima de un bar en los Cayos. Dos meses y medio de tranquilidad pasaron en un abrir y cerrar de ojos. El lugar estaba encima de un bar local. Al menos la mayoría de sus clientes eran locales. Hice algunos amigos. Mi cabello creció más, al igual que mi barba. Se sintió incómodo, pero lo dejé.

Seguí en contacto con Clarissa. Hablamos o enviamos correos electrónicos una vez a la semana. Ella había seguido adelante y parecía estar bien. La póliza de seguro de vida de su padre pagaba bien y cuidaría de ella por un tiempo. La animé a usar el dinero para ir a la universidad. Planeaba gastarlo todo en un viaje de dos años por Europa.

Le envié un correo electrónico a Jessie poco después de llegar aquí y le pedí que se uniera a mí. Ella sólo respondió con un tal vez y una disculpa por borrar el archivo y no grabarlo en el CD. Temía por la seguridad de sus padres. Martínez y Keller la habían amenazado el día que la tuvieron como rehén. Me enojó haber confiado en ella lo suficiente como para manejar el CD. Debería haberlo hecho yo mismo o al menos haber supervisado el proceso. Le dije que no se preocupara por eso. Dadas las circunstancias, lo entendí. Le di una fecha límite para venir a los Cayos y le dije que después de ese momento no estaría disponible. No sé si esa afirmación tenía algo de cierto o no, pero no podía seguir esperando eternamente.

Se acercaba la fecha límite, que ahora estaba a sólo unas horas de distancia.

Me senté afuera en una mesa en el patio del bar. A cada lado mío había una mesa de bistró vacía. Algunas personas se unieron a mí durante todo el día. Permanecían desde un par de minutos hasta una hora. Simplemente dependía de quién y hacia dónde iba la conversación. Me mantuve sobrio la mayor parte del día y sólo comencé a beber alrededor de las dos de la tarde. A las cuatro no me sentía borracho, pero ciertamente sentía los efectos del alcohol.

—Noble—, llamó una voz a través de la ventana abierta justo encima de mi cabeza.

—Sí—, dije sin mirar atrás ni levantarme.

—Recibí una llamada para ti.

Miré mi reloj. Cuatro quince.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—Pide un mensaje—. No tenía ganas de hablar.

Mi lugar tenía una bonita vista del agua. No es una vista completa, pero sí lo suficientemente decente. Eran principios de junio. El sol permaneció afuera hasta cerca de las nueve de la noche. Tenía toda la intención de sentarme allí hasta entonces. Le había dicho a Jessie las seis de la tarde. Pero esperaría hasta las nueve. O hasta que bebiera lo suficiente como para no poder sentarme más.

A medida que pasaron las siguientes dos horas, me encontré mirando cada vez más calle abajo en un esfuerzo por localizarla.

—Hoy es el día, ¿eh, Noble?

Sonreí a la pareja de ancianos que se sentó a la mesa conmigo. Ralph había sido vendedor de ordenadores en el norte del estado de Nueva York. Él y Marcy llevaban casados cuarenta años. Hace unos años dejaron el frío por el estilo de vida relajado que los Cayos podían ofrecer a quienes tenían el dinero para permitírselo.

Marcy enderezó la camisa azul con estampado hawaiano de Ralph y luego se inclinó hacia mí.

—Ella vendrá, Jackie.

La mayoría de la gente aquí simplemente me llamaba Noble. Por alguna razón, Marcy me vio como el hijo o el nieto que nunca tuvo e insistió en llamarme Jackie. Dejé de protestar después de la primera semana. Era bastante obvio que ella no estaba cambiando su postura.

—Ya veremos.

—No le hagas ilusiones, Marcy.

—Gracias por el voto de confianza, Ralph—, dije.

Hablamos durante media hora de nada en particular. Se ofrecieron a pagar mis bebidas. Rechacé y pagué por las de ellos. Era una especie de juego, quién podía levantar las manos y protestar más tiempo y más fuerte. Ganaron cuatro de cinco veces. Esta noche me dejaron llevar la gloria.

Ralph miró su reloj. —18:00. Deberíamos irnos y dejarte con tu mujer—. Le guiñó un ojo y ayudó a Marcy a levantarse de la silla. La pareja se tomó de la mano, se deslizó por la entrada abierta del bar y se unió al resto de la multitud de Key West que se había convertido en mi familia.

Pasaron las seis y no había señales de Jessie. Me recliné en mi asiento y miré al océano. Me perdí en las aguas cristalinas y en los sonidos de los lugareños y turistas en la calle y la playa. Había caído en una zona tan profunda que no noté que había alguien parado frente a mí.

Moví mi mirada y miré a la persona. No era lo que esperaba que fuera.

—Jack Noble—. No era una pregunta. El hombre me conocía. Estaba de pie con las manos en las caderas. Su chaqueta estaba lo suficientemente hacia un lado para que pudiera ver el mango de su pistola. Lo que no vi fue una placa. Pero tenía que ser federal. ¿Quién diablos estaría en Key West vestido de traje a mediados de junio? Me encontré deseando seguir llevando un arma a todos lados. Desafortunadamente, no combinaba con un bañador y una camiseta sin mangas.

—¿Te conozco, amigo? — Había empezado a llamar amigos a los extraños. Todos aquí abajo eran amigos. No pude evitar pensar que esta era la vida que podría haber tenido durante las temporadas bajas y después de mi carrera futbolística profesional.

—Tengo una propuesta para ti.

—¿Se trata de esposas y una celda de nueve por nueve? Si es así, no me interesa.

Él rio y sacó una silla. —¿Puedo?

—Por supuesto.

Se sentó y miró hacia la ventana abierta. —Uh, claro, lo que sea que esté tomando. Él me miró y sonrió.

Miré hacia otro lado.

—Esto no tiene nada que ver con esposas o celdas. Quiero ofrecerte un trabajo.

—¿Haciendo qué?

—Bueno, eso es complicado. Verás…

—Déjame ahorrarte el tiempo. No—. Cogí mi vaso y tomé un sorbo. —No estoy interesado en trabajar.

—Te quedan dos semanas hasta que finalice la ayuda del gobierno.

—Oye—, dije mientras lo señalaba. —Trabajé duro por ese dinero. Pasé tres años sin vacaciones. No andes diciéndome que es un obsequio. Y baja la maldita voz.

—Disculpas, en todos los sentidos—. Se puso de pie y tomó su bebida de la mano extendida del camarero. —Diez años más o menos con nosotros y nunca más tendrás que preocuparte por el dinero.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Frank.

Esperé a que me dijera su apellido. No lo hizo.

—¿Para quién trabajas?

—Eso es clasificado.

—No el FBI. No tienes placa.

El asintió

—La CIA no querría tener nada que ver conmigo.

—Correcto de nuevo.

—¿NSA?

Sacudió la cabeza.

—¿Entonces quién?

—Te ahorraré algo de tiempo, Noble. La única manera de saberlo es si te unes.

Miré alrededor de la calle y no vi a nadie.

—¿Cuál es la descripción del trabajo?

—Asesino profesional.

Levanté una ceja. Él sonrió. No era la sonrisa de alguien que acaba de contar un chiste. Hablaba en serio. Tiene sentido. Todo mi entrenamiento me había llevado a esto.

—¿Quién te habló de mí?

—Yo, uh, realmente no puedo decirte eso.

—Marlowe.

Él se encogió de hombros.

Era Marlowe.

—Necesito un poco para decidir.

—Tienes dos minutos, Jack. Después de eso, me voy.

Mi mente comenzó con el juego de qué pasaría si. ¿Y si Jessie apareciera? ¿Y si ella no lo hiciera? Estaba aterrorizado por ambos. Pero lo que seguía apareciendo en mi mente era que quería unirme a Frank y su misteriosa organización. Quería ser parte del equipo. Estiré el cuello y miré a ambos lados de la calle. No la vi. Sabía que no la vería. Aquí no. En ningún lado, nunca más.

—Estoy dentro—, dije.

Frank se puso de pie y extendió la mano. Le di la mano y la sacudí. Me sonrió por un momento y sacó una tarjeta de su bolsillo. Soltó mi mano, sacó un bolígrafo del interior de su chaqueta y escribió algo en la tarjeta.

—Dos semanas—, dijo y luego dio media vuelta y se fue.

Dejé la tarjeta sobre la mesa y luego terminé mi bebida mientras mantenía los ojos abiertos y conscientes. Mantuve la esperanza de que Jessie apareciera. Ella no lo hizo. A las nueve de la

noche, después de una gloriosa puesta de sol llena de rojos, naranjas y rosas intensos, me levanté y agarré la carta de la mesa. Mis ojos borrachos tardaron unos minutos en enfocarse. Leí la nota en voz alta.

"1ro de Julio. Calle 64 Este con Park Avenue. Diez de la mañana." Debajo de esa línea decía: "Bienvenido a bordo, Noble".

La historia continúa en Una Distancia Mortal, Jack Noble #2. Continúe leyendo un extracto. https://links.ltryan.com/distancia-mortal

Únase a la familia de lectores de LT Ryan y reciba una copia gratuita de la historia de Jack Noble, The Recruit. Haga clic en el siguiente enlace para comenzar:

https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

DISTANCIA MORTAL: CAPÍTULO 1

19 DE DICIEMBRE, 2004

Dos metros, una distancia mortal. Especialmente cuando un hombre apunta a otro con un arma. Lo suficientemente cerca como para eliminar lo que falta de la ecuación. Lo suficientemente lejos como para que el objetivo tenga un poco más del cero por ciento de probabilidades de hacer un movimiento, ya sea para desarmar al agresor o agacharse y cubrirse.

El tipo al que había estado persiguiendo, en este almacén polvoriento y poco iluminado, me encontró primero. Había tomado unas escaleras de madera astilladas que envolvían los bordes interiores del edificio, atravesaban el centro de la gran sala rectangular y llevaban hasta el pasillo. Subí apresuradamente los escalones de dos en dos. Las viejas tablas se hundían y crujían, pero aguantaron bajo mi peso. El pasillo era más fuerte, más resistente. No se movió. No rebotó. No se balanceó de lado a lado. Un pie caía delante del otro mientras caminaba de lado a lado por el pasillo. Dejé que mis pies tocaran el suelo de afuera hacia adentro, minimizando el ruido. Aun así, las tablas emitieron un ligero golpe en respuesta a mis botas golpeando la madera. Sabía que, si no tenía cuidado, él me escucharía.

Lo hizo.

Afortunadamente, también escuché sus pasos. Desafortunadamente, sólo los escuché un segundo antes de que hablara.

—Para—, dijo. Su acento era marcado, tal vez sudamericano. —Suelta el arma —.

Me congelé y levanté las manos, dejando que el arma se balanceara como un péndulo, boca abajo y con solo mi dedo índice sosteniéndola por el guardamonte.

—Tírala—, dijo.

Moví mi dedo hacia un lado y dejé que el arma se deslizara por encima de la barandilla. Golpeó el suelo con un ruido sordo, logrando evitar disparar una bala. El frío mango de mi pieza de respaldo descansaba contra mi espalda baja, enviándome escalofríos cuando el frío metal tocaba mi piel sudorosa.

—Ahora date la vuelta—, dijo.

Di media vuelta y pude ver por primera vez al hombre que había estado persiguiendo durante los últimos veinte minutos. Medía aproximadamente un metro con ochenta y pesaba probablemente ochenta kilos. Llevaba una chaqueta color canela y un gorro de punto negro. Un escaso cabello oscuro cubría sus mejillas y barbilla. Sus ojos hacían juego con su cabello. Estaba a dos metros de distancia, con una pistola cerca de su pecho apuntándome.

Una distancia de dos metros aumentaba sus probabilidades de ser extremadamente preciso.

Una distancia de dos metros redujo mis posibilidades de neutralizarlo efectivamente.

Incluso con unos ocho centímetros de más, mi alcance sería suficiente para asestar un golpe efectivo en esta situación.

—¿Quién diablos eres tú? — preguntó.

—Soy el hombre que fue enviado a matarte—, dije.

—¿Por quién?

—¿Qué?

—¿Quién es tu jefe?

—¿Por qué?

—Porque quiero escribirle una carta para recomendarle que te despida.

Me reí. El chico tenía sentido del humor, aunque la expresión de su rostro decía que no estaba bromeando.

—¿Por qué? — dije.

—Porque reprobaste esta clase, imbécil—. Levantó el cañón del arma y lo agitó de un lado a otro, como una madre regañando a su hijo pequeño.

—El único problema—, dije, —es que esto es sólo un recreo. Es la hora de jugar para ti.

El hombre forzó una risa. —Tú eres el que me sigue, así que debes tener alguna idea de quién soy.

—No precisamente—. Y esa era la verdad. Frank Skinner y yo habíamos actuado basándonos en una única información que decía que un hombre que encajaba con la descripción del tipo estaría esperando en una parada de autobús.

—Bueno, déjame darte la versión resumida—, dijo. —Soy alguien a quien no deberías seguir. Deberías haber hecho tu tarea primero. Ahora es demasiado tarde para ti.

Sonreí. —Primero, basta de analogías con la escuela. Segundo, nunca es demasiado tarde para mí.

Sus ojos se entrecerraron. Levantó la mano izquierda y se secó la mejilla con la palma. Dirigió su mirada hacia arriba y mis ojos lo siguieron. La luz entraba por un pequeño agujero en el techo. Brillante pero gris. El agua de lluvia goteó por el agujero y salpicó la cara del hombre. Maldijo en voz baja cuando una gota de agua golpeó su mejilla. Tendría que moverse y su siguiente paso sellaría mi destino.

Pero el hombre no se movió. Al menos no inmediatamente. Le alcanzaron dos gotas más y luego una tercera. Finalmente, maldijo y dio un paso adelante. Los dos metros se habían reducido a metro y medio. Todavía fuera de mi alcance, pero no por mucho. Si me lanzaba hacia adelante, podría alcanzarlo en un paso en lugar de dos.

—Ríndete—, dije. —Tenemos el almacén rodeado. No lograrás salir de aquí.

—Entonces tú tampoco lo harás—. Sus ojos se abrieron y estiró el brazo por completo. Otro error. Su muñeca se movía hacia arriba y hacia abajo, haciendo que el arma entrara y saliera del objetivo.

Vi mi oportunidad. La distancia entre el arma y yo se había reducido al menos setenta centímetros. Un paso completo y lo tendría agarrado por la muñeca, neutralizando la amenaza inmediata.

Un ruido estridente a mi derecha nos sobresaltó a ambos. Giré la cabeza y vi una puerta abierta al exterior. La luz inundó la planta baja del almacén y la silueta de un hombre se deslizó por la abertura y luego desapareció entre las sombras. Había mentido cuando dije que teníamos rodeado el edificio. Solo éramos dos y había dejado a Frank a una cuadra del edificio. O me había alcanzado, o el hombre no había estado solo, en cuyo caso serían dos contra mí.

—¡Quieto! — La voz de Frank resonó por todo el almacén.

El hombre se olvidó de mí y se volvió hacia Frank. Una brillante explosión de cañón explotó frente a mí cuando el hombre abrió fuego contra mi compañero.

Frank no respondió al fuego, con suerte en un esfuerzo por evitar herirme, y no porque lo hubieran alcanzado. Aunque no podía preocuparme por eso. El hombre estaba a un metro y medio de distancia, con el cuerpo girado y los brazos extendidos sobre la barandilla de acero. Ahora era el momento de dar un paso.

Me lancé hacia adelante, con el brazo izquierdo extendido y el derecho hacia arriba, acortando la distancia antes de que el hombre pudiera reaccionar. Envolví mi mano izquierda alrededor de su garganta desde un costado, dejando que mi pulgar se deslizara debajo de su nuez. Él gruñó contra la presión. Al mismo tiempo, bajé mi brazo derecho y agarré su muñeca, que se extendía unos centímetros por encima de la barandilla. Le torcí el brazo y lo hundí en la barandilla de acero. El hueso y el acero se encontraron con un crujido repugnante seguido por los sonidos del hombre gritando. Su brazo roto y sus músculos con espasmos ya no pudieron reunir la fuerza necesaria para sostener el arma y la dejó caer. Golpeó el suelo debajo de nosotros con un ruido metálico.

—¿Frank? — grité.

Sin respuesta.

El hombre cruzó su cuerpo con su brazo izquierdo y me golpeó en la cara, su puño conectó con mi nariz. Aunque no tenía suficiente impulso para causar un daño real, el golpe logró interrumpir mi agarre en su cuello. Me dolió el centro de la cara y mis ojos se llenaron de lágrimas. Lo sentí soltarse de mi alcance.

—Mi brazo—, dijo. —Bastardo, me rompiste el maldito brazo.

Oí el sonido de un cuchillo – la hoja contra el cuero– siendo sacado de su funda. Me llevé las palmas a los ojos y me sequé las lágrimas que empañaban mi visión. Una vez más, el hombre se paró a dos metros de mí. Su brazo derecho fracturado presionaba contra su pecho. A su mano izquierda sostenía un cuchillo con una hoja de quince centímetros. La luz parpadeó sobre el acero inoxidable mientras lo hacía girar en su palma.

Esta vez los dos metros no importaban. No tuve que enfrentarme a una bala. Con un movimiento fluido, me lancé hacia adelante y agarré de ambos lados de la barandilla. Luego moví mis piernas hacia adelante mientras doblaba mis rodillas. Clavé las suelas de mis botas de combate en su pecho. Gritó cuando golpearon con su brazo roto. El cuchillo se le cayó de la mano, rebotó en el pasillo y cayó al suelo de hormigón del almacén.

Mi impulso derribó al hombre. Se giró boca abajo y comenzó a alejarse arrastrándose. Su brazo izquierdo raspaba contra las gastadas tablas mientras su derecho arrastraba hacia atrás, con la muñeca torpemente doblada.

—Jack—, gritó Frank desde abajo.

Caminé detrás del hombre, me paré frente a él y no dije nada. Me agaché y envolví mi brazo derecho alrededor de su cuello. Su pulso latía con fuerza contra la curva de mi brazo. Extendí mi brazo izquierdo, agarré mi codo derecho y halé con fuerza. El movimiento cerró el cuello del hombre. No me importaba si moría por asfixia, por una fractura en el cuello o si se le salía la cabeza.

El hombre me arañó el antebrazo. Movió sus caderas de lado a lado, pero no era rival para mí. Los intentos desesperados de respirar fueron interrumpidos por la fuerza que ejercí contra su tráquea.

—Jack, déjalo ir.

Levanté la vista y vi a Frank parado al final del pasillo.

—Vamos, Jack—, dijo. —Necesitamos a este tipo. Tiene información.

—No me importa—, dije mientras apretaba más fuerte.

Frank se acercó con una pizca de cautela, tal vez pensando que yo había perdido el control. Y habría tenido razón de haberlo pensado. —Déjalo ir, Jack. Llevémoslo a la oficina e interroguémoslo. Luego podrás hacerle lo que quieras.

El gorro de lana del hombre se había caído y su cabello empapado de sudor rozó mi cara mientras su cuerpo se quedaba inerte. Me aparté, miré a Frank y luego al hombre. Las palabras de Frank se filtraron a través de la rabia que me impedía pensar con claridad y, de repente, cobraron sentido. Solté al hombre y su cuerpo cayó contra el pasillo, inerte y sin vida.

Me agarré de la barandilla y me levanté. —¡Cristo!, creo que lo maté.

Frank guardó su arma y se agachó. Extendió la mano y colocó sus dedos sobre el cuello del hombre. Después de unos segundos, dijo: —Tiene pulso. Ayúdame a bajarlo y meterlo en el auto.

—Así que ahí es donde estabas—, le dije. —Dando vueltas en el auto en lugar de perseguirlo hasta aquí conmigo.

—Te fuiste Jack. Te perdí—. Levantó la vista y yo encontré su mirada con una sonrisa.

—Sólo te estoy haciendo pasar un mal rato—. Me incliné, puse mis manos debajo de los hombros del hombre y lo levanté. Frank lo agarró de las piernas y lo bajamos por las escaleras tambaleantes, que chirriaron en respuesta a cerca de doscientos setenta kilos que las presionaban.

Frank había estacionado el auto justo afuera de la entrada del almacén, con el maletero contra la puerta.

—Voy a asegurarme de que todo esté despejado—, dijo.

Asentí y me apoyé contra la pesada puerta con marco de acero. El hombre empezó a volver en sí. Tosió un par de veces y emanó de su garganta un gemido profundo y gutural. Pensé en dejarlo inconsciente nuevamente, pero decidí no hacerlo. Un golpe en la cabeza podría empañarle la memoria y necesitábamos saber todo lo que él sabía.

Frank abrió la puerta trasera del lado del conductor de su Lincoln y me hizo un gesto para que saliera.

Salí del almacén caminando hacia atrás, arrastrando al tipo conmigo. Miré a izquierda y derecha. El área estaba vacía. Pero no me molesté en mirar por las ventanas. Si alguien nos estaba mirando, que así fuera. Nos habríamos ido cuando llegara la policía. E incluso si nos alcanzaran, poco podrían hacer. Éramos, a todos los efectos, intocables.

La lluvia había cesado y el sol se asomaba entre las nubes que se desvanecían. La luz penetró en mis ojos como fragmentos de cristal. El viento frío azotaba los lados del edificio y llegaba al lugar donde yo estaba. Se sentía como si me arrojaran bolas de nieve heladas desde ambos lados.

—Dame una mano—, le dije.

Frank se acercó y alcanzó el brazo derecho del hombre en un esfuerzo por estabilizarlo. Juntos lo deslizamos en el asiento trasero y lo abrochamos. Esposé su muñeca izquierda al poste de metal que conectaba el reposacabezas con el asiento del pasajero delantero.

—Siéntate atrás con él—, dijo Frank. —Si se pasa de la raya—, miró al hombre y sonrió, —bueno, ya sabes qué hacer.

Asentí, luego caminé por la parte trasera del auto y entré por el lado opuesto. Me deslicé junto al hombre y, por primera vez, me di cuenta de que olía como si no se hubiera duchado en una semana.

—Si no hubieras estado armado, habría pensado que eras un vagabundo—, dije.

El hombre frunció los labios y escupió, su saliva salpicó el respaldo del asiento frente a él, así como la consola central al lado de Frank.

Clavé mi codo en su plexo solar. Tosió y exhaló mientras el aire salía de sus pulmones. Su cuerpo se dobló, con la barbilla hasta las rodillas.

—Inténtalo de nuevo—, dije.

Volvió la cabeza hacia mí. Su rostro estaba de un rojo intenso y las venas de su frente sobresalían como una serpiente nadando en el agua. Su boca se abría y cerraba como un pez fuera del agua mientras intentaba aspirar aire, pero no podía.

—Mantenlo callado—, dijo Frank.

Asentí mientras miraba al hombre que sostenía su brazo cerca de su pecho. Le dije a Frank: —Adelante, llama al médico para que entablille ese brazo.

DISTANCIA MORTAL: CAPÍTULO 2

Frank nos llevó a la sede no oficial del SIS. Aunque dijimos que no era oficial, el edificio en las afueras de Washington, D.C. era nuestra ubicación principal. Sin embargo, cualquier edificio que ocupáramos con el propósito de avanzar en nuestra misión sería considerado nuestro cuartel general y siempre estaría etiquetado como no oficial. El SIS era una agencia que no existía. El objetivo principal del grupo era la lucha contra el terrorismo. Teníamos completa y total autonomía. Podríamos empujar a cualquier otra agencia al final de la fila si sintiéramos que nuestra causa tiene prioridad. Los agentes de nuestro grupo eran considerados de élite y, a menudo, seleccionados cuidadosamente entre los mejores reclutas de la CIA, el FBI y la DEA. Sólo un puñado de políticos y altos mandos militares sabían de la existencia de la agencia, y si les preguntaran, lo negarían rotundamente, incluso si tuvieran un arma en la cabeza.

Nos detuvimos en la parte trasera del edificio. Frank se detuvo frente a lo que parecía ser una pared. Si alguien se parara lo suficientemente cerca y en el lugar correcto, vería una pequeña grieta que recorría su centro, luego giraba hacia la derecha y se encontraba con otra grieta delgada. Frank sacó un dispositivo de su bolsillo y presionó un botón. Se abrió una puerta ancha y Frank entró en un garaje oscuro. El lugar estaba vacío excepto por mi coche, un todoterreno grande y un Lexus granate de cuatro puertas que pertenecía al médico.

Esperé en el asiento trasero después de que Frank estacionara y apagara el motor. Salió, caminó por la parte de atrás y abrió la puerta del lado del hombre. Le quité las esposas de su muñeca izquierda y lo empujé mientras Frank tiraba de él. El tipo tropezó y cayó al suelo. Gimió y se agarró el brazo roto.

—Levántate—, le dijo Frank.

Me deslicé por la puerta abierta. El tipo estaba de rodillas, inclinado y con la frente apoyada en el suelo de cemento. Lo agarré por el cuello de su camisa y levanté su parte superior del cuerpo. Frank se metió la mano debajo del brazo izquierdo y empezó a tirar. Agarré su cuello y la cintura de sus pantalones. Lo pusimos de pie y luego lo llevamos a la única puerta del garaje.

Frank pasó una tarjeta de acceso por un lector de tarjetas de seguridad y la luz cambió de rojo a verde. Luego colocó su pulgar sobre una almohadilla. Hubo una serie de pitidos y otra luz pasó de rojo a verde. Entonces la cerradura hizo clic y Frank giró la manija de la puerta. Caminamos por un pasillo corto y llegamos al área del piso principal que llamamos vestíbulo. Había dos puertas en la pared del fondo. Cada puerta conducía a una sala de interrogatorios. A treinta centímetros de distancia de cada puerta había ventanas con espejos de un metro por dos metros. Frente a las salas de interrogatorios estaba nuestra enfermería, un centro médico de última generación equipado para todo, desde picaduras de abeja hasta cirugías. Había seis oficinas en el vestíbulo, tres en el muro norte y tres en el sur. Mi oficina estaba al lado de la de Frank. La tercera oficina de nuestro lado fue designada para todo el equipo B.

El aire viciado del vestíbulo nos envolvió. El olor a amoníaco ya casi no me afectaba, pero el tipo que estábamos arrastrando por el pasillo tosió y tuvo arcadas al inhalar los vapores.

El médico estaba en la puerta de la enfermería. Era alto y de mediana edad. Su cabellera era mitad castaña y mitad gris. Su nariz larga y puntiaguda era el único rasgo distintivo de su rostro. Él asintió hacia nuestro prisionero. —¿Qué tiene?

—Brazo roto—, dije. —Tal vez también una conmoción cerebral. Pero eso no debería de importar.

El médico se encogió de hombros y señaló con la cabeza. —Déjalo ahí.

—¿Quieres que uno de nosotros se quede? — pregunté.

—Él—. Señaló a Frank. —Hace demasiadas preguntas, señor Noble.

Frank rio y el médico se unió. Yo no dije nada. Tenía razón. Solía hacer muchas preguntas cuando él estaba trabajando con uno de nosotros. A menudo pensaba que si mi vida hubiera sido un poco diferente cuando era joven, podría haber terminado como médico o traumatólogo.

Salí de la enfermería y me dirigí a mi oficina. Apilé algunas carpetas y las moví a la esquina del escritorio, luego preparé una taza de café. El rico aroma de la molienda oscura empapaba el aire de mi oficina. No tenía ganas de esperar a que se llenara la olla, así que la vacié en una taza manchada tan pronto como hubo suficiente. Sostuve la taza con ambas manos y me recliné en mi silla. La cafeína corrió por mis venas, proporcionándome la sacudida que necesitaba.

Me levanté, salí de mi oficina y regresé a la enfermería. Frank me miró y no dijo nada. Se concentró en el brazo roto del tipo. Di unos pasos más, me detuve dentro de la puerta y me apoyé contra el marco.

—Fuera—, dijo el médico.

Por su tono me di cuenta de que hablaba en serio. Nos esforzamos por no enojar al Doc., porque nunca sabías cuándo ibas a necesitar que te tratara. Me encogí de hombros y retrocedí unos metros. Me di la vuelta y apoyé contra la pared a un par de metros de la puerta. Me llevé el café a la cara e inhalé. El vapor me quemó el interior de la nariz por un segundo. Tomé un sorbo. Fue fuerte. Quizás demasiado fuerte, si existiera tal cosa. Decidí que no importaba. La bebida me ayudó a despejar las telarañas de la cabeza y eso siempre era bienvenido.

Detrás de mí escuché el sonido de un hueso chirriando contra otro. El médico estaba arreglando la fractura. El hombre gritó cuando su cúbito y luego su radio fueron colocados en sus posiciones naturales. Tomé sus gritos de dolor como una señal de que el médico no se había molestado en adormecerlo. Yo estaba de acuerdo con eso y aparentemente Frank también. ¿Por qué desperdiciar nuestros suministros con un criminal?

Cuando el médico casi había terminado, comencé a pensar en qué preguntas hacerle al hombre. No sabíamos mucho sobre él, excepto que apareció en un lugar que nuestra información indicó que sería un lugar donde sucedería algo. Pero no teníamos idea de quién era este tipo. ¿Qué hacía cerca de la parada de autobús? ¿Era parte del grupo que estábamos rastreando o hacía negocios con ellos? ¿Por qué huyó de nosotros? ¿Por qué intentó matarme?

Tanto Frank como yo teníamos la sensación de que nos estábamos acercando a algo grande. Todas las pruebas que habíamos reunido hasta el momento apuntaban a que se trataba de una célula terrorista. Lo único bueno de eso fue que no tuvimos que entregárselo al FBI o la DEA. Estos tipos habían estado traficando drogas, armas y personas dentro y fuera de Estados Unidos durante meses. Si fuera una de esas actividades, estaríamos fuera del circuito. Pero no fue una sola actividad. Era toda la gama.

También parecía que tenían financiación de algunas grandes empresas en lugares hostiles, así como posibles conexiones con personas poderosas en el Departamento de Seguridad de EE. UU,

pues intentaron tomar el control. Frank logró hacerlos retroceder.

Los hombres mismos eran una mezcla de ciudadanos estadounidenses, colombianos y chicos del Medio Oriente. Eso fue lo único que nubló nuestra suposición inicial. ¿Por qué tantos grupos diferentes trabajaban juntos? Esperaba que este tipo, que parecía colombiano, pudiera atar algunos de esos cabos sueltos por nosotros. Suponiendo que hablara, claro está.

—Está bien, señor Noble—, dijo el médico desde el otro lado de la pared. —Él es todo tuyo.

Bebí lo último de mi café, me levanté de la pared de la enfermería y me encontré con Frank y el hombre en la entrada. El médico había acomodado el hueso y colocado un yeso sobre el antebrazo del hombre. El tipo estaba sentado en el borde de la camilla, con los hombros caídos, la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo.

—Llévalo a la habitación uno—, dije a Frank. Luego pregunté al médico. —¿Puede aguantar?

El médico se encogió de hombros. —Tal vez. Me quedaré. Tengo algunas cosas que pueden ayudarlo a mantenerse despierto durante cualquier cosa que le hagas.

—No querrás verlo si llega ese momento.

—Con lo que ustedes me pagan, puedo ver cualquier cosa.

—Ve a esperar en tu oficina. Te buscaremos si te necesitamos.

El médico levantó las manos. Luego cruzó la habitación y entró en su oficina, que estaba en la pared opuesta a la mía. Cerró la puerta y tomó asiento detrás de su computadora. Miré hacia adentro al pasar y vi en su computadora el familiar tablero verde del solitario.

Frank había colocado al tipo en la sala de interrogatorios y ahora estaba afuera observándolo a través del espejo ahumado.

—¿Qué opinas? — dije mientras me detenía junto a él, a unos pocos metros de distancia.

—No hay duda de que tiene información. Y si nuestra información era correcta, él estaba en esa parada de autobús por una razón.

Asentí y no dije nada, esperando a que Frank continuara.

—Algo estaba a punto de suceder—, dijo Frank.

Asentí de nuevo, permaneciendo en silencio.

—La pregunta es ¿qué?, Jack ¿Es él uno de ellos? ¿O estaba allí para recibirlos?

—Grandes preguntas, Frank—, dije. —Sólo hay una forma de averiguarlo.

Él asintió y sonrió. —¿Estás listo?

—No exactamente—. Di dos pasos hacia la derecha y ajusté el termostato, bajándolo a diez grados. —Vamos a congelarlo por un momento.

Pasó media hora mientras tomábamos dos tazas de café cada uno. Ninguno de nosotros dijo mucho. Después de dos años de trabajar juntos, no había necesidad de bromas ociosas entre nosotros. Ambos sabíamos lo que había que hacer. Cada uno de nosotros tenía sus propias tácticas y funcionaban bien entre sí.

Me levanté y fui a ver al hombre. Parecía considerablemente incómodo. —Vamos Frank.

Frank entró en la habitación delante de mí. Estaba sentado al otro extremo de una mesa rectangular de madera. Me senté en el medio, frente a nuestro prisionero. El hombre miró entre nosotros. Sus labios temblaron y sus dientes castañetearon. Sollozó y se estremeció.

—¿Podemos traerte algo? — preguntó Frank.

—Un abrigo—, respondió el hombre.

—Podemos hacer eso—, dijo Frank. —¿Podemos, Jack?

Asentí. —Claro, pero primero debes respondernos algunas preguntas.

El hombre miró fijamente un lugar en la mesa y no dijo nada.

—¿Cómo te llamas? — dije.

El hombre no dijo nada.

—¿Tu nombre? — dije de nuevo.

—Pablo— dijo sin levantar la vista.

—¿Qué estabas haciendo en esa parada de autobús? — dije.

El hombre giró lentamente la cabeza. Sus dientes dejaron de castañetear mientras apretaba la mandíbula. Los músculos se tensaron en las esquinas inferiores de su cara. Se humedeció los labios y dijo con calma: —Quiero a mi abogado. No diré nada hasta que mi abogado esté aquí.

Frank rio. —Lo siento. ¿Crees que tienes derechos aquí? Jack, ¿le leíste sus derechos a este tipo?

Sacudí la cabeza y no dije nada.

Frank se puso de pie y se colocó al lado mío, al otro lado de la mesa del chico. —Está bien, imbécil, estos son tus derechos. Tienes derecho a sentarte en esa silla. Tienes derecho a responder cada maldita pregunta que te hagamos. No tienes derecho a permanecer en silencio. Tus esfuerzos por permanecer en silencio te llevarán a sentir un dolor tan intenso que desearás que te hubiéramos amputado el brazo en lugar de romperlo. No conseguirás un abogado, ni un capellán, ni a tu mamá. Ese médico de allí está de nuestro lado. Él te dará medicamentos para mantenerte despierto a pesar de cualquier cantidad de dolor que te hagamos pasar. No te desmayarás, imbécil. Llorarás hasta que no tengas más lágrimas. Vomitarás hasta que todo tu estómago esté vacío y todo lo que puedas hacer sea un vómito seco. Así que responde la pregunta de mi compañero o tu dolor comenzará en unos treinta segundos.

El hombre apretó la mano de su brazo sano en un puño. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Supuse que la realidad de la situación lo golpeó en ese momento. No éramos policías y no había nada legal en nosotros. Al menos no en el sentido que él, o la mayoría de la gente, entendía. Frank y yo estábamos autorizados a hacer nuestro trabajo, cueste lo que cueste. Podríamos ir y venir y disparar a matar sin hacer preguntas y sin que nos hicieran preguntas.

Frank colocó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hasta que estuvo a no más de treinta centímetros de la cara del tipo. —Entonces, ¿qué vas a hacer?

El hombre echó la cabeza hacia atrás unos centímetros. Sus labios se estrecharon y sus mejillas se hincharon. Frank se hizo a un lado a tiempo para evitar la mayor parte de la saliva que salió volando de la boca del tipo.

Frank extendió la mano y agarró la muñeca derecha del hombre y tiró hacia arriba y luego hacia abajo. El hombre gritó cuando los bordes irregulares de sus huesos rotos rozaron uno contra el otro.

Frank sacó un cuchillo. —Los huesos ya están rotos. No debería ser difícil cortar entre ellos. Luego habrá una masa de venas, nervios, y mucha carne. ¿Quieres ver cómo es sostener tu propio brazo amputado?

—Suficiente—, dijo el hombre con los dientes apretados. —Hablaré. Hablaré.

El lado izquierdo de la boca de Frank se alzó en una sonrisa. Derribó al tipo rápidamente. Si bien habíamos visto a algunos ceder más rápido, esperábamos que este tipo durara algunas rondas antes de ceder.

Frank lo soltó y el hombre se llevó el brazo roto al pecho y lo acunó con el brazo izquierdo. Dejó escapar un par de sollozos y luego se secó los ojos. Las lágrimas mancharon sus mejillas y se asentaron en su fino vello facial.

—¿Qué quieres saber? — dijo él.

—Quiero saber qué estabas haciendo en la parada del autobús—, dije.

Se lamió los labios, se reclinó en la silla y dejó escapar un fuerte suspiro. —¿Tienes un cigarrillo?

Miré a Frank y asentí. Frank metió la mano en su bolsillo y sacó un paquete. Golpeó el extremo abierto contra su palma y sacó tres cigarrillos. Encendió dos y le entregó uno al hombre, luego hizo rodar el tercero sobre la mesa hacia mí. Me lo puse detrás de la oreja y decidí guardarlo para más tarde.

—La parada de autobús es donde se iba a recoger—, dijo el tipo.

—¿Recoger qué? — pregunté.

Desvió sus ojos de la mesa hacia mí. —El niño.

Sentí que los ojos de Frank se fijaban en mí, pero no lo miré. —¿Qué niño?

La expresión facial del hombre cambió. El dolor y la ira desaparecieron y una mirada de desconcierto cruzó por su rostro. —¿Para qué me recogiste, hombre?

—Los hemos estado siguiendo durante meses. Los tenemos por drogas, armas y contrabando de terroristas dentro y fuera del país.

El chico echó la cabeza hacia atrás y rio. El movimiento espasmódico de su cuerpo sacudió su brazo unos centímetros más de lo que le resultaba cómodo y arrugó la cara de dolor. Después de unos segundos se estabilizó y dijo: —Está bien, estás en lo cierto con las armas y las drogas. Pagan bien. Pero los terroristas entran y salen, estás muy equivocado.

—¿Entonces qué? — dijo Frank. —¿Y qué pasa con los niños?

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Crees que estas personas entraron y salieron solas del país? — La sonrisa volvió al rostro de Pablo.

—Deja de jodernos—, dijo Frank. —¿De qué estás hablando…?

—Frank—, dije. —Está hablando de que estamos muy equivocados. Esta no es una célula terrorista.

Las cejas de Pablo se arquearon hasta llegar a su frente y su sonrisa se ensanchó. Nos miró a Frank y a mí y asintió vigorosamente.

Continué: —Son traficantes de niños. Hoy estaba en la parada del autobús porque iba a secuestrar a un niño.

—Hijo de puta—. Frank se fue contra el hombre y le dio tres puñetazos en la cabeza, dejándolo inconsciente.

Cuando crucé la mesa, Frank había retrocedido. Miró el rostro ensangrentado de Pablo y se estrechó la mano, que estaba igualmente cubierta de sangre. No podía decir si era todo de Pablo o si Frank se había partido uno o dos nudillos.

—Bueno, eso fue una muestra de tacto—, dije.

—Tengo hijos Jack.

—Lo sé.

—¡Cristo! —, dijo Frank mientras rodeaba a Pablo y se dirigía hacia la puerta. —¿Ahora qué?

Seguí a Frank hasta el vestíbulo. La puerta se cerró de golpe detrás de nosotros, haciendo eco en la habitación. El médico levantó la vista, nos vio y abrió la puerta.

—¿Necesitan que haga algo? — preguntó.

—Sales aromáticas—, dije. —Y revisa su brazo. Quizás sea necesario arreglarlo nuevamente.

El médico cogió su bolso. —Por eso elegí el yeso aéreo—, dijo con una sonrisa.

Frank estaba en medio de la habitación con las manos en las caderas y la cabeza inclinada hacia atrás.

—Tienes que recomponerte—, dije. —Haré que te saquen de esto.

—Estoy bien. Estoy bien.

—Está bien—, dije. —Necesitamos sacarle más información. Ahora, no creo que vaya a revelar a nadie más, al menos no todavía. Pero tal vez podamos obtener la ubicación de donde tienen a estos niños.

—¿Estás seguro de eso? ¿Qué pasa si nos está tomando el pelo? — Preguntó Frank.

—Es por eso que necesitamos la ubicación. Podemos verificarlo en persona, luego regresar y atacarlo un poco más, y luego dirigiremos una redada en el lugar.

Frank asintió cuando el médico salió de la sala de interrogatorios.

—Está listo para ustedes nuevamente—, dijo el médico.

Agarré a Frank por los hombros. —Déjame hablar—. Luego lo empujé hacia la habitación. Quería que Frank entrara primero, pensando que eso haría que el hombre se sintiera un poco más inquieto.

Pablo estaba consciente cuando entramos, pero parecía confundido.

—¿Dónde están? — pregunté.

—¿Quienes? — dijo Pablo.

—Los niños.

—En una casa.

—¿Dónde?

—Virginia del Norte. Suburbios.

—¿Cuál casa?

—No sé el nombre del barrio. Calle Primavera. Novena casa a la derecha.

—¿En qué dirección?

—Sólo se puede entrar por el norte.

Miré a Frank. El asintió.

—Nos sirve—. Caminé hacia la puerta y la abrí. Miré hacia atrás y vi a Frank detenerse frente a Pablo, inclinarse y golpear nuevamente el costado de la cara del hombre.

—¿Era necesario? — dije.

Frank me miró, luego a Pablo y luego de nuevo a mí. —Sí.

La historia de Jack Noble continúa en Distancia Mortal… Haga clic en el siguiente enlace:

https://links.ltryan.com/distancia-mortal

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

The Recruit

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

La Venganza de Noble

La Traición de Noble

Nunca vuelvas a casa

El Juicio de Noble

Nunca Ruegues por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

El Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com